

LOÏC WACQUANT

Parias urbanos
Marginalidad en la ciudad
a comienzos del milenio

MANANTIAL
Buenos Aires

Traducción: Horacio Pons
Artículo "Elias en el gueto": Javier Auyero

Diseño de tapa: Estudio R

Ilustración de tapa:
Boy with Tire, 1952
Hughie Lee-Smith

Gift of Dr. S. B. Milton, Dr. James A. Owen,
Dr. B. F. Seabrooks and Dr. A. E. Thomas, Jr.

© Estate of Hughie Lee-Smith/Licensed by VAGA, New York, NY
Fotografía © 1988, The Detroit Institute of Arts

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2001, de la edición en castellano, Ediciones Manantial SRL
Avda. de Mayo 1365, 6º piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: 54 11 4383-7350/4383-6059
E-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

ISBN: 987-500-058-2

Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial

*A mi madre, a quien
le debo mi sentido de la justicia social*

Índice

Introducción. Claves para pensar la marginación, Javier Auyero	9
1. La nueva línea de color urbana. Estado del gueto en la Norteamérica posfordista.....	33
2. Elias en el gueto negro	105
3. Parias urbanos. Estigma y división en el gueto norteamericano y la periferia urbana francesa	121
4. Marginalidad urbana en el próximo milenio	165
5. “Enemigos convenientes”: extranjeros e inmigrantes en las cárceles de Europa	189

Introducción

Claves para pensar la marginación

JAVIER AUYERO*

* Departamento de Sociología, State University of New York/Stony Brook; Centro de Estudios en Cultura y Política, Fundación del Sur, Argentina.

No se puede jugar con la ley de la conservación de la violencia: toda la violencia se paga y, por ejemplo, la violencia estructural ejercida por los mercados financieros, en la forma de despidos, pérdida de seguridad, etc., se ve equiparada, más tarde o más temprano, en forma de suicidios, crimen y delincuencia, adicción a las drogas, alcoholismo, un sinnúmero de pequeños y grandes actos de violencia cotidiana.

PIERRE BOURDIEU

1

Durante buena parte de la década del ochenta y del noventa, la imaginación crítica y la literatura sociológica adoptaron, tanto en Estados Unidos (Wolfe, 1987; Castells y Mollenkopf, 1991) como en la Argentina (Sarlo, 1996; O'Donnell, 1997), la metáfora de la *ciudad dual* para describir los efectos que la polarización económica ha tenido y tiene en la geografía y ecología urbanas. A pesar de sus muchas limitaciones empíricas y conceptuales, la imagen de una ciudad dual y fracturada (o, como sugiere O'Donnell, un "país dual") tiene la virtud de dirigir nuestra atención hacia las nuevas desigualdades que, provoca-

das en parte por la eliminación de miles de puestos de trabajo y por la retirada del Estado en función de *welfare*, no sólo caracterizan a las ciudades postindustriales como Nueva York o Chicago sino también a las ciudades del antes llamado “Tercer Mundo,” como Buenos Aires.

Durante las dos últimas décadas del pasado milenio, Buenos Aires –de manera análoga a ciudades del norte avanzado– ha sido testigo del simultáneo florecimiento de la opulencia y la indigencia, la abundancia y la miseria. En la Argentina, así como en el resto de Latinoamérica, a estos crecientes extremos de pobreza y riqueza se suman la multiplicación de las desigualdades entre las cada vez más extensas metrópolis, las pequeñas ciudades y los pueblos rurales.

En *Parias urbanos*, Loïc Wacquant examina las causas de esta creciente desigualdad y marginación, y las formas que éstas adquieren no sólo en el espacio urbano sino también en las experiencias de los relegados, centrandó su atención en las sociedades del capitalismo avanzado, fundamentalmente en Estados Unidos y Francia. El libro no sólo es una mirada original a estos procesos sino que también nos provee de un conjunto de claves analíticas para pensar las causas, el funcionamiento y las consecuencias de la desigualdad y la marginación social en nuestra sociedad. En la primera parte de esta introducción presentaré un conjunto de retratos etnográficos que condensan parte de la problemática que este libro nos ayuda a repensar. La segunda parte expone algunas de las claves analíticas que *Parias urbanos* nos permite construir para reflexionar sobre las villas miseria y otros enclaves de pobreza que continúan expandiéndose y deteriorándose en la Argentina.

La lujosa riqueza de una burguesía presuntamente cosmopolita le da a Buenos Aires la apariencia de otras ciudades globa-

les. En la escenografía urbana se multiplican, para citar a Saskia Sassen (1991, pág. 9), “restaurantes caros, casas de lujo, hoteles de lujo, tiendas gourmet, boutiques, lavadoras a seco francesas,” a lo que podríamos agregar los opulentos shoppings y los suntuarios desarrollos de Puerto Madero. En esos shoppings, los consumidores porteños tienen acceso ilimitado a productos “globales,” desde carteras Pierre Cardin a zapatillas Nike, presumiblemente fabricados en el norte (Made in Paris o Made in USA).

Desde el shopping Alto Palermo, lleva una hora y media y dos colectivos repletos para llegar a Villa Paraíso, localizada a orillas del Riachuelo, en el Gran Buenos Aires.¹ Paraíso (como la llaman sus habitantes, evitando el prefijo estigmatizante de “villa”) es una de las villas más viejas y más pobladas de la zona metropolitana. Más de la mitad de sus habitantes tienen “necesidades básicas insatisfechas” (son lo que los estudiosos de la pobreza llaman “pobres estructurales”), y aproximadamente el 75 por ciento tiene ingresos por debajo de la línea oficial de pobreza. El desempleo es su característica definitoria más importante. En la actualidad, el 62 por ciento de la población de entre dieciocho y sesenta años está desempleada o subempleada. El desempleo permanente es generalizado: más de la mitad de los desempleados no han tenido trabajo durante doce meses consecutivos.² Algunos de esos desempleados recurren a empleos temporarios y/o varias actividades del “sector informal” como fuente del siempre escaso ingreso. Otros, dependen de su trabajo en talleres familiares, talleres que, junto a las llamadas “in-

1. Los nombres de lugares y personas han sido modificados para preservar el anonimato de los entrevistados.

2. Los datos de desempleo y pobreza provienen del procesamiento especial facilitado por el INDEC y de una encuesta de 300 casos que realicé en los meses de octubre y noviembre de 1996.

dustrias de enclave”, han florecido y se han dispersado por todo el mundo subdesarrollado (Sassen, 1998). Rosa y sus dos hermanos trabajan en uno de esos talleres fabricando carteras Pierre Cardin. Trabajan para una fábrica que los provee de materiales, de los moldes y de las etiquetas que dicen “Made in Paris.” “Pierre Cardin hecho en Paraíso”, me cuentan con cierto humor cuando les pregunto si en realidad colocan esas etiquetas en las carteras. “¿Ves, acá? ‘Made in Paris’. La gente las compra y cree que vienen de París.” En el shopping Alto Palermo, esas carteras valían, cuando entrevisté a Rosa y a sus hermanos, alrededor de 150 dólares. Ellos, a quienes ocasionalmente se les suma su madre durante la jornada laboral de catorce horas, reciben aproximadamente diez dólares por cada cartera, dependiendo del tamaño y del tiempo requerido para armarla. Hace dos años, solían obtener 700 dólares cada dos semanas; por razones que ellos no pueden explicar pero que tienen que ver con la creciente cantidad de productores “en negro” dispuestos a trabajar por salarios ínfimos, ahora logran acumular 800 dólares al mes. Estos ingresos ubican a su familia de ocho miembros por debajo de la línea de pobreza y del valor oficial de la canasta familiar. No reciben seguro médico ni tienen obra social de su empleador, a quien constantemente solicitan más trabajo o más pago por pieza, y con quien frecuentemente están en serias disputas por pagos fuera de término. La última vez que conversé con ellos, acababan de recibir de su empleador un billete de cien dólares falso. En la situación extremadamente precaria en la que se encuentran, lo más que pueden hacer es estar alerta a este tipo de “avivadas.” “Hay que estar despierto, todo el mundo te quiere joder”, dijeron cuando nos despedíamos.

Aun en su extrema vulnerabilidad, Rosa y sus hermanos pueden considerarse personas con suerte. Otros talleres que dependen de la demanda de la población villera han desaparecido tan rápido como surgieron, muchos de ellos con la asistencia financiera del Estado.

Gracias a sus contactos con “punteros” del Partido Justicialista, Lucía y Nelly fueron invitadas a formar parte de un micro-emprendimiento productivo del Plan País, programa financiado por el gobierno de la provincia de Buenos Aires. Con la intención originaria de “fortalecer la organización comunitaria”, este plan distribuyó pequeños subsidios monetarios a los efectos de asistir a grupos locales en el desarrollo de cierta línea de producción. Lucía y Nelly comenzaron a producir muñecos para ser vendidos en Paraíso. Luego de un breve período de inicial entusiasmo, se dieron cuenta de que su modo de producción artesanal no iba a poder competir contra los mucho más baratos muñecos importados. Recordando los efectos de la “apertura modernizadora” de la economía argentina, y de los bien intencionados –pero, en última instancia, frustrados– esfuerzos de la (disminuida y crecientemente torpe) “mano izquierda del Estado”,³ Lucía me comentó resignada: “Las cosas importadas nos jodieron”. Hoy, Lucía depende de los favores discrecionales de una dirigente política local, quien consiguió un puesto público en la municipalidad local para su marido y que, ocasionalmente, la provee de comida y medicamentos.

3. La “mano izquierda del Estado” es una expresión utilizada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu para referirse al grupo de agentes estatales de los “así llamados ministerios del gasto que son la huella, dentro del Estado, de las luchas sociales del pasado. Se oponen a la mano derecha del Estado, a los tecnócratas del Ministerio de Economía, los bancos privados y públicos y los gabinetes ministeriales” (Bourdieu 1998, pág. 3). En otras palabras, la mano izquierda es la encargada de amortiguar los “costos sociales” de los programas económicos. Así como en Francia, en nuestro país los programas sociales de la mano izquierda no llegan a compensar las flagrantes desigualdades generadas por la lógica del mercado. Para un análisis de los programas específicos de esta mano social, ver Lumi y otros (1992).

“*Jodidos*” como están por la dinámica de la reestructuración capitalista y conscientes de la falta de perspectivas ciertas, los habitantes de Paraíso, como Lucía o Rosa (o los miles que habitan en las villas de la zona metropolitana de Buenos Aires), están aún más preocupados (o, mejor dicho, abrumados) por la generalización de la violencia en su barrio.

“¿Ves esos muchachos ahí?”, preguntó Eloísa, una antigua habitante de Villa Paraíso, “siempre están robando autos”. Estaban estacionando un nuevo auto en el frente de la sociedad de fomento del barrio. Eloísa los mira y luego dice, “no sé, acá, cada día que pasa, estamos más aislados [...] los taxistas no quieren entrar en la villa, dicen que no quieren que los roben”. Nilda, de la villa Las Ranas en el Partido de San Martín, también expresa su preocupación al relatar la manera en que dos adolescentes intentaron robarla: “Eran dos mocosos de catorce años, con navajas. Por suerte pasó un primo mío en bicicleta y los sacó corriendo. Al otro día le dije a la madre de uno, porque la conozco: esto no puede ser, ya ni nos respetamos entre nosotros”.⁴ Durante la última década, el robo armado y los asaltos violentos se han convertido en parte de la vida cotidiana en las villas. Hoy, en democracia, los habitantes de las villas no tienen miedo de los militares —como solían tener durante la última dictadura cuando las villas eran objeto de constantes *razzias* y sitios— sino de sus propios vecinos, sobre todo de los más jóvenes. Víctimas de la marginación económica, social y cultural, estos jóvenes encuentran una manera de contrarrestar, aunque sea simbólicamente, su real vulnerabilidad y redundancia, imponiendo el tono de la vida pública en la villa. “El muchacho de acá al lado vende drogas. No lo podés denunciar a ninguna parte porque te puede robar, o peor, lastimar. Todas las noches fuman marihuana o tiran tiros justo afuera de mi ventana [...]

4. *Clarín*, 10 de enero de 1999.

estamos desamparados,” cuenta Hugo, antiguo habitante de Paraíso.

Tanto en Las Ranas como en Paraíso, la violencia y el aislamiento vienen de la mano: “El hombre vende leche, Coca Cola y pan pero no entra más en esta zona, porque lo pueden robar [...] Me robaron la bicicleta, los que vienen a comprar droga me la robaron”, me comenta Hugo. Y otro residente de La Cava, en San Isidro, cuenta: “Ni los remises ni las ambulancias quieren meterse. Y si se meten tardan un montón”.⁵ Un habitante de Las Ranas ilustra esta sensación de absoluto abandono: “¡Qué se va a acordar Dios de nosotros!”.

La “invasión de las drogas” es, junto con la falta de empleo, la preocupación dominante en las villas de la Capital Federal y del Gran Buenos Aires. La diseminación de drogas y alcohol alimentan un ciclo de desconfianza y violencia interpersonal; ciclo que, sin orígenes ni propósitos claros, permea toda la atmósfera de la vida villera e impacta en las rutinas básicas como tomar el colectivo para ir a trabajar. La descripción de Juan encapsula este sentimiento que es a la vez terror y humillación: “Yo me voy al trabajo muy temprano, a eso de las tres de la mañana. A esa hora es medio peligroso acá. Ya cambié la parada tres veces porque los chicos de la esquina [...] siempre están con drogas [...] y me empezaron a cobrar peaje, una moneda o un cigarrillo [...], si no tengo, no me dejan pasar [...]. El otro día me robaron los dos pesos que tenía para el colectivo, y encima se calentaron conmigo porque eso era todo lo que tenía. ‘No te da vergüenza tan grande y con dos pesos’, me dijeron”. O como dice una mujer de La Cava: “Apenas te das vuelta te afanaron la garrafa o la ropa tendida. Antes no había robos dentro de la villa. Antes no había droga”. El aislamiento (tanto del resto de la sociedad como de sus propios vecinos) y la violen-

5. *Clarín*, 10 de enero de 1999.

cia vienen a intensificar un estigma con el que los villeros se han visto forzados a vivir: “Cada vez que llenás una solicitud y ponés La Cava [...] ya sabés que no te van a llamar”.⁶ Y María, de Villa Paraíso, agrega: “A mi hijo le da vergüenza decir que vive acá. No puede invitar a sus amigos porque no se meterían en el pasillo”.

Quizá sea Alejandra, de Paraíso, quien mejor sintetice el padecimiento de buena parte de la vida en las villas: el de estar socialmente aislados, alienados de las instituciones y servicios que las clases medias y altas aun toman por descontados, abandonados por el Estado y a disposición de adictos y *dealers* que los aterrorizan: “Durante los fines de semana esto es como el viejo oeste”.

A pesar de que la violencia que domina la experiencia diaria y las rutinas de la mayoría de los habitantes de Villa Paraíso y de otras villas proviene de otros habitantes (no sólo jóvenes), la violencia estatal aún está presente en las *razzias* esporádicas y brutales dirigidas a los jóvenes. Junto con cada ola de histeria colectiva por la (in)seguridad pública, las villas son “invadidas” por la policía. El día que cuatrocientos policías con perros y el apoyo de helicópteros “entraron” en La Cava en busca de dos sospechosos de asesinato (dos jóvenes de catorce años que luego fueron declarados inocentes), el Ministro de Justicia de la provincia de Buenos Aires, León Arslanián, sostuvo: “Se terminó el mito de que la policía no entra en las villas”.⁷ Días después, políticos de la oposición y funcionarios del gobierno acordaron instalar un destacamento policial en La Cava.⁸ Para el gobierno y la oposición “progresista”, el problema de la inseguridad en las villas es la falta de inversión en control social

6. *Clarín*, 10 de enero de 1999.

7. *Clarín*, 20 de enero de 1999.

8. *Clarín*, 20 de enero de 1999.

(no en puestos de trabajo). Algunos meses antes, el mismo Ministro anunciaba que 3.700 nuevos presos serían ubicados temporariamente en los galpones de fábricas inactivas. “No hay más lugar para los nuevos presos. Las cárceles están llenas, y las comisarías también,” dijo el Ministro al anunciar la creación de “galpones penitenciarios”.

Estos retratos etnográficos son suficientes para demostrar que la violencia interpersonal cotidiana, la violencia represiva estatal intermitente, y la violencia estructural del desempleo dictan el ritmo de la vida diaria en Villa Paraíso, en La Cava y en tantos otros enclaves de pobreza en la Argentina contemporánea. *Parias urbanos* nos provee de herramientas para pensar las raíces, los mecanismos, y las consecuencias de estas distintas violencias. En los primeros cuatro artículos, Loïc Wacquant describe dos realidades socioespaciales diferentes (el gueto negro norteamericano y las *banlieues* francesas), examinando las (distintas) maneras en que la desigualdad, la segregación, el desempleo y el abandono estatal se inscriben en el espacio urbano, y las (disímiles) experiencias de sus habitantes. En los últimos dos trabajos, productos de investigaciones en curso, el autor alerta frente a una reacción común que están adoptando los Estados en ambos lados del Atlántico y que también parece dominar la discusión en nuestro país: la criminalización de la pobreza.

¿Un Bronx global?

Cincuenta años después del surgimiento de las villas en el paisaje urbano como un fenómeno transitorio típico de una “etapa de desarrollo” (Gilbert, 1994; Peattie y Aldrete-Haas, 1981), se han convertido en una parte permanente de la geografía de la mayoría de las ciudades latinoamericanas. Durante es-

tos cincuenta años, las villas capturaron la imaginación de cineastas como Lucas Demare (1957), novelistas como Bernardo Verbitsky (1957) –a quienes algunos le acreditan la invención del nombre, villa miseria, e intelectuales como Hugo Ratier (1971). Las villas también han sido sitios de intensa militancia política, social y religiosa.

Difícilmente uno pueda dar con una configuración urbana que haya sido (y aún sea) la depositaria de tantas (la mayoría de las veces malas) representaciones, de tantas esperanzas en el pasado y tantos miedos en el presente. Las villas fueron retratadas como el ejemplo acabado del fracaso del populismo peronista durante los años cincuenta, como suerte de laboratorios para los sueños modernizadores de los años sesenta, como cunas de la revolución en los setenta, como obstáculos para el progreso y como germinadores de subversión durante la última dictadura, como lugares de inmoralidad, crimen y ausencia de ley en la Argentina contemporánea. En la actualidad, la discusión pública sobre la inseguridad recurrentemente menciona a “la villa” y “los villeros” (un mote que se aplica a toda la gente que vive en zonas pobres, sean éstas villas o no) como una amenaza. En la Argentina fragmentada y polarizada, las villas son zonas que hay que eludir, “zonas de crimen” a ser temidas y evitadas. Los informes de los medios de comunicación periódicamente se refieren al miedo que estos “aguantaderos de criminales” generan en la gente que no vive allí. En un clima en el cual la seguridad urbana se ha convertido en el tema principal de la prensa y una de las preocupaciones más importantes de la población dada la explosión en las tasas de criminalidad, la villa aparece como el origen desconocido e impenetrable de la actividad criminal.⁹

9. Ver las encuestas del Centro para la Nueva Mayoría. De acuerdo con la Secretaría de Seguridad de la Jefatura de Policía, entre el

Desafortunadamente, es escasa la investigación empírica que se concentra en la suerte que han corrido las villas en la década del ajuste, y específicamente en el impacto que la retirada combinada del Estado y del mercado han tenido en estos crecientemente poblados enclaves¹⁰ y en la vida de sus habitantes. Si bien los estudios sobre pobreza se multiplican, la atención ha sido puesta en el drama de los “nuevos pobres,” siendo la abundancia de estudios estadísticos solo equiparada por la casi total ausencia de estudios etnográficos prolongados sobre los “pobres estructurales.” La mirada que construye *Parias urbanos* constituye una invitación al trabajo etnográfico en “el otro lado” de las metrópolis; etnografías que registren respetuosamente las voces de la villa y se preocupen por representarlas –parcialmente, en sus propios términos– lo más adecuadamente posible. Respetuosas etnografías que nos ayudarán a contestar el sinnúmero de estereotipos racistas y estigmas clasistas que dominan las representaciones –sean estas oficiales o “progresistas”– de la villa.

Empleadas con cautela, las herramientas y la perspectiva explicitadas en los distintos ensayos de este libro pueden resultarnos de una extrema utilidad por otras dos razones fundamentales. La primera, porque ubican al *Estado* como elemento cen-

año 1991 y el año 1996, ha habido un aumento del 68 por ciento en la cantidad de hechos delictuosos con intervención policial. En esos mismos años, la tasa de delincuencia cada 10.000 habitantes aumentó de 77 a 111.

10. De acuerdo con el boletín publicado por la Defensoría del Pueblo de la ciudad de Buenos Aires, *Ciudad Abierta*, la población villera de la Capital Federal creció 300% entre 1983 y 1991 (de 12.500 a 50.900 habitantes). Desde el año 1991 creció un 65% y en la actualidad son casi 90.000 personas sólo en la ciudad, *Clarín*, 1 de enero de 1999. En la provincia, los últimos datos registran más de 300.000 villeros (Stillwaggon, 1998).

tral en la cadena causal que explica la perpetuación y la agudización de la privación material y de la marginación económica y cultural. La segunda porque nos exhorta a tomar seriamente el *espacio* como elemento central en los procesos de destitución social. Esto es, nos convoca a mirar cuidadosamente la concentración geográfica de la pobreza, la acumulación de distintos tipos de privación en otros “territorios de relegación”. Es cierto, la villa, la *banlieue* francesa, y el “gueto negro” norteamericano son espacios analíticamente distintos. Sin embargo, trasladar la mirada de Wacquant y adaptar sus herramientas conceptuales a la villa nos puede ayudar a comprender mejor los cambios que se han producido en éste y en otros enclaves de pobreza en las últimas dos décadas, y los “altamente malignos circuitos de marginación social” (Mingione 1996, pág. 9) en los que sus habitantes se encuentran atrapados.

En lo que resta de esta introducción, me voy a concentrar en cuatro dimensiones en las que la perspectiva relacional de Wacquant nos ayuda a diagnosticar el surgimiento de esta *nueva marginación* en estos *viejos territorios*, y a trascender ciertas limitaciones en los abordajes al tema de la marginación y la desigualdad.

En primer lugar, llevar la perspectiva relacional de Wacquant a la villa nos hará ver que la historia de esta configuración socioespacial es el producto de una particular interacción entre fuerzas macroestructurales, políticas estatales, y el compromiso activo de los “villeros” –tanto en cuanto individuos como a través de sus organizaciones colectivas– con esas “presiones externas.” La perspectiva institucional expuesta en estos ensayos arroja luz sobre un malentendido bastante común acerca de la historia de estos enclaves de pobreza urbana. Estos no son el producto de la acción de una sola fuerza o actor (hiperurbanización, políticas habitacionales, peronismo, etc.) sino de: a) la interrelación de actores en disputa, y b) los constantes cambios en la estructura de oportunidades políticas –régimenes

autoritarios y democráticos.¹¹ En este sentido, llevar a Wacquant a la villa sugiere entenderla como una *relación* entre la economía, el descuido estatal y la acción de los actores políticos dentro y fuera de la villa.

En segundo lugar, debemos tener en cuenta una diferencia muy importante entre las distintas realidades socioespaciales del sur y del norte. A diferencia del gueto, y aun cuando los “villeros” sigan tomando agua contaminada, se sigan inundando, sigan hacinados y estigmatizados, muchas de las villas han sido testigos de mejoras significativas en su infraestructura urbana (pavimento, iluminación, desagüe). Estos servicios de consumo colectivo, productos de la intensa acción colectiva de los villeros, marcan una diferencia significativa no sólo con los enclaves de destitución del norte, sino también con las villas de los años cincuenta. Sin embargo, pensar *con* Wacquant y *desde* el gueto, esto es, pensar relacionalmente, puede hacernos ver que muchas de estas “mejoras” se parecen demasiado –para usar una imagen conocida– al embellecimiento de los camarotes del Titanic antes de su único viaje. Hacen la vida en la villa más llevadera; sin embargo, así como el empleo se desconectó del crecimiento económico (Monza, 1996; Lozano y Feletti, 1996; Rofman, 1996), los vínculos funcionales que solían unir a la población de estos enclaves con el resto de la sociedad vía su participación intermitente en el mercado de trabajo y en el sistema escolar están severamente dañados. Como lo expresa Rolo, quien llegó a Paraíso a los cinco años, “Si, claro, la villa está mejor ahora [...] pero, ¿sabés qué hermano?, vivimos muy mal, estamos muy mal [...]”.

En este sentido, uno podría decir que la historia de los enclaves de pobreza en la Argentina tiene elementos de continui-

11. Ver Yujnovsky (1986) y Oszlak (1991).

dad y discontinuidad. Hay *continuidad* en el sentido que estos enclaves han experimentado los efectos acumulativos de las desventajas económicas desde su origen. Durante los años treinta y cuarenta, al acelerarse el proceso de industrialización en Buenos Aires, Villa Paraíso, como tantas otras villas y barrios, comenzó a recibir masivos contingentes migratorios desde las provincias. La vivienda era escasa y extremadamente cara para estos migrantes devenidos en proletarios. Zonas cuasi desiertas y no aptas para el poblamiento urbano se transformaron en los lugares donde los migrantes construyeron sus moradas. Desde entonces, la villa ha sido un área de pobreza concentrada y crónica. “¿Qué es lo primero que le llamó la atención de Paraíso?”, le pregunté a Victoria, quien llegó a principios de los sesenta. “Era horrible [...] era espantoso. Yo le preguntaba a mi marido: ‘¿Y esto es Buenos Aires?’. Porque cuando uno vive en la provincia, pensás que Buenos Aires es lo mejor, pensás que es lindo. Cuando él me trajo, yo pensé: ‘¿Voy a vivir aca?’. Pero, viste, la necesidad [...] Y me tuve que quedar. La calle era un basural [...] Yo ni siquiera quería salir de mi casa, estaba muy shoqueada [...] pisar el barro y ver toda esa mugre.”

La historia de los enclaves de pobreza contiene también elementos de *discontinuidad*, porque estas zonas sufrieron el efecto devastador del masivo crecimiento del desempleo y del subempleo (y del consecuente crecimiento en la vulnerabilidad de sus habitantes) durante los ochenta y los noventa. Hay, entonces, una nueva forma de destitución social en este ya antiguo enclave; nueva forma de relegación social que —centrada en la desaparición del empleo y en la desatención de la “mano social” del Estado— reconoce ciertas similitudes con aquella que afecta a las sociedades avanzadas.

Los paralelos entre el gueto negro, la *banlieue* francesa y la villa no se detienen allí. El “encogimiento de las redes sociales”, la “desproletarización” y la creciente “informalización” de

su población, la “despacificación” de la vida cotidiana, la “desertificación organizativa”, la creciente relevancia del comercio ilegal de drogas, sobre las que el autor nos advierte en los cuatro primeros ensayos, y la guerra que la “mano represiva” del Estado tácitamente ha declarado contra los pobres, sobre la que abunda en los dos últimos, señalan procesos a ser explorados.

En otras palabras, Wacquant nos invita a analizar los procesos por los cuales las villas y otros enclaves de pobreza urbana están dejando de ser los lugares en los que los segmentos inferiores del mercado de trabajo se reproducen, lugares transitorios en el (más o menos real, más o menos generalizado) proceso de movilidad ascendente de las clases trabajadoras.¹² De igual manera que el gueto negro norteamericano analizado en el primer capítulo, estos enclaves están dejando de ser *lugares* para convertirse en *espacios* de supervivencia de aquellos relegados.

En tercer lugar, tomar seriamente la “raza, el espacio y el Estado” en el estudio de la marginación urbana, como Wacquant recomienda, nos hará ver las maneras diferentes en las que el discurso dominante *racializa a la población villera*. Basta sino mirar los operativos de “limpieza y moralización” llevados a cabo por la última dictadura militar¹³, y los operativos de erradicación de las villas que –en nombre del “progreso de la ciudad” (eufemismo para el trazado de una autopista) llevó a cabo el gobierno municipal de la Ciudad de Buenos Aires entre los años 1994 y 1996–, para ver cómo los elementos centrales del *discurso racial* se ponen en juego cada vez que se habla de la “población villera”. Esta racialización (discursiva y práctica) de la po-

12. Ver Rubinich (1991).

13. Ver, por ejemplo, Oszlak (1991). Para las políticas de limpieza hacia las *favelas* en Brasil, ver Perlman (1976) y Gay (1994).

blación villera se conjuga y refuerza con su extranjerización. Así, el villero, sea boliviano, paraguayo o provinciano (pero siempre, “no de aquí”) termina siendo (construido como) el *otro repugnante y nocivo*. Esta racialización, es importante destacar, no se restringe al punto de vista oficial. Las reacciones de los vecinos de clase media frente al traslado de los “negros villeros” –acusación que combina el estigma de clase, lugar y color– a zonas cercanas a sus hogares durante los meses de enero y febrero del año 1994 (“No los queremos aquí”, decían los vecinos) nos permitirá ver cómo este discurso dominante se filtra en el entramado simbólico de la sociedad y se transforma en un sentido común (las más de las veces racista).

Esto no quiere decir que el elemento racial tenga en la villa, la *banlieue* y el gueto, la misma relevancia ni génesis, como bien advierte Wacquant en relación con las dos últimas configuraciones socioespaciales.¹⁴ La pobreza del gueto tiene, en Estados Unidos, una dimensión *distintivamente racial* de la que carece en la villa. Sin embargo, en un país en el que “la cuestión racial no es un tema (problema)”, el análisis que propone el autor nos da claves para pensar sobre las formas en que la perversa combinación de abandono y represión construye (bajo regímenes autoritarios o democráticos) a la villa como un espacio de contaminación, como una otredad radical. En este sentido, mirar con Wacquant las representaciones oficiales sobre la villa nos puede ayudar a ver los elementos raciales de este discurso.

Por último, *Parias urbanos* ofrece claves para construir nuevas maneras de estudiar la desigualdad y la pobreza. Dado su énfasis en el surgimiento de “los nuevos pobres”, los estudios sobre pobreza en la Argentina aparecen dominados por las me-

14. Al respecto, ver Bourdieu y Wacquant (1999).

táforas geométricas (*la caída, la rodada, la cuesta abajo*). La doxa académica queda así atrapada en una suerte de aritmética de la miseria en el sentido que la discusión siempre gira alrededor de los mismos temas: cuánta gente cayó “por debajo” o trepó “por arriba” de la línea de pobreza, cuántos hogares tienen “necesidades básicas insatisfechas.” La idea misma de “línea de pobreza” contiene en sí misma varias limitaciones, inconvenientes que una mirada relacional nos permitiría salvar. “La línea” nada nos dice, como sostiene Mingione (1996, pág. 5), sobre “la duración en el tiempo, la suficiencia de los recursos en términos de satisfacer necesidades básicas, la variedad de los recursos [...] y su efectiva utilización, la variedad de procedencias sociales y demográficas y otros aspectos que son considerados necesarios a los efectos de identificar y entender la pobreza.” La línea de pobreza, continúa este autor, subestima “el impacto negativo de la gran inestabilidad social y del aislamiento”. Al equiparar la pobreza con los bajos ingresos la línea de pobreza termina oscureciendo las características específicas de los procesos de marginación “y la cadena de eventos y condiciones que han llevado a la exclusión social” (1996, pág. 1).

Los parias urbanos nos invita a construir una nueva mirada sobre la desigualdad y la relegación, evitando el “fraccionamiento analítico” que el análisis social centrado en las variables estimula, combinando diversos niveles de análisis (porque la sociogénesis y la psicogénesis de los fenómenos sociales son “dos caras de la misma moneda”), concentrando nuestra atención en procesos y relaciones (en “formas y conexiones”, no en “porcentajes y condiciones”). La perspectiva relacional que este libro articula nos ofrece herramientas conceptuales para contestar semejantes metáforas geométricas alentadas, en buena medida, por el positivismo y el individualismo metodológico.

Pensar con Wacquant en la pobreza argentina no implica, de ninguna manera, proyectar sus hallazgos empíricos desde el

gueto negro norteamericano o de la *banlieue* francesa a la villa o a otros enclaves de pobreza urbana (sean estos asentamientos, barrios obreros, etc.). Significa tomar sus advertencias epistemológicas y traducir críticamente sus principios metodológicos para ser utilizados en otros contextos socioculturales. Mirar la marginación urbana del nuevo milenio a la luz de esta perspectiva relacional nos invita a hacer de las políticas públicas y los discursos oficiales, las estructuras y las experiencias, la economía y el estado, nuestros objetos empíricos principales.

“Che, esto es como el Bronx, ¿no?”, me preguntó Mario, vecino de Villa Paraíso, en mi primer día de trabajo de campo. Ese día, Mario (recurriendo a la imagen global de destitución, violencia y relegación), sintetizó muchas de las expresiones, de los temores, que durante casi un año recogí en Paraíso: sentimientos de desamparo y marginación que, si bien obedecen a distintas causas políticas, culturales y económicas, son análogos a los que predominan en “guetos”, “*inner cities*”, y otros enclaves de destitución social en sociedades avanzadas. *Parias urbanos* es una invitación a reflexionar sobre estos aparentes “Bronx globales”, las causas estructurales que a diario determinan el futuro de esos espacios, sobre las vidas cotidianas, las experiencias de sus habitantes, y las consecuencias que sobre ellos tienen la mirada entre desentendida y represiva del Estado, y la mirada entre indiferente y hostil del resto de la sociedad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Auyero, J.: “This is Like the Bronx, Isn’t it? Lived Experiences of Marginality in an Argentine Slum”, en *International Journal of Urban and Regional Research*, págs. 23,1, 45-69, 1999.
- Barbeito, A. y Lo Vuolo, R.: *La Modernización Excluyente*, Buenos Aires, Losada, 1992.

- Beccaria, L. y N. López: "Notas sobre el comportamiento del mercado de trabajo urbano", en Luis Beccaria y Néstor López (comps.): *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Losada, 1996, págs. 17-46.
- Bourdieu, P.: *Acts of Resistance*, New York, The New Press, 1998.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L.: "La astucia de la razón imperialista", en *Apuntes de Investigación en Cultura y Política* 4, Buenos Aires, 1999.
- Bustelo, E.: "La Produccion del Estado de Malestar. Ajuste y Política Social en America Latina", en Alberto Minujin (comp.), *Cuesta Abajo*, Buenos Aires, Losada, 1993.
- Castells, M.: *The City and the Grassroots*, Berkeley, University of California Press, 1983.
- Centro de Estudios Bonaerenses (CEB), *Informe de Coyuntura 51-1*, Buenos Aires, 1995.
- Cetrángolo, O. y L. Golbert: "Desempleo en Argentina: magnitud del problema y políticas adoptadas", *CECE, Serie Estudios* 8, 1995.
- Eckstein, S.: "Urbanization Revisited: Inner-city Slum of Hope and Squatter Settlement of Despair", en *World Development* 18, n° 2, 1990, págs. 165-81.
- Gay, R.: *Popular Organization and Democracy in Rio de Janeiro. A Tale of Two Favelas*, Filadelfia, Temple University Press, 1994.
- Gilbert, A.: *The Latin American City*, Londres, Latin American Bureau, 1994.
- Golbert, L.: "Viejos y nuevos problemas de las políticas asistenciales", *CECE. Serie Estudios* 12, 1996.
- Iñiguez A. y A. Sánchez: "El conurbano bonaerense y la provincia de Buenos Aires: condensación de la tragedia nacional de la desocupación y la subocupación", *Cuadernos del IBAP* 7, Buenos Aires, 1996.
- Kessler, G.: "Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia", en Luis Beccaria y Néstor López (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Losada, Buenos Aires, 1996.
- Kuasñosky, S. y D. Szulik: "Desde los márgenes de la juventud", en Mario Margulis (comp), *La juventud es más que una palabra*, Biliblos, Buenos Aires, 1996.

- Lloyd-Sherlock, P.: "Policy, Distribution, and Poverty in Argentina Since Redemocratization", *Latin American Perspectives* 24, n° 97, 1997, págs. 22-55.
- Lozano, Claudio y Roberto Feletti: "Convertibilidad y desempleo, crisis ocupacional en la Argentina", en *Aportes Para El Estado y La Administración Gubernamental* 3, n° 5, 1996, págs. 155-88.
- Lumi, S.; L. Golbert, y E. Tenti Fanfani: *La mano izquierda del estado*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 1992.
- Massey, D. y N. Denton: *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993.
- Mingione, E. (comp.): *Urban Poverty and the Underclass: A Reader*, Cambridge, Mass, Blackwell, 1996.
- Minujin, A. y G. Kessler: *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1995.
- Mollenkopf, J. y M. Castells. (comps): *Dual City. Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991.
- Monza, Alfredo: "Evolución Reciente y Perspectivas del Mercado de Trabajo en la Argentina", *Aportes Para El Estado y La Administración Gubernamental*, n° 3, 1996, págs. 65-78.
- Murmis, M. y S. Feldman: "De seguir así", en Luis Beccaria y Néstor López (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Losada, 1996.
- O'Donnell, G.: *Contrapuntos*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Oxhorn, P.: "The Social Foundations of Latin America's Recurrent Populism: Problems of Popular Sector Class Formation and Collective Action", *Journal of Historical Sociology*, vol.11, n° 2, 1998, págs. 212-246.
- Oszlak, Oscar: *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Buenos Aires, Humanitas, 1991.
- Patroni, V.: "Labor and Democracy in Mexico and Argentina", *Paper Delivered at the 1998 Meeting of the Latin American Studies Association, Chicago, II*, 24-26 de septiembre de 1998.
- Peattie, L. y J. A. Alderete-Hass: "'Marginal' Settlements in Developing Countries. Research, Advocacy of Policy, and Evolution of Programs", en *Annual Review of Sociology* 7, págs. 157-75, 1981.

- Perlman, Janice: *The Myth of Marginality*, Berkeley, CA, The University of California Press, 1976.
- Prevot Schapira, M.: “Las políticas de lucha contra la pobreza en la periferia de Buenos Aires, 1984-1994”. *Revista Mexicana De Sociología* 59, nº 2, 1996, págs. 73-94.
- Ratier, H.: *Villeros y villas miseria*, Buenos Aires, CEAL, 1985.
- Rofman, A.: “El desempleo en la Capital y en el interior: perfiles actuales del desempleo estructural en la Argentina”, en S. Peñalva y A. Rofman (comps.), *Desempleo estructural, pobreza y precariedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, págs. 31-50, 1996.
- Rubinich, Lucas: “Apuntes sobre nociones de derechos en sectores populares urbanos”, *Documentos CEDES*, 1991.
- Sarlo, B.: *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*, Buenos Aires, Ariel, 1996.
- Sassen, S.: *The Global City*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1991.
- : *Globalization and its Discontents*, Nueva York, The New Press, 1998.
- Smith, W.: “Hyperinflation, Macroeconomic Instability, and Neoliberal Restructuring in Democratic Argentina”, en E. Epstein (comp), *The New Argentine Democracy*, Nueva York, Praeger.
- Stillwaggon, E.: *Stunted Lives, Stagnant Economies. Poverty, Disease, and Underdevelopment*, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1998.
- Tilly, C.: What is Good Urban History?, *Journal of Urban History*, 1996.
- Torres, H.: *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*, Buenos Aires, Dirección de Investigaciones. Secretaría de Investigación y Posgrado. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, 1991.
- Verbitsky, B.: *Villa Miseria también es America*, Buenos Aires, G. Kraft, 1957.
- Villareal, J.: *La exclusión social*, Buenos Aires, Norma, 1997.
- Wilson, W. J. *When Work Disappears*, Nueva York, Knopf, 1997
- Wolfe, T., *The Bonfire of Vanities*, Nueva York, Farrar, Straus, 1987.
- Yujnovsky, Oscar: *Las claves políticas del problema habitacional argentino*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984.

1. La nueva línea de color urbana

Estado del gueto en la Norteamérica posfordista*

Tratando de sobrevivir, tratando de mantenerse vivo
El gueto, ya que hablamos del gueto
Aunque las calles tengan baches, las luces estén apagadas
Los amigos de la droga mueran con una pipa en su boca
Los viejos compañeros de la escuela no hagan nada bien
Todos los días es lo mismo y lo mismo todas las noches
No te dispararía, hermano, pero sí a ese imbécil
Que no se acerque a probar si estoy calmo
Todos los días me pregunto cómo voy a morir
Lo único que sé es cómo sobrevivir.

TOO SHORT, *The Ghetto***

* “The New Urban Color Line. The State and Fate of the Ghetto in Postfordist America”, págs. 231-276, en Craig J. Calhoun (comp.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Oxford (Reino Unido) y Cambridge (Estados Unidos), Basil Blackwell, 1994.

Este artículo es una versión revisada y aumentada de “Redrawing the Urban Color Line: The State of the Ghetto in the 1980s”, originalmente publicado en Craig Calhoun y George Ritzer (comps.), *Social Problems* (Nueva York, McGraw-Hill, 1992).¹

** Tryin’ to survive, tryin’ to stay alive / The ghetto, talkin’ ‘bout the ghetto / Even though the streets are bumpy, lights burnt out / Dope friends die with a pipe in their mouth / Old school buddies not doin’ it right / Every day it’s the same and it’s the same every night / I wouldn’t shoot you bro’ but I’d shoot that fool / If he played me close and tried to test my cool / Every day I wonder just how I’ll die / The only thing I know is how to survive. *The ghetto*, de Leroy Hutson, Donna Hathaway, Al Eaton y Todd Shaw, copyright © 1990, Don Pow Music; administrado por Peer International Music Corporation, todos los derechos reservados; utilizado con autorización (del álbum *Short Dog’s in the House*, 1990; Zomba Recording Corp.).

*De los disturbios raciales a los disturbios silenciosos:
visiones cambiantes del gueto*

Veinte años después de los levantamientos que encendieron hogueras de frustración en los barrios bajos negros de las metrópolis norteamericanas, el gueto ha vuelto al primer plano de los problemas nacionales. Con la diferencia de que esta vez, los levantamientos raciales abiertos que desgarraron las comunidades afroamericanas de las ciudades del norte en desafiante rebelión contra la autoridad blanca dieron paso al “disturbio lento” (Curtis, 1985) del delito de negros contra negros, el rechazo masivo de la escuela, el tráfico de drogas y la decadencia social interna.² En los noticieros de la noche, las escenas de

2. Estas líneas fueron escritas antes de los acontecimientos en el centro sur de Los Angeles en abril de 1992, pero la casi completa desaparición de éstos del debate público apenas unas semanas después de su inicio no me incita a revisar esta exposición introductoria. En rigor de verdad, lo más notable en este estallido de violencia urbana parcialmente basado en la raza es la manera tan exhaustiva en que se lo asimiló a imágenes y discursos preexistentes sobre el gueto (al extremo de desfigurarlo, dado que con ello se borró su composición multiétnica, lo mismo que su dimensión de clase) y el poco impacto que tuvo en la discusión política y académica sobre el nexo de la raza, la clase y el Estado en la ciudad: como si no hubiera sido otra cosa que un

policías blancos que desatan la violencia del Estado contra manifestantes negros pacíficos que demandan el mero reconocimiento de sus derechos constitucionales elementales han sido reemplazadas por informes sobre disparos desde autos en marcha, personas sin techo y embarazos adolescentes. Los pastores negros, los políticos locales y las madres preocupadas todavía organizan actos de agitación y manifestaciones, pero sus petitorios y sus marchas se dirigen menos al gobierno que a los narcotraficantes y las bandas que convirtieron tantos barrios de las áreas céntricas deprimidas [*inner city*] en teatros de pavor y muerte. La visión de los saqueadores “negros” y los activistas del poder negro que reclamaban un vigoroso control del destino de sus comunidades (Boskin, 1970) y se subían a la cresta de la ola del orgullo y de la autoafirmación raciales dio paso a la detestable imaginaria de la “infraclass” [*underclass*], un término que pretende señalar un nuevo segmento de los pobres de las minorías, presuntamente caracterizados por las deficiencias comportamentales y la desviación cultural (Auletta, 1982; Sawhill, 1989), una amenazante hidra urbana personificada por el pandillero desafiante y agresivo y la “madre adolescente de la seguridad social”, disoluta aunque pasiva, dos figuras emblemáticas cuyo comportamiento (auto)destrutivo representa, según se dice, en un caso una amenaza física y en el otro un ataque moral a la integridad de los valores estadounidenses y la vida nacional.

La oleada de movimientos sociales que vigorizaron a la comunidad negra y contribuyeron a elevar las esperanzas colectivas a lo largo de la década de 1960 (Morris, 1984; McAdam, 1981) ha amainado y, con ella, el compromiso del país de combatir la desigualdad racial. Esta situación se refleja con clari-

“*reality show*”, si bien particularmente espeluznante y espantoso (Wacquant, 1993b).

dad en el lenguaje cambiante de los debates públicos sobre el gueto. Cuando la “guerra a la pobreza” de Lyndon B. Johnson fue reemplazada por la “guerra a la seguridad social” de Ronald Reagan (Katz, 1989), la cuestión de la conexión social entre raza, clase y pobreza se reformuló en términos de las motivaciones personales, las normas familiares y los valores grupales de los residentes de las zonas céntricas ruinosas de las ciudades, y se adjudicó a la seguridad social el rol del villano. De manera correspondiente, también se redujeron las metas de la política gubernamental: en vez de perseguir la erradicación de la pobreza —el objetivo optimista que, de acuerdo con el programa de la Gran Sociedad, debía alcanzarse hacia 1976 como un homenaje al bicentenario de la nación— y la disminución de las disparidades raciales, el Estado se conforma hoy con supervisar la contención de la primera en ruinosos enclaves para minorías (y en las cárceles que se construyeron a ritmo asombroso en la década pasada para absorber a sus ocupantes más disociadores) y con la “ignorancia benigna” de las segundas. Consecuentemente, el punto central de la investigación social se trasladó de la línea de color urbana a los defectos individuales de los negros pobres, del gueto como mecanismo de dominación racial y opresión económica (Clark, 1965; Liebow, 1967; Rainwater, 1970), y los impedimentos políticos y económicos estructurales que obstruyen la participación plena de esos negros pobres en la colectividad nacional, a las “patologías” de la así llamada infrac clase que presuntamente habita en ese gueto y a las medidas punitivas que pueden tomarse para minimizar su demanda de recursos colectivos y confinarlos en los segmentos periféricos de un mercado laboral expansivo de bajos salarios (véanse, por ejemplo, Ricketts y Sawhill, 1988; Mead, 1989).³

3. Así, las investigaciones sobre la “pobreza urbana” de la década pasada

Sin embargo, estos cambios en la representación simbólica y el tratamiento político del gueto difícilmente puedan borrar el hecho de que se hizo realidad la ominosa advertencia de la Comisión Asesora Nacional sobre Desórdenes Civiles de 1968 (Kerner Commission, 1989, págs. 396, 389): “El país [se ha movido] hacia [la creación de] dos sociedades, separadas y desiguales”, como consecuencia de “la acelerada segregación de los negros desaventajados y con bajos ingresos en los guetos de las mayores ciudades norteamericanas”. Si bien la clase media negra experimentó un progreso y una expansión reales, aunque tenues, en gran medida gracias a los esfuerzos gubernamentales y (secundariamente) a la mayor presión legal sobre la patronal de las corporaciones (Collins, 1983; Landry, 1987; Son *et al.*, 1989), la pobreza negra urbana es hoy más intensa, tenaz y concentrada que en la década del sesenta (Wilson, 1987). Y la distancia económica, social y cultural entre las minorías de los centros ruinosos de las ciudades y el resto de la sociedad alcanzó niveles que no tienen precedentes en la historia moderna norteamericana y son desconocidos en otras sociedades avanzadas.

se concentraron en cuestiones de familia, seguridad social y desviación (en los ámbitos de la sexualidad y el delito en particular), al precio de ignorar, si no oscurecer, tanto la profundización de las disparidades de clase y la división racial de la sociedad norteamericana como los cambios del poder político que posibilitaron que una serie de políticas públicas (en educación, vivienda, salud, desarrollo urbano, justicia, etc.) cercenaran oportunidades de vida en las áreas céntricas ruinosas. Los problemas de la estructura familiar, la raza y la pobreza llegaron virtualmente a confundirse (Zinn, 1989), como si existiera entre ellos alguna relación causal necesaria. Del mismo modo, se mezclaron por completo las cuestiones de la decadencia urbana y la raza, a tal punto que el término “urbano” se convirtió en un eufemismo para referirse a los negros pobres y otras categorías etnoraciales dominadas (Franklin, 1991, capítulo 4).

No es el mismo gueto de antes

¿Quiere decir que, según las palabras del historiador Gilbert Osofsky (1971, pág. 189), hay una “interminable y trágica semejanza en la vida de los negros en las metrópolis”, la del “gueto persistente”, que se perpetúa a lo largo del tiempo sin ser afectado por tendencias sociales y fuerzas políticas tan trascendentales como el inicio de una economía posindustrial, la promulgación de derechos civiles generales y las leyes de la acción afirmativa y la reorganización del espacio urbano bajo las presiones paralelas de la desconcentración suburbana y la jerarquización edilicia del centro de las ciudades? Todo lo contrario. En efecto, por debajo de la persistencia de la subordinación económica y el encierro racial, el gueto de la década del ochenta es muy diferente del gueto de la década del cincuenta. El gueto *comunitario* de la inmediata posguerra, compacto, marcadamente delimitado y con todo un complemento de clases negras enlazadas por una conciencia colectiva unitaria, una división social del trabajo casi completa y organismos comunales de movilización y representación de amplia base, ha sido reemplazado por lo que podemos llamar *hipergueto* de las décadas del ochenta y del noventa (Wacquant, 1989, 1991), cuya configuración espacial, composición institucional y demográfica, posición estructural y función en la sociedad urbana son absolutamente novedosas. Por otra parte, la separación del gueto del resto de la sociedad estadounidense sólo es aparente: es una separación de “mundos vividos”, no de “sistemas”, para usar una distinción conceptual elaborada por Habermas (1984). Esa distinción se refiere a las experiencias y relaciones concretas de sus ocupantes, no a los lazos subyacentes que los anclan con firmeza al conjunto metropolitano, si bien en la modalidad de la exclusión. En efecto, como argumentaré en este artículo, hay nexos causales y funcionales profundamente arraigados entre la transformación del gueto y los cambios en la estructura de la

economía, la sociedad y el gobierno norteamericanos de las tres últimas décadas.

El análisis de los factores económicos y políticos que se combinaron para transformarlos en verdaderos “Bantustanes”^{*} domésticos revela que los guetos no son entidades sociales autónomas que contengan en sí mismas el principio de su reproducción y cambio. También demuestra que el riesgoso Estado de los “cinturones negros” norteamericanos históricos no es el mero resultado mecánico de la desindustrialización, los movimientos demográficos o un “desajuste” espacial o de aptitudes enraizado en procesos ecológicos, y menos aún el producto del ascenso de una “nueva” infraclase, *in statu nascendi* o ya “cristalizada” como elemento “permanente” del paisaje urbano estadounidense (Loewenstein, 1985; *Chicago Tribune*, 1986; Nathan, 1987), ya se defina por su comportamiento, ingreso, cultura o aislamiento. Se trata, más bien, del producto de una transformación de la articulación *política* de la raza, la clase y el espacio urbano tanto en el discurso como en la realidad objetiva.

El gueto todavía nos acompaña, pero es un “tipo” diferente de gueto: su composición interna ha cambiado junto con su medio ambiente y los procesos institucionales que simultáneamente lo encadenan al resto de la sociedad norteamericana y aseguran su ubicación dependiente y marginal dentro de ella. Para entender estas diferencias, qué es y qué significa el gueto tanto para los de adentro como para los de afuera, hay que barrer con el discurso de la “infraclase” que llenó el escenario del debate renaciente sobre la raza y la pobreza en la ciudad (Fainstein, 1993) y reconstruir, en cambio, las relaciones conexas entre la transformación de la vida cotidiana y las relaciones sociales dentro del núcleo urbano, por un lado, y la reestructuración del

* Se trata de territorios creados por Sudáfrica en 1959, que funcionaban como reservaciones de la población negra sometida al apartheid [n. del t.].

sistema de fuerzas —económicas, raciales y políticas— que explican la configuración particular de casta y clase que el gueto materializa. Por consiguiente, el punto principal de este análisis será el de los factores *externos* que reconfiguraron el territorio social y simbólico dentro del cual los residentes del gueto se (re)definen y hacen lo propio con la colectividad que forman, y la discusión sólo abordará indirectamente la producción *interna* de su orden y conciencia sociales específicos. Este énfasis no se origina en la creencia de que la determinación estructural constituye el *alfa* y el *omega* de la formación de la identidad; lejos de ello. Se apoya, en dos premisas, una teórica y la otra empírica.

La primera es que la dilucidación de las condiciones objetivas en que la identidad llega a construirse, afirmarse y discutirse en las zonas céntricas deprimidas, constituye un prerrequisito sociológico para el análisis del *Lebenswelt* experiencial del gueto y sus formas incorporadas de práctica y significación. En este espacio objetivo de posiciones y recursos materiales y simbólicos, tienen sus raíces las estrategias desplegadas por los residentes del gueto para imaginarse quiénes son y quiénes pueden ser. Si bien no tengo dudas de que un análisis semejante quedará inconcluso mientras falte el complemento de una “perspectiva nativa” (a la manera de Aldon Morris) que arroje luz sobre las complejidades de la formación de la identidad “desde abajo” (o, para ser más preciso, desde adentro), también creo que la celebración populista de “los valores de la negritud” y de la riqueza de “la cultura negra de oposición” (Hooks, 1992, pág. 17) no propone ni un sustituto ni un punto de partida adecuado para una evaluación rigurosa del estado y el destino del gueto en el final de la era fordista.

La segunda premisa de esta investigación es que, nos guste o no, la realidad del gueto como un lugar físico, social y simbólico en la sociedad norteamericana se decide en gran medida —se impone, en rigor— desde afuera, dado que sus residentes es-

tán cada vez más desposeídos de los medios de producir sus propias identidades colectivas e individuales. En este aspecto, es instructivo un breve contraste de la procedencia, los usos y la carga semántica opuestos de los vocabularios de “alma” e “infraclass”. La noción de alma, que despertó mucha atracción durante la agitación racial de la década de 1960, era una “concepción folclórica del ‘carácter nacional’ de los negros de la clase baja urbana” (Hannerz, 1968, pág. 54). Producida desde adentro para consumo en el grupo, sirvió como símbolo de solidaridad y enseña de orgullo personal y grupal. En contraste, el “status de infraclass” se establece por completo desde afuera (y desde arriba) y los especialistas en producción simbólica —periodistas, políticos, académicos y expertos gubernamentales— lo asignan a la fuerza a sus “miembros” putativos, con finalidades de control y disciplinamiento (en el sentido que Foucault atribuye al término) y sin la menor preocupación por la idea que tienen de sí mismos quienes son arbitrariamente amontonados en esta ficción analítica. En tanto que el concepto popular de alma, como parte de un “diálogo interno del gueto” en pro de una reevaluación autóctona de la identidad negra (Keil, 1966), tuvo una valoración positiva, el lenguaje de la infraclass es una etiqueta despectiva, una identidad que nadie reivindica excepto para adjudicarla a Otro. El hecho de que aun intelectuales negros “insurgentes” como Cornel West adopten el lenguaje de la infraclass revela hasta qué punto el gueto se ha convertido en un *objeto extraño* en el paisaje de la sociedad norteamericana.

Tres advertencias preliminares

Corresponde hacer tres advertencias antes de elaborar un retrato de las condiciones sociales y la vida en las zonas céntricas ruinosas contemporáneas, con el de Chicago como caso ilustrativo. Primero, hay que destacar que el gueto no es simplemente una entidad topográfica o una agregación de familias e indivi-

duos pobres sino una forma institucional, es decir, una concate-
nación particular y basada en el espacio de mecanismos de *en-*
cierra y *control etnoraciales*. Expresado sintéticamente, en
cuanto tipo ideal el gueto puede caracterizarse como una for-
mación socioespacial restringida, racial y/o culturalmente uni-
forme, fundada en la relegación forzada de una población nega-
tivamente tipificada –como los judíos en la Europa medieval y
los afroamericanos en la Norteamérica moderna– en un territo-
rio reservado en el cual esa población desarrolla un conjunto de
instituciones específicas que actúan como sustituto funcional y
escudo protector de las instituciones dominantes de la sociedad
general (Wacquant, 1991). El hecho de que la mayoría de los
guetos hayan sido *históricamente* lugares de miseria material
difundida y a veces aguda no significa que un gueto tenga que
ser necesariamente pobre –sin duda, el “Bronzeville” de la dé-
cada de 1940 era más próspero que la mayor parte de las comu-
nidades negras del sur– y tampoco que tenga que estar unifor-
memente privado de recursos.⁴ Esto implica que el gueto no es
un conjunto social monolítico. Pese a su ruina extrema, muchos
barrios de las áreas céntricas todavía contienen una pizca de
variedad ocupacional, cultural y familiar. El gueto tampoco es
completamente infecundo: en medio de su desolación persisten

4. A la inversa, no todas las áreas de ingresos bajos son guetos, por extre-
ma que sea su indigencia: piénsese en las declinantes ciudades industriales
blancas del medio oeste en proceso de desindustrialización como Pontiac
(Michigan), los condados rurales del delta del Mississippi, las reservaciones
nativas norteamericanas o grandes sectores de Estados Unidos en la década
del treinta. Llamar gueto a cualquier zona que muestre una elevada tasa o
concentración de pobreza no sólo es arbitrario (¿cuál es el punto de corte
adecuado, y para qué unidad de medida?); también sustrae al término su sig-
nificado histórico y lo vacía de sus contenidos sociológicos, con lo que coarta
la investigación sobre los mecanismos y criterios precisos mediante los cua-
les actúa la exclusión (las discusiones con Martin Sanchez-Jankowski me
ayudaron a aclarar este aspecto).

islotes dispersos de (relativa) estabilidad económica y social, que ofrecen plataformas de lanzamiento frágiles pero cruciales para las estrategias de enfrentamiento y escape de sus residentes, y nuevas formas de sociabilidad se desarrollan continuamente en las grietas de un sistema que se desmorona.

Segundo, es preciso resistirse a la tendencia a considerar el gueto como un espacio ajeno, a ver sólo lo que es diferente en él; en síntesis, a *exotizarlo*, como acostumbraron hacerlo los partidarios del mito académico de la “infraclase” en sus espeluznantes cuentos sobre el comportamiento “antisocial” que armonizan tan bien con los informes periodísticos (de los cuales, a fin de cuentas, se extraen a menudo) y con los prejuicios clasistas y raciales corrientes contra los negros pobres. En rigor de verdad, una superficial sociología de la sociología mostraría que la mayor parte de las descripciones de la “infraclase” revelan más sobre la *relación* del analista con el objeto y sus pre-conceptos, temores y fantasías raciales y clasistas que sobre su objeto putativo; y que las representaciones de las “áreas de infraclase” llevan la marca distintiva de la mirada ostensiblemente “neutral” (es decir, dominante) que, desde lejos, lanzan algunos analistas que, con demasiada frecuencia, rara vez pusieron el pie en alguna de ellas.⁵ Los moradores del gueto no son una

5. Para producir esta extraña formación discursiva, compuesta en gran parte por moralizaciones e invocaciones políticas empíricamenteazonadas, cuya función primordial es aislar y proteger a la sociedad “dominante” de la amenaza y la mancha de los negros pobres desplazándolos simbólicamente de ella, tal vez fue necesario, en primer lugar, que los mismos proponentes de la mitología de la infraclase se alejaran estudiadamente del gueto a fin de “teorizarlo” desde lejos y desde arriba, y sólo a través del escudo tranquilizador de su aparato burocrático de investigación. Un ejemplo: es notable (y por desdicha bastante típico) que, de los 27 autores que contribuyeron a la generosamente financiada y publicitada antología de conferencias titulada *The Urban Underclass* (Jencks y Peterson, 1991), sólo *uno* haya realizado observaciones extensivas de primera mano dentro del gueto.

raza distinta de hombres y mujeres necesitados de una denominación especial; son personas comunes y corrientes que tratan de ganarse la vida y mejorar su suerte lo mejor que pueden en las circunstancias desusadamente oprimidas y deprimidas que se les han impuesto. Aunque desde el punto de vista de un observador exterior de posición segura sus códigos culturales y patrones de conducta puedan parecer peculiares, quijotescos e incluso “aberrantes” (una palabra tantas veces reiterada al hablar del gueto que unida a él se ha convertido virtualmente en un oxímoron), un examen más detenido demuestra que obedecen a una racionalidad social que hace un balance de experiencias pasadas y está bien ajustada a su contexto y sus posibilidades socioeconómicas inmediatas (Wacquant, 1992a).

La tercera advertencia subraya, contra la premisa central de la investigación norteamericana sobre la pobreza, que el gueto no padece una “desorganización social”, otro concepto moralizador que hoy por hoy sería mejor desterrar de las ciencias sociales. Más bien, está *organizado de diferente manera*, en respuesta a la implacable presión de la necesidad social, la hostilidad racial y la estigmatización política. El gueto engloba un tipo particular de orden social, basado en la marcación y dualización racial del espacio, “organizado en torno de una competencia y un conflicto intensos por los recursos escasos” que impregnan un medio ambiente repleto de “depredadores sociales” (Sanchez-Jankowski, 1991, págs. 22, 183-192), y políticamente constituido como inferior. Por último, y de manera conexas, hay que tener presente que los moradores del gueto no forman parte de un grupo separado y de algún modo amputado del resto de la sociedad, como querrían hacernos creer muchos de los defensores de la tesis de la “infraclase”. Pertenecen, más bien, a fracciones no calificadas y socialmente descalificadas de la clase obrera negra, aunque sólo sea en virtud de los múltiples vínculos conyugales y de parentesco, lazos sociales, conexiones culturales y procesos institucionales que atraviesan la

presunta divisoria entre ellos y el resto de la comunidad afroamericana (Aschenbrenner, 1975; Collins, 1983, pág. 370; Pétonnet, 1985).⁶

Del gueto “comunitario” de la década del cincuenta al “hipergueto” de la década del ochenta

El proceso de guetificación negra —desde la acumulación y expansión iniciales hasta la huida y desinversión súbitas de los blancos, seguidas por aumentos abruptos de la desocupación, el delito, los retrasos educativos y otras dislocaciones sociales— es antiguo y bien conocido: se remonta a la formación inicial del gueto como una institución de *exclusión racial* en las primeras décadas del siglo xx.⁷ Para comenzar, es preciso destacar que

6. En un estudio analítico de redes, original aunque muchas veces lamentablemente ignorado, Melvin Oliver (1988) ofrece un sugestivo retrato de la comunidad afroamericana urbana como racimos de lazos interpersonales, que desmiente directamente su representación corriente como un semillero de desafiliación y patologías sociales. En particular, Oliver comprueba que los residentes del gueto histórico de Watts, en Los Angeles, y los de la más reciente área segregada de clase media de Crenshaw-Baldwin Hills tienen redes muy similares (en lo que se refiere a tamaño, contexto relacional, distribución espacial, densidad, falta de recursos y reciprocidad) y que los lazos extralocales con los parientes son igualmente preponderantes en ambos lugares.

7. Véanse Spear (1967), Philpott (1978) y Drake y Cayton (1962, vol. 1) para el caso del gueto de Chicago, y Kusmer (1986) y Franklin (1980) para un panorama histórico más amplio de la urbanización negra. No es posible dar aquí un tratamiento adecuado a las raíces históricas de la trayectoria del gueto negro en la *longue durée* de su recorrido de vida. Bástenos con señalar que, aun cuando sus causas motrices se sitúen fuera de él, la transformación del gueto, como en el caso de cualquier formación social, está mediada en parte por su estructura interna, de manera que para alcanzar el pleno esclarecimiento de su evolución reciente hay que remontarse un siglo atrás, a las décadas de su incubación.

los negros son el único grupo de la sociedad estadounidense que experimentó la guetificación. Los inmigrantes blancos de diversas procedencias periféricas (italianos, irlandeses, polacos, judíos, etc.) vivieron inicialmente en *vecindarios étnicos* heterogéneos que, aunque fueran barrios bajos, fueron etapas intermedias temporarias y, en su mayor parte, voluntarias en el camino a la integración en una sociedad blanca compleja; con perdón de Wirth (1927), no se trató de guetos en ningún sentido, salvo desde un punto de vista impresionista y periodístico. En ellos, la segregación sólo era parcial y se fundaba en una mezcla de clase, nacionalidad y ciudadanía. Por su lado, el confinamiento residencial de los negros era (y todavía es) único, en la medida en que sólo ellos tuvieron que vivir en áreas donde “la segregación era casi total, esencialmente involuntaria y también perpetua” (Philpott, 1978, pág. xvi).⁸ Por otra parte, la separación forzada de los negros fue más allá de la vivienda, hasta englobar otros ámbitos institucionales básicos, desde la escolarización y el empleo hasta los servicios públicos y la representación política, lo que condujo al desarrollo de una estructura social paralela sin contrapartida entre los blancos.

En nuestros días, lo que distingue la guetificación negra es, en primer lugar, que está tanto espacial como institucionalmente diferenciada y *descentrada*, escindida, por decirlo así, entre un núcleo urbano decadente aunque en expansión, por una parte, y por la otra, barrios satélite de clase obrera y de clase media situados en la periferia de las ciudades y, cada vez más, en suburbios segregados a menudo adyacentes al cinturón negro his-

8. Por ejemplo, en 1930, en un momento en que el gueto totalmente negro del South Side ya agrupaba a más del 90 por ciento de la población afroamericana de la ciudad, la “Pequeña Irlanda” de Chicago era una mescolanza de veinticinco “nacionalidades” en la que sólo un tercio eran irlandeses y que contenía apenas un 3 por ciento de todos los residentes de esa descendencia de la ciudad (Philpott, 1978, págs. 141-142).

tórico. El segundo rasgo novedoso de la guetificación negra en la Norteamérica posfordista es su escala total y “la intensidad del derrumbe en el centro del gueto”, así como el hecho de que “el ciclo todavía actúa, dos décadas después de haber entrado en vigor las leyes en pro de la equidad habitacional” (Orfield, 1985, pág. 163). A decir verdad, en el período mismo en que se presumía que los cambios legales provocarían su mejoramiento, las zonas céntricas ruinosas se vieron infestadas por una degradación física acelerada, una inseguridad y una violencia galopantes y grados de exclusión económica y penuria social sólo comparables a los de los peores años de la Gran Depresión.

Decadencia física y peligro en el núcleo urbano

Camine a lo largo de la calle 63, en el South Side de Chicago, a un tiro de piedra del campus de la Universidad de Chicago, en lo que era una de las franjas comerciales más activas de la ciudad, y presenciará un sombrío espectáculo repetido una y otra vez en los guetos negros de Estados Unidos: en Harlem o en el distrito de Brownsville en Brooklyn (Nueva York), en Camden (Nueva Jersey), en el East Side de Cleveland o en Roxbury (Boston).⁹ Edificios abandonados, baldíos salpicados de escombros y basura, veredas rotas, iglesias con frentes tapiados y restos chamuscados de tiendas se alinean a lo largo de kilómetros y kilómetros de barrios decadentes y que se pudren desde la década de 1960.

Cuarenta años atrás, la calle 63 era llamada la “Milla del milagro” por los comerciantes locales que rivalizaban por el espacio y una porción de la torta. Había casi ochocientos nego-

9. A menos que se indique lo contrario, las citas de entrevistas y observaciones de primera mano proceden del trabajo de campo que realicé en el South Side de Chicago entre 1988 y 1991, en el transcurso de un estudio etnográfico de la cultura y la economía del boxeo profesional en el gueto.

cios y ni un solo baldío en una superficie de dieciocho manzanas por cuatro. El barrio era muy animado, ya que la gente aflúa a él desde otras zonas de la ciudad y formaba una muchedumbre tan densa en las horas pico que uno avanzaba literalmente en el aire al salir de la estación del tren elevado. Grandes restaurantes estaban abiertos las veinticuatro horas del día; había no menos de cinco bancos y seis hoteles; y parecía que los cines, las tabernas y los salones de baile no se vaciaban nunca. Ésta es la descripción de la calle que hace el único comerciante blanco que quedó de esa época:

Parece Berlín después de la guerra, y es triste. La calle está bombardeada, en decadencia. El 75 por ciento de los lotes está vacío. Es muy desafortunado, pero parece que lo único que realmente prospera aquí son las tiendas de bebidas alcohólicas. Y no aportan nada a la comunidad: todo es “¡tome, tome, tome!” Muy deprimente. [Suspira ruidosamente.] Es una zona sin esperanzas, sin inversiones. La gente no viene a Woodlawn.

El apodo de la calle asumió hoy un matiz irónico: es un milagro que queden negocios en ella. Ni un solo cine, banco, club de jazz o taller de reparaciones sobrevivió a la década del setenta. También desaparecieron las madereras, las imprentas, los garajes y los talleres de industria liviana. Quedan menos de noventa establecimientos comerciales, en su mayor parte diminutos comedores, salones de belleza y peluquerías, y negocios de venta de ropa, comida y bebidas alcohólicas que emplean a lo sumo un puñado de trabajadores.

Sin embargo, el hecho más significativo de la vida cotidiana en el gueto de nuestros días tal vez sea la extraordinaria *preponderancia* del *peligro físico* y la *aguda sensación de inseguridad* que llena sus calles.¹⁰ Sólo entre 1980 y 1984, los delitos

10. La violencia es un aspecto de la vida del gueto que es difícil de discu-

graves se multiplicaron por cuatro en Chicago, para llegar al asombroso índice de 1.254 cada mil residentes. La mayoría de ellos fueron cometidos por y contra habitantes del gueto. Una gran parte de las 849 víctimas de homicidio oficialmente registradas en la ciudad en 1990 eran hombres jóvenes afroamericanos, la mayoría muertos a tiros en barrios pobres totalmente negros. Con la amplia difusión de las drogas y las armas de fuego, la mortalidad en las grandes zonas céntricas deprimidas alcanzó “índices que justifican una consideración especial, análoga a la que se presta a las ‘áreas de desastres naturales’”; en la actualidad, los varones de Bangladesh tienen una mayor probabilidad de sobrevivir después de los treinta y cinco años que sus pares de Harlem (McCord y Freeman, 1990). No es de sorprender que algunos analistas de la escena urbana hablen abier-

tir sin suscitar de inmediato las imágenes intencionalmente sangrientas –y a menudo groseramente erróneas– de las descripciones estereotipadas de los medios sobre el delito y la ilegalidad, que se convirtieron en el tema central del discurso político e intelectual acerca de la “infraclase”. No obstante, y fundado en mi trabajo de campo etnográfico en el South Side de Chicago, me parece que cualquier descripción del gueto debe comenzar con esta violencia, debido a su agudeza vivencial y sus ramificaciones enormemente disociadoras para las vidas de quienes están atrapados en aquél. Al mismo tiempo quiero insistir, ante todo y aunque sólo sea por medio de una prolepsis, en que la violencia de las áreas céntricas deprimidas es, en sus formas y su organización, muy diferente de lo que muestran los informes periodísticos, en algunos aspectos no tan horrenda y en otros mucho peor, en particular debido a su carácter rutinario y socialmente entrópico. Segundo, esta violencia destructiva “desde abajo” no debe analizarse como la expresión de una “patología” sino como una función del grado de penetración y modo de regulación de este territorio por el Estado: una respuesta a diversos tipos de violencia “desde arriba” y un subproducto del abandono político de las instituciones públicas en el núcleo urbano (Wacquant, 1993b). En otro lugar (Wacquant, 1992a) traté de brindar una descripción más matizada, desde adentro, del impacto de la inseguridad sistémica en la textura de la vida diaria del gueto, tal como se ve a través de los ojos y las estrategias de supervivencia de un buscavidas [*hustler*] profesional que trabaja en las calles del South Side de Chicago.

tamente de los hombres jóvenes negros como “una especie en peligro” (Gibbs, 1989). La combinación existente de armas, exclusión persistente del trabajo asalariado y penetración del tráfico de drogas modificó las reglas de la confrontación masculina en las calles, de una manera que alimenta la escalada de ataques mortales. Un ex líder de los Discípulos del Gángster Negro reflexiona:

Mira, antes, si dos pandilleros querían pelear, dejábamos que los dos tipos se agarraran *uno contra uno*. Pero ahora no es así: si quieres pelearme, yo voy a buscar un revólver para pegarte un tiro; ¿te das cuenta de lo que digo? Cada vez que consigues un arma, eso es lo primero que piensas: nada de *tratados de paz* y dejar que estos dos tipos se peleen y arreglen su asunto como verdaderos hombres grandes. *Ahora estoy asustado*, porque estos tipos no tienen... [alza la voz, conmovido] quiero decir, *¡no le dan valor a la vida, ningún valor!*

Las viviendas son apenas un poco más seguras que las calles. Lo habitual es que las ventanas y las puertas de los departamentos y las casas estén protegidas con pesadas mamparas de metal y barrotes antirrobo. Las instalaciones públicas no son una excepción. Los habitantes ancianos del gueto evocan con nostalgia una época en que solían dormir en las plazas municipales en el verano, envueltos en mosquiteros, o en los techos y balcones, a fin de mitigar los efectos del calor. En la actualidad, las plazas son consideradas lugares a los que “no hay que ir”, en especial cuando cae la noche; algunas incluso están vedadas a los jóvenes que viven en las zonas contiguas, porque forman parte del territorio de una banda rival. Los ómnibus de la Oficina de Tránsito de Chicago [OTC] cuyas rutas desde el Loop del centro atraviesan el South Side son escoltados por autos de una brigada policial especial para disuadir a los posibles atacantes, pese a lo cual se registran varios cientos de incidentes violentos por mes. En varias estaciones de la OTC de la línea de Jackson

Park se clausuraron las entradas, en un intento por limitar el delito, al costo de negar a los residentes locales el acceso al transporte público. La inseguridad es tan profunda que el mero hecho de atravesar el espacio público se ha convertido en un gran dilema en la vida cotidiana de los residentes de las áreas céntricas deprimidas, tal como se comprueba en el comentario de un anciano del South Side en un día soleado de fines de junio: “Ah, odio que vuelva a hacer calor. Quiero decir, me gusta el clima cálido; *lo que no me gusta es la gente que trae*: punks y drogonos, ya se los empieza a ver salir de los edificios y por las calles. Eso no es nada bueno”.

Las escuelas no son una excepción a este patrón. Muchos establecimientos públicos de las zonas céntricas deprimidas de Chicago organizan milicias de padres que patrullan los patios escolares armados con bates de béisbol mientras se desarrollan las clases. Otros contratan a policías fuera de servicio para mejorar la seguridad y usan detectores de metales para tratar de limitar la cantidad de pistolas y otras armas que circulan en su ámbito. Una escuela primaria de la calle 55, en el South Side, estuvo brevemente en las primeras planas luego de que cinco jóvenes fueran asesinados a tiros a pocas cuerdas de distancia a lo largo de un solo año. Se comprobó que sus alumnos vivían en un “miedo paralizante” por la violencia pandillera que los esperaba fuera de la escuela. Los niños “dicen que temen por sus vidas si van al colegio”, confesó un maestro. “Es como si todos los años muriera el hijo de alguien y no pudiera pasar de octavo grado”, agregó una madre. Y el director no podía sino lamentar que los guardias de seguridad de la escuela no pudieran brindar protección una vez que los alumnos dejaban las instalaciones (*Chicago Tribune*, 1990).

En verdad, el gueto de hoy “no es un lugar para ser un niño”, como reza el título de un libro reciente que compara las zonas céntricas de Chicago con los campos de refugiados de una Camboya desgarrada por la guerra (Garbarino *et al.*,

1991). Los jóvenes criados en este medio ambiente de violencia endémica experimentan un enorme deterioro emocional y manifiestan trastornos de estrés postraumático similares a los sufridos por veteranos. Un inquilino de un complejo de torres del South Side (citado en Brune y Camacho, 1983, pág. 13) coincide en que Chicago “no es un lugar para formar una familia. Cuando hace calor, esto es como un circo de tres pistas. Están peleando constantemente. Hay veces que los tiroteos son tan fuertes que tenemos que agarrar a todos los chicos y llevarlos a los pasillos del piso”. A los cinco años de edad, virtualmente todos los niños que viven en grandes complejos de viviendas públicas ya han conocido por experiencia propia tiroteos o muertes. Muchas madres deciden mandar a sus hijos a los suburbios o con sus familias en el sur, para protegerlos de la ferocidad del barrio.

La incidencia del delito en el gueto se ve exacerbada por el encierro racial del espacio en las ciudades norteamericanas. Si una proporción tan grande de la violencia es del tipo de “negro contra negro”, no sólo es porque los afroamericanos de las áreas céntricas padecen una superfluidad económica y una alienación social extremas. También se debe a que los varones negros anónimos se han convertido en símbolos ampliamente reconocidos de peligro (Anderson, 1991, capítulo 6), de modo que, a menos que exhiban la parafernalia de la cultura de clase media, se los excluye regularmente de las zonas blancas limítrofes donde el color de su piel hace que se los vea de inmediato como delincuentes o perturbadores potenciales: “No puedes ir a una comunidad blanca a hacer nada, porque apenas te ven por allí te paran como sospechoso. Así que tienes que rapiñar en tu propia guarida, porque ahí eres menos reconocible. Tienes que ser ladrón de tu propia gente” (citado en Blauner, 1989, pág. 223).

*La despoblación, la exclusión económica
y el derrumbe organizacional del gueto*

No obstante, la continua declinación material y comercial, la creciente violencia callejera y la ubicua inseguridad del gueto no son en sí mismas más que manifestaciones superficiales de una transformación más profunda de su tejido socioeconómico e institucional. En primer lugar, mientras que el gueto de la década de 1950 estaba superpoblado como resultado de la crecida afluencia de inmigrantes negros del sur, suscitada por el auge de tiempos de guerra y la mecanización de la agricultura sureña, el gueto contemporáneo sufrió una despoblación constante, ya que las familias de mejor posición se mudaron en busca de entornos más agradables. El núcleo del South Side de Chicago, por ejemplo, perdió casi la mitad de sus habitantes, dado que los residentes de Oakland, Grand Boulevard y Washington Park disminuyeron de unos doscientos mil en 1950 a 102.000 en 1980, para caer aún más y llegar a una estimación de 63.500 en 1990, de acuerdo con los primeros datos del censo. Durante esos años, por otra parte, y a pesar de la construcción de masivas torres de viviendas públicas, la cantidad de unidades habitacionales se redujo en un tercio debido a los incendios intencionales (a menudo provocados por propietarios absentistas que buscaban cobrar el seguro) y el abandono y la destrucción generados por los programas de renovación urbana que demolieron más edificios que los que construyeron, de modo que el hacinamiento y las viviendas inadecuadas todavía son habituales en el núcleo urbano.

Pero el cambio más dramático en la demografía del gueto ha sido la declinación abrupta de la población empleada, causada por dos factores mutuamente realimentadores: el éxodo continuo de familias negras de movilidad ascendente y la desocupación creciente de quienes se quedan. En 1950, más de la mitad de los adultos que vivían en el corazón del cinturón negro del

South Side tenían empleos rentables, una tasa igual a la de la ciudad en su conjunto. Por entonces, Chicago todavía era uno de los principales centros industriales de la nación y la mitad de los negros empleados tenían trabajos fabriles. Para 1980, la cantidad de residentes que trabajaban había caído un asombroso 77 por ciento, de modo que casi tres de cada cuatro personas de más de dieciséis años estaban desocupadas. En treinta años, el número de operarios y trabajadores se derrumbó de 35.808 a 4.963; el de artesanos se desplomó de 6.564 a 1.338, en tanto que la cifra correspondiente a los trabajadores domésticos y de servicios cayó de 25.181 a 5.203. Y mientras que la clase media negra se multiplicó por cinco en toda la ciudad entre 1950 y 1980, el número de empleados administrativos, gerentes y profesionales con residencia en el núcleo urbano se redujo la mitad, de 15.341 a 7.394. Un antiguo residente de Woodlawn (quien, irónicamente, hace poco se mudó al North Side para preservar a sus hijos de la violencia de las calles) se queja por la desaparición de las familias acomodadas de su viejo barrio del South Side:

[Solía] haber miles de profesores que vivían en el barrio, pero ahora se mudan, *todo el mundo se va*. [...] Si miras la comunidad, Louie, *está en decadencia: no queda nadie aquí*. No hay profesores en la calle 63, por aquí, en Maryland, *no hay ninguno*, ¿ves lo que te digo? Todos los que saben un poco se van. Si esta gente se quedara y ayudara a reformarlo, *pueden hacerlo*. Como profesores, policías, bomberos, líderes comerciales, todos ellos son *responsables: todo el mundo se manda a mudar*. Y se llevan la plata.

¿Cómo sucedió esto? Al final de la guerra, *todos* los negros, independientemente de su status social, quedaron relegados a la fuerza en el mismo enclave espacial comprimido, y no tuvieron otra opción que coexistir en él. Cuando los blancos escaparon en masa hacia los suburbios con la bendición y la ayuda del gobierno federal, quedaron libres áreas adyacentes a las que las

familias negras de la clase media y de las fracciones superiores de la clase obrera podían mudarse para crear nuevos barrios que pronto serían sólidamente de color. La desconcentración de la comunidad afroamericana, a su turno, dispersó las instituciones del gueto y aumentó su diferenciación de clase.¹¹ Simultáneamente, en un esfuerzo sistemático y deliberado por mantener el patrón prevaleciente de segregación racial, la ciudad se aseguró de que todas las nuevas viviendas públicas se construyeran exclusivamente en áreas de guetos existentes (Hirsch, 1983), donde pronto sólo los más pobres tolerarían vivir. Hacia la década de 1970, entonces, *la línea de color urbana había sido efectivamente retrazada según líneas de clase* a instancias del gobierno; el núcleo histórico del cinturón negro contenía concentraciones excesivas de personas desocupadas y dependientes, mientras que el grueso de la clase media y los sectores más estables de la clase obrera negra residían en barrios segregados periféricos de la ciudad.

La consecuencia de este triple movimiento —la emigración de las familias afroamericanas con empleos estables, posible gracias al auspicio estatal del traslado de los blancos a los suburbios, el hacinamiento de viviendas públicas en zonas de barrios bajos negros, y la expulsión de los restantes residentes del

11. Sin lugar a dudas, esta diferenciación de clase había existido con formas más o menos atenuadas desde los orígenes del cinturón negro: éste nunca fue el compacto *gemeinschaftliche* que invocan los analistas nostálgicos de una “edad de oro” del gueto que jamás existió. Por brutal que fuera, la división en castas impuesta por los blancos nunca suprimió los clivajes internos según líneas de clase (en parte convergentes con persistentes diferencias de color de piel) entre los afroamericanos, como puede verse, por ejemplo, en la difusión de “iglesias instaladas en negocios” frente a los templos bautistas y metodistas tradicionales en la década de 1920 (Spear, 1967, capítulo 9) o en la bifurcación del “continuum de restaurantes con música” [*jook continuum*] y el “complejo comercial urbano” en el ámbito del baile y el entretenimiento (Hazzard-Gordon, 1990).

gueto del mercado del trabajo asalariado— ha sido la pobreza desmesurada y endémica. En Grand Boulevard, un sector del South Side donde residían unas cincuenta mil personas, la mitad de la población vivía por debajo de la línea de pobreza en 1980 —cuando diez años antes la proporción era del 37 por ciento— y tres de cada cuatro hogares estaban encabezados por una madre soltera. Con un ingreso familiar promedio de menos de siete mil dólares por año (menos de un tercio de la cifra de la ciudad en su conjunto), muchas familias ni siquiera alcanzaban, de hecho, la mitad de la línea de pobreza. Seis residentes de cada diez dependían de una u otra forma de asistencia pública para subsistir.

Los habitantes del gueto de hoy advierten con claridad su desolación social y económica, como lo muestran los datos de la Encuesta sobre la Vida Familiar Urbana.¹² Cuando se les preguntó cuántos hombres tenían un trabajo permanente en su barrio, el 55 por ciento de los residentes del cinturón negro tradicional de Chicago (el South Side y el West Side) respondieron “muy pocos o ninguno”, en comparación con el 21 por

12. Esta encuesta fue realizada como parte del Urban Poverty and Family Structure Project [Proyecto de Pobreza Urbana y Estructura Familiar] (dirigido por William Julius Wilson) de la Universidad de Chicago. Consiste en un muestreo probabilístico aleatorio de varios niveles de residentes de los barrios pobres de Chicago (definidos como zonas del padrón que en 1980 contenían al menos el 20 por ciento de personas pobres), efectuado en 1986-1987. La encuesta abarcó a 1.184 negros, con una tasa de cumplimiento de alrededor del 80 por ciento, de los cuales un tercio vivía en el South Side y el West Side de la ciudad. Se señala con agradecimiento el apoyo económico brindado a esta investigación por la Fundación Ford, la Corporación Carnegie, el Departamento de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos, el Instituto de Investigación de la Pobreza, la Fundación Joyce, la Fundación Lloyd A. Fry, la Fundación Rockefeller, la Fundación Spencer, la Fundación William T. Grant, el Fondo de Beneficencia Woods y el Fideicomiso Comunitario de Chicago.

ciento en las áreas periféricas negras que albergan una mezcla de familias pobres, de clase obrera y de clase media. Una mitad holgada de los entrevistados también declaró que la proporción de varones empleados en su zona había disminuido con respecto a los años anteriores. Un adulto de cada cuatro pertenecía a un hogar sin un teléfono en funcionamiento (sólo uno de cada diez en las áreas negras de las afueras) y el 86 por ciento integraba una familia que alquilaba su vivienda (en comparación con cerca de la mitad entre los negros de las zonas de escasa pobreza); casi un tercio residía en edificios administrados por la Oficina de la Vivienda de Chicago [Chicago Housing Authority, CHA], aunque ésta sólo controla el 4 por ciento de la oferta habitacional de la ciudad.

Resulta notoriamente claro que el núcleo urbano contiene hoy principalmente los sectores desposeídos del (sub)proletariado negro que no pueden escapar a sus condiciones ruinosas. Si tuvieran una oportunidad, menos de uno de cada cuatro residentes del gueto de Chicago permanecería en su barrio, en oposición a cuatro de cada diez en las zonas negras de escasa pobreza. Sólo el 18 por ciento califica su vecindario como un lugar “bueno o muy bueno” para vivir, en contraste con el 42 en las áreas periféricas de color, y casi la mitad informa que el estado de su entorno empeoró en los últimos años. No es una sorpresa que la actividad de las pandillas prevalezca más en el corazón del gueto: la mitad de sus habitantes consideran que las bandas son un “gran problema” en su zona, en comparación con menos de un tercio en los distritos negros de escasa pobreza. En cuanto al futuro, casi un tercio no prevé ninguna mejora en su barrio, mientras otro 30 por ciento supone que éste va a seguir deteriorándose.

Los moradores del gueto de nuestros días no sólo son *individualmente más pobres* que sus pares de hace tres décadas, en el sentido de que han sufrido una reducción absoluta de sus niveles de vida y que la distancia entre ellos y el resto de la sociedad se ha ampliado: la línea de pobreza federal representaba la mitad

del ingreso familiar promedio de la nación en 1960 pero sólo un tercio en 1980 (Beeghley, 1984, pág. 355). También son considerablemente *más pobres en el plano colectivo* en diversos aspectos. En primer término, residen en medio de una población abrumadoramente carenciada y con movilidad descendente o sin movilidad y por lo tanto tienden a aislarse de otros componentes de la comunidad afroamericana: como vimos antes, la clase media negra se marchó del núcleo urbano y creció fuera de él.¹³ Segundo, y como consecuencia, ya no pueden contar con el nexo de instituciones que daban al gueto su coherencia y su cohesión internas. La “Metrópolis Negra” de mediados de siglo, tan admirable diseccionada por Drake y Cayton (1962, pág. 17), era “una ciudad distintiva dentro de una ciudad”, con una división del trabajo extendida y toda la gama de clases sociales de color. La “proliferación de instituciones” que hicieron de “Bronzeville”, como la llamaban sus residentes, la capital de la Norteamérica negra, le permitía duplicar (aunque en un nivel notoriamente inferior) la estructura organizacional de la sociedad blanca más general y proporcionar marcos limitados pero reales de movilidad dentro de su propio orden interno.

En contraste, el hipergueto de fines de siglo ha generado una decadencia organizacional tan grande que no contiene ni una división del trabajo extendida ni una sección transversal re-

13. El hecho de que una cantidad creciente de negros de clase media urbana nunca hayan experimentado en su propio pellejo la vida en el gueto (aunque, por haber vivido en general en zonas totalmente negras y pronunciadamente segregadas, están muy al tanto de la discriminación y otras prácticas racistas) afecta de manera inevitable los procesos de formación de la identidad negra, tanto individual como colectiva. Es probable que el significado que los negros de clase media atribuyen a una gama de modismos y símbolos expresivos del gueto (por ejemplo, géneros musicales, peinados y códigos vestimentarios, conductas lingüísticas) cambie según estén expuestos a ellos a través del saber familiar o de fuentes secundarias como la educación formal y los medios populares, y no debido a la inmersión en él.

representativa de las clases negras, y tampoco duplicados operativos de las instituciones centrales de la sociedad urbana más general. La infraestructura organizacional –la prensa y la Iglesia negras, las logias y los clubes sociales, los grupos políticos, los servicios comerciales y profesionales, y la lotería clandestina (o “quiniela”)– que dio al gueto clásico de la década del cincuenta su carácter y fortaleza comunitaria y sirvió como un instrumento de solidaridad y movilización colectivas, se ha marchitado en términos generales, lo que debilita las redes de solidaridad y cooperación típicas del gueto comunal, que abarcaban toda la ciudad (Mithun, 1973). Y mientras que en el contexto del pleno empleo y la prosperidad industrial generada por la guerra de Corea “toda la estructura institucional de Bronzeville brindaba satisfacciones básicas a las ‘expectativas razonables’ compartidas por personas de diversos niveles de clase” (Drake y Cayton, 1962, vol. 2, pág. xi), en nuestros días la predominancia de la desocupación y el vacío organizacional del hipergueto contemporáneo impiden que éste satisfaga siquiera las necesidades básicas de sus residentes.

Por opresivo que fuera, el gueto tradicional constituía “un medio para los norteamericanos negros en el cual éstos [podían] dar sentido a sus vidas” (Drake y Cayton, 1962, vol. 2, pág. xiv) y que generaba apego y orgullo. En contraste, el gueto de hoy es un ámbito despreciado y estigmatizado del que casi todo el mundo trata de escapar desesperadamente, “un lugar de esperanzas malogradas y aspiraciones frustradas, una ciudad de límites en la que la meta de la ambición realista es sobrevivir” (Monroe y Goldman, 1988, pág. 251).

“Rebusque” y supervivencia en la economía informal

La preponderancia de la desocupación y subocupación crónicas entre los residentes del gueto los fuerza a buscar la asistencia pública. A su vez, la inadecuación insigne de la ayuda

pública aun para la mera supervivencia los empuja a buscar actividades adicionales no denunciadas o indenunciables que generen dinero (Scharf, 1987, pág. 20). La mayoría de los habitantes del gueto tienen pocas opciones salvo trabajar “de sol a sol” en varios empleos, “rebuscarse” dinero mediante una serie de procedimientos o dedicarse a tráficós ilegales de diversos tipos (incluyendo el más peligroso y potencialmente lucrativo de todos, la venta de drogas), a fin de “ganarse el dólar”. El crecimiento de la economía informal observado en el corazón de las ciudades más grandes de Estados Unidos puede rastrearse directamente hasta encontrar su origen en la debilidad combinada de la demanda laboral no calificada, el abandono económico y organizacional del núcleo urbano y las deficiencias de la cobertura de la seguridad social.

Las estrategias de supervivencia varían como una función de los recursos sociales, económicos y culturales, así como de la composición de los hogares pobres. Cuando se ven sin fondos, como sucede con frecuencia entre los beneficiarios de la seguridad social que por lo común gastan el monto total de su cheque de ayuda mensual una o dos semanas después de recibirlo, una de las estrategias predilectas de las mujeres solas que son jefes de familia es pedir prestadas pequeñas sumas de dinero (de cinco a cuarenta dólares en la mayoría de los casos) a los padres, amantes o amigos cercanos. Para muchas, las redes de parentesco femeninas son la fuente más confiable, si no la única, de apoyo económico en caso de emergencia (Stack, 1970). En palabras de una madre desocupada que subsiste con sus cuatro hijos gracias a la Aid to Families with Dependent Children (AFDC) [Ayuda a Familias con Hijos a Cargo]:¹⁴

14. Los fragmentos de entrevistas de esta sección se extraen de datos recogidos como parte del Urban Poverty and Family Structure Project (véase la nota 12).

Si me desanimo mucho, entonces puedo ir a ver a mamá, y mi mamá me ayuda un poquito. No puede hacer demasiado, pero ella dice que evita que los chicos pasen hambre, me ayuda un poco. Así que de vez en cuando [...] me da ayuda para algunos días. Bueno, si la cosa se pone espesa [...] yo le digo [...] le digo: “Bueno, por aquí no tenemos nada”. Y entonces ella trata de conseguirme algo.

Otra opción predominante es buscar comida gratis en un almacén de provisiones, una iglesia o un organismo gubernamental. En 1987, más del 70 por ciento de los adultos de entre dieciocho y cuarenta y ocho años residentes en el cinturón negro histórico de Chicago habían solicitado esa asistencia exterior para alimentarse ellos mismos y a sus familias. Los comedores de beneficencia manejados por las iglesias del South Side no pueden satisfacer toda la demanda y habitualmente rechazan a familias hambrientas. La desnutrición crónica en el gueto es un hecho de la vida muy visible para quienes quieran verlo, pese a programas gubernamentales como los cupones de comida y la distribución gratuita irregular de excedentes de productos de granja y productos lácteos no aptos para la comercialización. Muchos residentes del gueto empeñan de vez en cuando algunos bienes a fin de elevar los ingresos necesarios para pasar un período de carestía, aceptan pensionistas, venden sus cupones de comida o recurren a sus magros ahorros si los tienen. Pero a mediados de la década de 1980 el 82 por ciento de los adultos del gueto de Chicago no tenían cuenta de ahorros y sólo uno de cada diez podía exhibir los medios necesarios para tener una cuenta corriente (Wacquant y Wilson, 1989a, pág. 22). Las oficinas de cambio y las casas de empeño funcionan como sustitutos de alto costo de los bancos que no existen (o que, cuando los hay, rechazan a los residentes del gueto), como lo indica esta madre de tres hijos que vive en el South Side:

Empeño los anillos de compromiso y consigo un poco de dine-

ro y cuando junto algo de dinero vuelvo y retiro los anillos. Ahora no los tengo. Podría haber vuelto y retirarlos, pero me olvidé; ¡los empeño tanto! Los empeño todos los meses. El hombre de la casa de empeños me ve llegar, me ve y me conoce. Sí, ya hace como un par de años, sabe lo que le llevo y empieza a escribir la boleta antes de que yo llegue. Y los retiro todos los meses y los vuelvo a empeñar todos los meses. Es terrible. Veinticinco dólares no es tanto. Puedo comprarme algunos paquetes de cigarrillos cuando los necesito y allí eso es un vicio, decididamente. Ayuda mucho, ayuda un montón.

Sin embargo, el pilar de la subsistencia lo proporcionan los extraños trabajos y tráficos marginales que florecieron en la década pasada en las áreas céntricas deprimidas. Algunos residentes del gueto cuidan a los hijos de sus vecinos, hacen diligencias por ellos, cortan el pelo o el césped, reparan aparatos eléctricos, palean la nieve en invierno, recogen latas de gaseosas por pequeñas sumas de dinero o “levantan chatarra del callejón” para revenderla a quienes son menos afortunados que ellos. Otros se convierten en mercachifles o vendedores callejeros ocasionales (Jones, 1988), venden su sangre o acuden a lugares de contratación de jornaleros con la esperanza de obtener algún tipo de empleo momentáneo. “Van a Handy Andy. Es como un empleo, puedes ir al norte y conseguir veinte dólares al día por trabajar ocho horas o algo así. Es lo que yo hacía antes, pero no vale la pena, sólo es algo temporario”, señala una madre soltera del West Side, desocupada crónica.

También se puede encontrar un trabajo irregular en un club ilegal “fuera de hora”, manejar un “taxi falso”, convertirse en mecánico “improvisado” o en uno de esos “artistas de los seguros” que tratan (especialmente cuando las condiciones del tiempo son malas) de provocar accidentes de auto o de ómnibus en los cuales se hacen herir deliberadamente con el objetivo de intentar cobrar una indemnización por daños. Individuos más endurecidos pueden cometer pequeños delitos con la expresa fi-

nalidad de ir a parar a la cárcel: ésta es muy violenta y punitiva, pero ofrece una cama segura, tres comidas por día, algo de atención médica y a veces incluso trabajo, cosas que al mundo exterior le cuesta mucho brindar a los más pobres de las áreas céntricas deprimidas. En este ámbito sumamente precario y regido por una incertidumbre económica incesante, los niños representan importantes recursos y se los somete a presiones constantes para que generen ingresos desde temprano. Así, en pleno invierno puede verse a todas horas del día y de la noche a chicos de ocho a diez años en las estaciones de servicio del South Side de Chicago, en las que se ofrecen a cargar nafta o limpiar los parabrisas por unas monedas, o bien en las salidas de los supermercados, donde se encargan de las bolsas de la compra a cambio de unos centavos o algo de comida.

La estrategia de supervivencia de último recurso involucra una amplia gama de actividades ilegales, que van desde las apuestas y los “asaltos”, el tráfico callejero y la venta de mercadería robada (“caliente”), hasta los atracos, el robo a mano armada, la prostitución y el tráfico de drogas. Cuando se le pregunta qué hace la gente para sobrevivir en su barrio del Grand Boulevard, una empacadora de una empresa de correo, de cuarenta y siete años, contesta:

Robar, golpear a ancianas y sacarles el cheque de la jubilación. Como en la estación del “El” [tren elevado] de allí. Especialmente cuando cobran los cheques de la seguridad social, *están ahí afuera*, esperándolas para agarrarles las carteras y todo eso. Por aquí pasan un montón de cosas así. [...] Cuando me mudé aquí entraron en mi casa, así que puse rejas. Se llevaron el estéreo. Pero desde que puse las rejas no tuve ningún problema.

Una madre soltera desocupada, de veintiocho años, agrega cándidamente: “¡Mierda! Trampear, vender drogas, cualquier cosa [...] cualquier cosa y de todo. Imagínese: no todos son asaltantes, sabe, pero cualquier cosa y de todo. Yo misma ven-

dí marihuana. No soy una narco, pero sólo trato de poder vivir. [...] Trato de llevar pan a la mesa: tengo dos criaturas”.

Para los individuos que son rechazados reiteradas veces del mercado laboral o que se resisten a rebajarse a aceptar “trabajos esclavos” sin salida que los despojan de su dignidad, ya que implican tareas serviles con salarios de miseria y sin beneficios incluidos, las actividades subterráneas pueden convertirse con facilidad en empleos de tiempo completo. En su caso, el delito rapaz constituye una forma de pequeña empresa en la que pueden hacer valer sus únicos bienes valiosos, el coraje físico y un conocimiento activo del mundo de la calle (Wacquant, 1992a). Gran parte de la atracción que las bandas suscitan en los jóvenes negros de las áreas céntricas ruinosas tiene que ver con el hecho de que, entre otras cosas, son actividades comerciales que incrementan las posibilidades de obtener dinero y brindan un mínimo de seguridad económica (Sanchez-Jankowski, 1991, págs. 40-41). En el vacío creado por la ausencia de empresas legítimas, las líneas ilegales de trabajo como el robo y el “desarme” de autos, los hurtos y particularmente el tráfico de drogas pueden desarrollar complejas estructuras organizacionales que son prácticamente un reflejo de las existentes en las compañías de la economía oficial. Además, el comercio de drogas es a menudo la única forma de negocio conocido por los adolescentes del gueto, un negocio que, por otra parte, tiene la virtud de ser un empleador que ofrece una auténtica “igualdad de oportunidades” (Williams, 1989; Sullivan, 1989, capítulo 7). Por añadidura, y a diferencia de tantos establecimientos de servicios donde se trabaja penosamente por salarios de hambre y con pocas posibilidades de ascender, el empleo en el comercio de drogas promete una recompensa inmediata a quienes exhiben una buena ética laboral. Ésa es la razón por la que una mujer de treinta y cuatro años que comparte un decrepito departamento del South Side con su hermano, un portero, contempla la posibilidad de aceptar ese trabajo: “El tipo me dijo: puedes ga-

nar doscientos cincuenta dólares por semana; en este barrio tiene mucha gente que trabaja para él por doscientos cincuenta dólares a la semana, y si eres bastante bueno puedes llegar a ganar cuatrocientos”.

No hace falta decir que el impacto global de la economía de la droga en las comunidades del gueto es terriblemente destructivo. No sólo contribuye a minar la disposición de los jóvenes a trabajar por salarios escasos, ya que les brinda oportunidades económicas alternativas aparentemente atractivas, aunque riesgosas: en Harlem este, un distribuidor barrial hábil puede generar semanalmente ventas por cien mil dólares; en el South Side de Chicago, un “mensajero” rinde por lo común varios miles de dólares por semana.¹⁵ Esta actividad crea un ambiente de mala salud y alto riesgo de muerte a una edad temprana, tensa las relaciones familiares y debilita gravemente la cohesión social local. Y provoca una violencia galopante y una declinación pronunciada de la seguridad del barrio (Johnson *et al.*, 1990), lo cual acelera a su turno la retirada del mercado laboral asalariado y distancia aún más a los residentes del gueto de la economía y la sociedad convencionales.

El *crecimiento explosivo de esta economía subterránea* dominada por el tráfico callejero de drogas contribuye de ese modo a explicar el ascenso de la “cultura del terror” que hoy campea en muchas calles de las áreas céntricas deprimidas. El

15. Pero las más de las veces esos empleos de bajos salarios ni siquiera se consiguen: otro contraste entre la economía monetaria y la economía callejera informal o ilegal es que esta última ofrece constantemente *alguna* oportunidad de entrar en “acción” y obtener ingresos (en especial desde la expansión de la distribución masiva de drogas), mientras que la primera se angosta periódicamente. Así, la relación convencional entre estos dos sectores de actividad puede invertirse: el empleo oficial es visto como irregular y poco confiable, en tanto que las actividades subterráneas, tomadas en conjunto, parecen regulares y seguras: “*Siempre* puedes sacar algo de un callejón trasero y rescartar algo de plata en la calle, Louie, *siempre*”.

antropólogo Philippe Bourgois demostró que, en esta economía, las exhibiciones rutinarias de violencia son una exigencia de los negocios: sirven para mantener la credibilidad comercial e impiden el predominio de los competidores y los robos de intrusos y clientes (o de la policía, algunos de cuyos miembros no son los últimos en participar en el tráfico). Por extensión, en un universo despojado de los recursos más básicos y caracterizado por una elevada densidad de depredadores sociales, la confianza no es una opción viable, de modo que todos tienen que protegerse de la violencia y estar listos a esgrimirla: “En las calles de la zona céntrica ruinosas, la violencia no se limita exclusivamente a los vendedores de drogas o los delincuentes callejeros; hasta cierto punto, todos los residentes del barrio que quieren conservar una sensación de autonomía [...] consideran útil tomar parte, al menos pasivamente, en algún rincón de la cultura del terror” (Bourgois, 1989, pág. 647).

Las raíces económicas y políticas del proceso de construcción del hipergueto

¿Por qué la decadencia material y la violencia interpersonal alcanzaron niveles tales que el espacio público del gueto se marchitó casi por completo? ¿Por qué tantos adultos de las áreas céntricas deprimidas carecen de una posición sólida en la economía regular y se ven obligados, en cambio, a apoyarse en una mezcla de actividades subterráneas y depredadoras, y en el sostén estigmatizante y flagrantemente insuficiente de la seguridad social para subsistir? ¿Por qué las organizaciones públicas y privadas decayeron de manera tan marcada en el núcleo de las metrópolis norteamericanas? ¿Y qué explica el amontonamiento de negros pobres en estos enclaves en deterioro constante?

Las causas de la “hiperguetificación” de las áreas céntricas

implican una compleja y dinámica concatenación de factores económicos y políticos desarrollados en toda la era de la posguerra, que desmiente el argumento simplista y de corto plazo del cuento de la “infraclase”. La más evidente pero no necesariamente la más poderosa de esas causas es la mutación de la economía norteamericana, que pasó de un sistema “fordista” cerrado, integrado y centrado en la fábrica, que alimentaba un mercado masivo uniforme, a un sistema más abierto, descentrado y de servicios intensivos, adaptado a patrones de consumo cada vez más diferenciados. Un segundo factor, que se pasa por alto con demasiada frecuencia, es la persistencia de la segregación residencial casi total de los negros y el hacinamiento deliberado de viviendas públicas en las zonas negras más pobres de las grandes ciudades, lo que equivale a un sistema de apartheid urbano *de facto*. Tercero, el achicamiento de un Estado de bienestar ya avaro desde mediados de la década del setenta, combinado con las depresiones cíclicas de la economía estadounidense, contribuyó a garantizar una mayor pobreza en las áreas urbanas céntricas. Cuarto, el vuelco de las políticas urbanas federales y locales en las dos últimas décadas condujo a la “contracción planificada” de los servicios e instituciones públicas en el gueto.

En bien de la claridad, analizo cada uno de estos factores separada y sucesivamente, aun cuando su pleno impacto sólo puede evaluarse de manera apropiada si se toman en cuenta los efectos interaccionales motivados por su cambiante articulación sincrónica y diacrónica.¹⁶ Como conclusión sostengo que, en el balance, lo que mejor explica el virtual derrumbe del gueto en

16. Así, por ejemplo, la segregación racial, aunque nominalmente constante a lo largo de la era de la posguerra, actúa variablemente, a la manera de un “acelerador” keynesiano que amplifica el efecto de los cambios económicos externos y, a la vez, como una precondition política facilitadora del recorte de servicios públicos en el núcleo urbano.

la década de 1980 y sus sombrías perspectivas en lo que queda de este siglo no es tanto el funcionamiento impersonal de fuerzas macroeconómicas y demográficas generales como la voluntad de las elites urbanas, es decir, su *decisión de abandonarlo* a esas fuerzas tal como se (pre)estructuraron políticamente.

La desinversión corporativa, el crecimiento polarizado y la segmentación racial del mercado laboral de bajos salarios

A mediados de la década del sesenta, acosada por la saturación de los mercados internos, la intensificación de la competencia internacional y sus propias contradicciones, la economía norteamericana ingresó en una fase de transición a una nueva forma de organización capitalista caracterizada por la “especialización flexible”, una mayor movilidad de los capitales y una menor protección de los asalariados (Scott y Storper, 1986; Piore y Sabel, 1984; Lash y Urry, 1988). Mientras el antiguo sistema económico anclado en la producción industrial estandarizada, el consumo masivo, la fortaleza de los sindicatos y el “contrato social” correspondiente entre grandes empresas y su fuerza de trabajo estable cedía progresivamente el paso a un nuevo régimen basado en el predominio de las ocupaciones de servicios, la bifurcación del capital financiero e industrial y la erosión de las economías regionales integradas, se produjo una reorganización generalizada de los mercados laborales y las estructuras salariales.

Durante este período, una demanda laboral polarizada, caracterizada por un abismo creciente entre los puestos calificados y con altos salarios y los empleos de horarios variables y escasa paga, que brindaban pocos beneficios y ninguna seguridad, se convirtió en un rasgo estructural de la nueva economía estadounidense de servicios (Thurow, 1987; Sassen, 1991). De tal modo, de los 23 millones de puestos creados entre 1970 y 1984, unos holgados 22 millones correspondieron al sector de

servicios, y en la actualidad más de las tres cuartas partes de todos los empleos están en esa industria. Pero casi un tercio de todos los empleos generados en la década del ochenta eran puestos de tiempo parcial y el 75 por ciento de ellos estaban ocupados por personas que habrían preferido trabajar durante toda la jornada. Por otra parte, en muchos de estos empleos de servicios se pagan entre cuatro y seis dólares la hora, a gran distancia de la tarifa de 12 a 15 dólares común en las manufacturas de bienes durables, con personal sindicalizado. En rigor de verdad, la mitad de los puestos de trabajo agregados entre 1970 y 1983 reeditaban menos de ocho mil dólares por año (Bureau of the Census, 1985, cuadro 40).

Este cambio en la estructura de los mercados laborales no fue motorizado por ninguna modificación inevitable y tecnológicamente predeterminada, sino que resultó de las decisiones de las empresas norteamericanas de favorecer las estrategias de rentabilidad y acumulación de corto plazo por medio de una reducción de sus erogaciones salariales y costos operativos. Un estudio mencionado por Squires *et al.* (1987, pág. 28) calcula que dos tercios de los 203.700 empleos manufactureros perdidos en el Gran Chicago entre 1977 y 1981 a causa de cierres o “achicamientos” empresarios se debieron en realidad a la desinversión societaria orientada a *transferir* las actividades a lugares de terrenos menos costosos, personal más barato y menores índices de sindicalización, especialmente en los Estados del sur y países del Tercer Mundo como México. Las políticas federales de desregulación gubernamental (en sectores como el transporte y las comunicaciones) y las tasas de interés más elevadas, junto con la postura de *laissez-faire* de la Junta Nacional de Relaciones Laborales en la última década, contribuyeron a esta reorganización de la fuerza de trabajo al promover la declinación de los sindicatos y socavar la protección de los trabajadores periféricos (Rosenberg, 1983). Esto allanó el camino a la proliferación de mano de obra y subcontrataciones contingentes.

tes, así como al resurgimiento del trabajo en el hogar y los talleres negreros. Quienes más se vieron afectados por esta evolución fueron los trabajadores de las minorías urbanas, cuyos beneficios provinieron históricamente más de las políticas gubernamentales que del funcionamiento del mercado.

Entre estas muchas fuerzas entrecruzadas que reconfiguraron el rostro de los mercados laborales urbanos en los últimos treinta años, hay tres que son particularmente importantes para el gueto, porque su convergencia eliminó la función de reservorio de mano de obra industrial barata y no calificada que aquél asumió en la situación anterior de la división racial del trabajo. Primero, el *cambio sectorial* dirigido al empleo en los servicios significó recortes masivos en las categorías laborales tradicionalmente más accesibles a los negros y los pobres. Al igual que muchas otras grandes ciudades del norte, como Nueva York, Detroit, Filadelfia y Baltimore, Chicago sufrió la pérdida de la mitad de su base manufacturera entre la década del cincuenta y principios de la década del ochenta. En 1947, la ciudad tenía casi 670 mil empleos manufactureros, lo que representaba el 70 por ciento del total de la región; hacia 1982, esa cifra se había reducido a 277 mil, que significaban sólo un tercio del total metropolitano (Wacquant y Wilson, 1989b). La desaparición del trabajo fabril se aceleró con el paso de las décadas, para elevarse de 52 mil puestos de trabajo perdidos entre 1947 y 1954 a 269 mil para el período 1967-1982. Como aún a principios de la década de 1970 los negros de las zonas céntricas deprimidas de la ciudad estaba sobrerrepresentados en el trabajo fabril, y además tendían a ubicarse en las ocupaciones industriales de menor categoría y las empresas menos protegidas de sectores declinantes (Stearns y Coleman, 1990), padecieron de manera desproporcionada esa reorganización sectorial. Y siguen siendo los primeros en sobrellevar los costos de la desindustrialización en Chicago: un holgado 43 por ciento de los residentes del gueto interrogados por el Proyecto de Pobreza

Urbana en 1987 informaron que varios o la mayoría de sus amigos habían quedado desocupados debido al cierre de alguna planta en los últimos años (en comparación con el 31 por ciento en los barrios negros periféricos). Una madre de tres hijos, de treinta y dos años, despedida diez años atrás de su puesto como trabajadora en una línea de montaje, que hoy vive enferma en un complejo de viviendas públicas, señala: “Sencillamente no hay suficientes [empleos]. Antes estaba [...] antes teníamos la industria siderúrgica y todo eso. Pero la cerraron. Reagan la cerró y la mandó a otros Estados”.

Segundo, la *redistribución espacial* de los empleos, correlativa al descongestionamiento de la economía urbana, también redujo las opciones de las minorías de las áreas céntricas deprimidas en el mercado laboral, ya que las empresas se marcharon de las ciudades centrales en busca de rebajas impositivas y mano de obra más barata. Sólo en la década del setenta, mientras sus suburbios ganaban puestos de trabajo en todas las categorías ocupacionales, incorporando medio millón de empleos a sus nóminas, la ciudad de Chicago exhibió una pérdida neta de 90 mil empleos administrativos y de ventas y 119 mil puestos fabriles. Las únicas categorías en que mostró aumentos fueron las de gerentes, profesionales y personal de asistencia técnico y administrativo, es decir, empleos que requieren al menos cierta educación universitaria (Kasarda, 1989, pág. 29) y por lo tanto muy lejos del alcance de los residentes de las áreas céntricas ruinosas, pobremente capacitados por el vacilante sistema escolar público. El traslado geográfico del empleo al primero y segundo cordón suburbanos también afectó con mayor fuerza a los negros del gueto, debido a las grandes deficiencias del transporte público. En Chicago, la probabilidad de que los negros usen ese transporte duplica la de los blancos, porque el costo de poseer y mantener un automóvil está más allá de sus medios. Pero la deficitaria red pública de trenes y ómnibus está diseñada de tal manera que aísla los suburbios de las áreas cén-

tricas deprimidas, de modo que, “en la práctica, desde el área de alta desocupación no se puede llegar con el transporte público a los empleos en las zonas suburbanas exteriores” (Orfield, 1985, pág. 179).

Tercero, el cambio ocupacional favorable a los *puestos de trabajo que requieren educación superior* restringió las posibilidades de empleo de los residentes del gueto debido a la incapacidad de las instituciones públicas —escuelas oficiales, pero también programas de capacitación y programas federales y locales de empleo— para prepararlos para ese cambio. En Grand Boulevard, el 65 por ciento de los adultos de más de veinticinco años tienen menos de cuatro años de secundaria y menos del 3 por ciento asistió a un curso universitario de esa misma duración. Sólo el 16 por ciento de una promoción que ingresa a las escuelas secundarias públicas de la ciudad se gradúa cuatro años después con el promedio de lectura nacional o por encima de él. No obstante, desde 1970 hasta 1980, la cantidad de empleos ocupados por trabajadores de la ciudad sin educación secundaria completa cayó un 42 por ciento, y la correspondiente a los graduados secundarios disminuyó casi una quinta parte. En contraste, el volumen de empleos que exigían alguna educación universitaria aumentó un 44 por ciento, y el de los que requerían obligatoriamente un título de ese nivel se incrementó un 56 por ciento (Kasarda, 1989).

Un cuarto factor crítico en la marginación económica de los negros del gueto es la *constante segmentación racial de la mano de obra con bajos salarios* (Fainstein, 1986-1987; Bailey y Waldinger, 1991; Waldinger y Bailey, 1991). En los sectores manufacturero y de servicios, la mayoría de los negros están empleados en “nichos ocupacionales” específicos con grandes concentraciones de afroamericanos, y se los excluye rutinariamente de otros reservados a los blancos e incluso a otras minorías (en especial los hispanos). En muchas industrias de servicios que experimentaron un rápido crecimiento del empleo,

como los restaurantes y los lugares de provisión de comidas, los negros tienden a quedar segmentados en los peores puestos y a apiñarse en las posiciones de nivel inicial, marginadas de los escalafones profesionales. Por otra parte, los residentes de las áreas céntricas deprimidas que tienen poca educación, escasa calificación y una experiencia laboral dispersa, descendieron aún más en la escala de empleos debido a la mayor competencia de las mujeres y los “nuevos inmigrantes”, legales e ilegales, que inundaron las grandes ciudades norteamericanas con mano de obra barata, dócil y no calificada como resultado de los cambios en la legislación migratoria de mediados de la década de 1960 (Sassen, 1989). Una madre divorciada de treinta y ocho años con dos hijos, que trabaja como cajera en un hotel del South Side, se queja: “Demasiada gente y demasiado poco trabajo. Hay cien puestos y van y se presentan mil personas. Las máquinas y las computadoras están eliminando un montón de empleos”.

Así, en la base del nuevo orden posindustrial, el crecimiento de los empleos no calificados en los servicios y la industria manufacturera disminuida eludió en gran medida a los negros de las áreas céntricas deprimidas, ya que los empleadores acudieron a otras fuentes de mano de obra dócil, menos susceptible de resistir o protestar contra la superexplotación y la inestabilidad de las condiciones laborales. Y como la imaginación del público asoció cada vez más estrechamente esas áreas céntricas con el delito, la depravación y la ilegalidad, el mero hecho de residir en el gueto se convirtió en una desventaja adicional, una señal que algunos empleadores utilizan para separar a los negros “buenos” (educados y de clase media) de los “malos”, y excluir a los habitantes de aquél de su grupo de postulantes. Una enfermera de cuarenta y un años del South Side se queja: “Me presenté en lugares, y tengo amigas que fueron a lugares donde les preguntaron de qué barrio [eran]. Y apenas se fijan en la dirección, dicen ‘¡Uh, vive en esa zona!’, se da cuenta”.

El *estigma asociado a la residencia en el gueto* es un obstáculo más que los negros de las áreas céntricas tienen que vencer en su búsqueda de trabajo: “Creo que tener una dirección decente ayuda mucho”, dice una madre desocupada de treinta y siete años que vive en el South Side: “Como cuando uno se postula para un empleo, y ven que no es del corazón del gueto”.¹⁷

En conjunto, la polarización de la estructura ocupacional y salarial, la degradación de los empleos y el endurecimiento de la segmentación racial en la base del mercado laboral achicaron eficazmente las opciones de trabajo de los negros del gueto, y empujaron a más de ellos hacia el único sector de empleo al que tienen fácil acceso: la economía informal irregular de las áreas céntricas deprimidas.

17. Desde luego, los dos estigmas con que cargan los residentes del gueto en el mercado laboral (y en cualquier otra parte), el del color de la piel y el asociado al hecho de vivir en una localidad vilipendiada, públicamente considerada como el caldo de cultivo y el epitome de la “patología social”, no son independientes uno del otro. Pero tampoco se confunden en su naturaleza ni son idénticos en sus efectos. Los marcadores raciales son imposibles de suprimir para casi todos los afroamericanos, pero su significación puede al menos invertirse y revalorizarse desde adentro (de acuerdo con el paradigma “lo negro es hermoso”). En muchas situaciones, la mancha residencial puede eliminarse mediante técnicas idóneas de manejo de la impresión. Pero el hecho de tener que ocultar el propio lugar de residencia ante los de afuera (incluidos otros negros), en especial cuando éstos son agentes oficiales de instituciones dominantes como las empresas, las escuelas o las burocracias gubernamentales, que a menudo tienen los medios de descubrirlo en algún momento, reactiva constantemente la sensación de indignidad social, y no hay forma de efectuar una inversión de la valencia simbólica de la residencia en el gueto (hoy son pocos los que podrían aducir concretamente que “vivir en el gueto es hermoso”). En Wacquant, 1993a, págs. 369-375, se encontrará un análisis más detallado de la lógica de la estigmatización territorial y su impacto desintegrador sobre la estructura de las relaciones sociales en el gueto.

La segregación racial y la concentración de la pobreza negra por medio de las políticas habitacionales

Pero por sí solos los cambios económicos estructurales difícilmente puedan explicar la acumulación de dislocaciones sociales en el gueto. La segregación racial es la variable interviniente crucial que dilucida la forma en que los negros pobres quedaron apartados de las nuevas oportunidades de trabajo de la economía descentralizada de servicios e impedidos de buscar la movilidad social a través de la movilidad espacial. La continua segregación residencial de los negros pobres en las áreas céntricas deprimidas de la ciudad es un factor central en la declinación del gueto porque, junto con la suburbanización de los blancos (y en años recientes, cada vez más la de los negros de clase media), subyace a una distribución de las oportunidades laborales, las posibilidades escolares, la riqueza imponible y la influencia política que los priva de todo sostén para el progreso económico (Orfield, 1985). De ese modo, actúa como un “efecto multiplicador” que concentra las carencias en el núcleo urbano. Si tenemos en cuenta que análisis recientes de las áreas céntricas tendieron a soslayar la cuestión de la raza, a veces al extremo de eclipsarla por completo, como cuando el “gueto” se equipara desenfadadamente a cualquier área de alta pobreza, al margen de la composición demográfica e institucional (por ejemplo, Jargowsky y Bane, 1991), no es superfluo reafirmar que *la perpetuación del gueto es ante todo y principalmente una expresión de la persistencia de la línea de color urbana.*

Aunque eligió a un alcalde negro en 1982, Chicago disfruta del dudoso privilegio de ser la metrópoli con mayor segregación racial de Estados Unidos. En 1980, más de dos tercios del millón doscientos mil negros de la ciudad vivían en zonas con más de un 95 por ciento de personas de color. El índice de segregación cambió poco desde la década de 1950; incluso subió de 89 en 1970 a 92 en 1980 (para un máximo de 100), ya que la

proporción de negros residentes en las zonas totalmente negras creció ligeramente.¹⁸ El “índice de exposición”, otra medida de la segregación de uso corriente, revela que la persona negra tipo de la ciudad vive en una manzana en que hay un 4,5 por ciento de blancos (aunque éstos constituyen casi la mitad de la población de la ciudad), mientras que la manzana del residente blanco tipo apenas contiene un mezcuzino 2,6 por ciento de negros. Desde el punto de vista residencial, los afroamericanos están virtualmente tan separados de otros grupos, incluidos los hispanos –cuyos asentamientos tienden a funcionar como “zonas tapón” entre los barrios blancos y negros (Squires *et al.*, 1987, pág. 111)–, como si vivieran bajo un régimen de apartheid legal. Más aún: los negros son el único grupo que sufre una separación racial tan intensa, ya que las familias de origen hispano y oriental exhiben comparativamente un nivel de segregación entre moderado y bajo. Así, en las treinta áreas metropolitanas más grandes de Estados Unidos, es más probable que los latinos y los asiáticos compartan la residencia con los blancos que con sus propios grupos, mientras que la probabilidad de un contacto entre negros y blancos basada en la vivienda rara vez supera el cinco por ciento (Massey y Denton, 1987).¹⁹

18. El índice de segregación llega a 100 cuando los grupos raciales están totalmente separados (es decir, cuando todas las manzanas de la ciudad son racialmente homogéneas, ciento por ciento negras o ciento por ciento blancas) y a cero cuando cada manzana tiene la misma composición negro-blanco que la ciudad en su conjunto. Otras medidas de la segregación exhiben el mismo patrón y revelan que los afroamericanos son únicos en la Norteamérica urbana, en el sentido de que padecen simultáneamente una segregación extrema en todas las dimensiones posibles: desigualdad, aislamiento, apiñamiento, centralización y concentración (Massey y Denton, 1989).

19. Estas mismas poblaciones no son, desde luego, homogéneas en ese aspecto. La categoría “latinos”, por ejemplo, está compuesta por diferentes corrientes etnonacionales e inmigratorias que enfrentan condiciones amplia-

Es importante destacar que el singular aislamiento residencial de los afroamericanos no es una expresión de afinidad étnica y elección, porque tanto en principio como en su conducta los negros prefieren de manera abrumadora vivir en barrios racialmente mixtos (Streitweiser y Goodman, 1983; Farley *et al.*, 1978). Tampoco se debe a diferencias de ingresos entre las familias negras y blancas. Si así fuera, la expansión de la clase media negra desde la década del sesenta habría estado acompañada por una disminución reconocible de la separación racial. En realidad, si la población afroamericana se distribuyera en un mercado habitacional ignorante del color y estrictamente motorizado por los ingresos, el porcentaje de negros por zona del padrón oscilaría desde un mínimo de diez por ciento hasta un máximo de 27 por ciento (Berry, 1979, pág. 9). A diferencia de otros grupos de la sociedad norteamericana, los afroamericanos que suben en la jerarquía de clases no experimentan una reducción de su ostracismo.

La línea de color es el resultado, en primer lugar, de la persistente *dualización del mercado habitacional de acuerdo con líneas raciales* (Foley, 1973; Berry, 1979). El rumbo racial forzado por los agentes de locaciones y ventas, así como el sesgo en la financiación de las hipotecas y la obstrucción informal que los blancos ejercen sobre el proceso de búsqueda de vivienda —todo ello condonado por la reticencia del Congreso y el gobierno federal a hacer cumplir las leyes vigentes sobre la

mente variables de entrada e incorporación al espacio social y físico de Estados Unidos. La integración de cubanos, mexicanos y portorriqueños difiere notablemente; la situación de estos últimos es más semejante a la de los afroamericanos debido al pronunciado antagonismo con que se topan por su color de piel, aunque tampoco en este caso la comunidad portorriqueña urbana está cortada de una pieza, como lo muestran la descripción del “Chicago portorriqueño” de Padilla (1987) y el retrato del “pueblo del arco iris” trazado por Rodríguez (1989, en especial el capítulo 3).

equidad en materia habitacional—, todavía prevalecen en grandes ciudades como Chicago (Schlay, 1987; Yinger, 1987). Los negros que intentan mudarse del territorio fijado para ellos se topan con renuencias e inquietud, cuando no con abierta hostilidad y resistencia violenta. Si bien considerables mayorías de blancos concuerdan en principio en que la gente tiene derecho a residir donde le dé la gana, éste es un derecho que siguen reservando para sí mismos: la mayor parte de ellos se negarían a vivir en un barrio en que hubiera algo más que un pequeño porcentaje de negros y pocos apoyan las ordenanzas locales promulgadas para llevar a la práctica ese principio (Massey y Gross, 1991).²⁰

Una segunda gran causa de la continua segregación racial son las *políticas de renovación habitacional y urbana* implementadas por los gobiernos federales y municipales desde la década del cincuenta, que deliberadamente encerraron y amontonaron a los afroamericanos pobres en las áreas totalmente negras más pobres del centro de la ciudad. La miopía histórica del debate contemporáneo sobre la “infraclass” no debería oscurecer el hecho de que el desmoronamiento del gueto representa hoy la cola de una espiral descendente cuyo empujón inicial fue obra, hace unas cinco décadas, de las políticas habitacionales de Washington.²¹ Como lo demuestra Kenneth Jackson

20. Una encuesta realizada en Detroit a mediados de la década de 1970 comprobó que el 42 por ciento de los blancos se sentiría incómodo en un barrio en que hubiera apenas una quinta parte de negros, y una holgada mitad de los entrevistados no estaba dispuesta a mudarse a una zona de esas características (Farley *et al.*, 1978). Nada indica que cifras más recientes puedan diferir en gran medida.

21. La mayoría de las teorías de la “infraclass” no van más allá de 1970 y se concentran en esa década por considerarla la de su presunto “surgimiento”, en gran parte porque los datos de los censos zonales sobre índices de pobreza y variables asociadas de años anteriores no son fáciles de conseguir.

(1985, pág. 219) en su autorizada historia de la suburbanización norteamericana, desde la ley Wagner-Steagall de 1937 —que fijó legalmente la responsabilidad gubernamental de apoyar la construcción de viviendas de bajo costo— hasta la actualidad, “el resultado, si no la intención del programa de viviendas públicas en Estados Unidos [ha sido] segregar a las razas, concentrar a los desfavorecidos en las áreas céntricas deprimidas de las ciudades y reforzar la imagen de los suburbios como un lugar de refugio y evasión de los problemas de la raza, la delincuencia y la pobreza”.

El método estatal para resolver las tensiones raciales y de clase en la lucha por los recursos y el espacio urbano escasos en la posguerra apuntaba, en efecto, en dos direcciones. Por un lado, el gobierno federal avaló la subvención masiva de las viviendas *de clase media* en los suburbios mediante una combinación de deducciones impositivas, garantías hipotecarias federales y construcción de autopistas, en tanto que las ordenanzas de zonificación local y las restricciones raciales impuestas o “pasadas por alto” por la Federal Housing Agency [FHA, Agencia Federal de la Vivienda] hicieron posible que sólo los *blancos* se mudaran de la ciudad. Hasta 1949, la política oficial de la FHA fue negarse a asegurar cualquier complejo habitacional no segregado, y esta agencia no exigió declaraciones juradas no discriminatorias a los solicitantes de préstamos hasta 1962. Hasta el día de hoy, la legislación sobre la equidad habitacional aprobada por el Congreso en 1968 no fue acompañada por un aparato para su imposición. El Departamento de Justicia apenas litigó anualmente en un puñado de casos en toda la nación, e incluso redujo las solicitudes de indemnización durante la administración Reagan.

Por otro lado, el Estado también se embarcó en un plan de asistencia pública a las viviendas económicas, pero con dos grandes diferencias. Primero, en agudo contraste con las construcciones suburbanas blancas de clase media, la ayuda estatal a

las viviendas para negros y pobres fue notablemente mezquina: desde 1937 hasta 1968, se hicieron diez millones de unidades privadas para personas de ingresos medios y altos, con el respaldo de la Agencia Federal de la Vivienda, mientras que sólo ochocientas mil unidades públicas de construcción apresurada y barata se erigieron con subsidios federales (Kerner Commission, 1989, pág. 474). Seguado, como se otorgó discrecionalidad a los municipios para decidir si construir o no viviendas públicas y dónde ubicarlas, los proyectos federales invariablemente reforzaron la segregación, dado que las localidades blancas periféricas se negaron a crear organismos públicos de la vivienda y los barrios urbanos blancos resistieron con ferocidad la penetración de negros en su territorio. En Chicago, la violencia racial blanca desde abajo y la manipulación política blanca desde arriba coincidieron en restringir el emplazamiento de los complejos de la CHA exclusivamente a los límites existentes del gueto, “con lo que fijaron e institucionalizaron sus fronteras como nunca antes” (Hirsch, 1983, pág. 409). Casi todas las viviendas públicas construidas en las décadas de 1950 y 1960 se emplazaron francamente dentro de los cinturones negros tradicionales del South Side y el West Side, o inmediatamente contiguas a ellos. En 1981, el 95 por ciento de todas las unidades familiares de alquiler de la Chicago Housing Authority estaban ocupadas por negros. En vez de construir complejos habitacionales de baja densidad en tierras más baratas y menos congestionadas fuera de las ciudades centrales, como lo hicieron los países de Europa occidental, el gobierno de Estados Unidos fomentó el amontonamiento de torres de mala calidad en los vecindarios más afectados por la pobreza, lo que transformó las viviendas públicas en barrios bajos construidos y apoyados por el gobierno nacional.

Ya en 1968, la Comisión Kerner (Kerner Commission, 1989, pág. 474) señalaba que “los programas habitacionales federales concentran los segmentos más empobrecidos y depen-

dientes de la población en los guetos del centro de las ciudades, donde ya hay una brecha crítica entre las necesidades de los pobladores y los recursos públicos para satisfacerlas”. Esta brecha no hizo más que ensancharse en las dos décadas siguientes, dado que los fondos para viviendas públicas se agotaron y la ciudad interrumpió la construcción y hasta el mantenimiento de las unidades de la CHA tras ser declarada culpable de discriminación racial y sometida a la orden judicial de diseminar esas viviendas en barrios racialmente mixtos. Hasta el día de hoy, Estados Unidos sigue siendo el único país industrializado del mundo sin un apoyo público importante a las viviendas económicas, pese al hecho obvio de que las empresas constructoras no construirán para los pobres: en 1980, las viviendas de propiedad pública representaban alrededor del 1 por ciento del mercado habitacional norteamericano, en comparación con un 46 por ciento en Inglaterra y 37 por ciento en Francia. También es la única nación avanzada que ha generado un “gueto vertical” impuesto por el Estado, doblemente segregado sobre la base de la raza y la clase.²²

22. Debido a la rápida mengua de los fondos federales, para no mencionar el desvergonzado saqueo de las arcas públicas por funcionarios federales y locales de alta jerarquía, la mayoría de las grandes ciudades no sólo son financieramente incapaces de asegurar el mantenimiento de su ya insuficiente stock de viviendas para personas de ingresos bajos. En muchos casos, sus olvidadizas burocracias perdieron todo control sobre la administración diaria de sus propiedades. La hipocresía última y el acto que corona el abandono consisten entonces en proponer (como lo hizo Jack Kemp, secretario de vivienda y desarrollo urbano de Bush) que los inquilinos de viviendas públicas fueran “promovidos” a la propiedad de unidades que están tan deterioradas y son tan inseguras que ni siquiera la autoridad pública puede constituirse en ellas, como no sea por medio de una ocupación cuasi militar que atropella sin miramientos los derechos civiles básicos de los locadores, como sucedió en una reacción de estilo mediático a una serie de asesinatos en el infame complejo de Cabrini Green, en Chicago, en el invierno de 1992.

Si los negros pobres están tan concentrados en el hipergueto de la década de 1980, entonces, se debe en primer lugar a que la tolerancia del gobierno ante la constante y flagrante segmentación del mercado habitacional hace que les sea más difícil mudarse del núcleo urbano, ya que eleva artificialmente el costo de la propiedad y los alquileres en los barrios afroamericanos periféricos; y segundo, porque todas las viviendas endebles e inferiores para personas con bajos ingresos que construyó el Estado se emplazaron deliberadamente en él.

La contracción del mezzquino Estado de Bienestar norteamericano

La retirada del Estado de Bienestar durante las décadas del setenta y del ochenta es otra causa política fundamental del presente deterioro de las oportunidades de vida de los residentes del gueto. En contra de lo que sostiene la popular retórica neoconservadora (Murray, 1984), las dos últimas décadas no fueron un período de expansión y generosidad de la seguridad social sino de retracción generalizada. La AFDC ha sido cada vez menos útil para las familias pobres desde 1970, ya que no indexó las asignaciones de acuerdo con la inflación y careció de fondos suficientes: los desembolsos del programa llegaron a un pico de 1,6 por ciento del presupuesto federal en 1973 y desde entonces declinaron constantemente. La ayuda pública no sólo se racionó a través de restricciones legales y burocráticas a la elegibilidad (Susser y Krensike, 1987; Axinn y Stern, 1988). El poder adquisitivo de la asignación promedio de bienestar social también se recortó de manera sustancial. Según un estudio del Center on Budget and Policy Priorities de Washington DC (mencionado en el *Chicago Tribune* del 16 de agosto de 1990, pág. 20), el valor real del dólar de la asignación promedio en efectivo a las familias beneficiarias de la ayuda pública en el estado de Illinois disminuyó más del 50 por ciento desde 1970.

En la actualidad, una familia de tres miembros inscrita en la AFDC recibe, en el mejor de los casos, un máximo de 645 dólares por mes, incluidos los cupones de comida, una suma que apenas alcanza para alquilar un departamento estándar de un dormitorio en Chicago.

Como consecuencia de los cambios de programa y las reducciones de las erogaciones desde mediados de la década del setenta, *las transferencias gubernamentales en efectivo dejaron de cumplir el papel compensador que desempeñaban* en la década precedente, cuando la pobreza entre los negros del gueto descendía lentamente. Fundados en un análisis detallado de los índices de “eficacia” de los programas de bienestar social del gobierno, es decir, la aptitud para elevar a sus beneficiarios por encima de la línea de pobreza, Axinn y Stern (1988, pág. 102) sostienen que “la explosión de la pobreza en las ciudades centrales se debió mucho más a la eficacia declinante de los programas que a la depresión económica”. En efecto, el índice de eficacia de los programas oficiales llega a sus niveles más bajos en las ciudades centrales, donde también disminuyó sustancialmente con el paso del tiempo: en 1983, el 29,9 por ciento de las familias cubiertas por ellos en toda la nación eran pobres antes de las transferencias y el 18,4 por ciento después de ellas, para una tasa de eficacia del 38 por ciento, en comparación con un índice del cincuenta por ciento en 1973, cuando las cifras correspondientes de la pobreza eran 27,5 por ciento y 14 por ciento. Si los programas hubiesen conservado su limitada eficacia de la década del setenta, habrían amortiguado los efectos de la desindustrialización y el crecimiento económico polarizado, de modo que los índices de pobreza en las ciudades habrían aumentado sólo un punto, de 14 a 15 por ciento. Las deficiencias de las políticas sociales norteamericanas se hacen aún más evidentes cuando las contrastamos con las de un país vecino, Canadá, que no es ningún líder mundial en materia de generosidad de la seguridad so-

cial. Las economistas Rebecca Blank y Maria Hanratty (1991) demostraron que si Estados Unidos adoptara el sistema canadiense de transferencias contra la pobreza, el índice de ésta en las familias monoparentales disminuiría del 43 por ciento a una cifra situada entre el 2 y el 16 por ciento, según cuáles fueran los supuestos sobre tasas de participación y oferta laboral. En sustancia, una auténtica política de seguridad social estaría cerca de erradicar la pobreza en los hogares encabezados por mujeres, que hoy representan una abrumadora mayoría de los pobres del gueto.

Los expulsados del mercado laboral también fueron adversamente afectados por las *crecientes insuficiencias de la seguridad social*. En teoría, el programa estándar para el seguro de desempleo está diseñado para enfrentar necesidades cíclicas y proporciona 26 semanas de cobertura con alrededor del 40 por ciento de los salarios previos. Sin embargo, frente a la persistente desocupación masiva vigente desde mediados de la década de 1970, las costuras del sistema han empezado a romperse. El *lobby* empresarial y la preocupación política por la reducción de costos conspiraron para producir un importante achicamiento de la elegibilidad y multiplicaron los obstáculos administrativos a la entrega del beneficio. Como consecuencia de ello, el porcentaje de desocupados cubiertos en toda la nación descendió del 50 al 30 por ciento entre 1975 y 1985. También en este caso la declinación fue especialmente pronunciada en las grandes ciudades y actuó, en particular, en detrimento de las minorías de las áreas céntricas deprimidas, que por estar confinadas en los segmentos más bajos del mercado laboral secundario, son más susceptibles de ocupar puestos de corta duración y sufrir frecuentes cambios de empleador. De hecho, los residentes del gueto que trabajan con más intermitencias raramente cumplen los requisitos para recibir el subsidio por desocupación cuando pierden sus empleos.

Las políticas fiscales de los gobiernos estatales y federa-

les también contribuyeron a aumentar la penuria del gueto. Las repercusiones adversas que las políticas impositivas federales de Reagan tuvieron en los pobres están ampliamente documentadas; menos conocido es el hecho de que muchos Estados desarrollaron programas impositivos que empeoran aún más la situación ya precaria de las familias con bajos ingresos. De acuerdo con cifras compiladas por el grupo de apoyo Voices for Illinois Children [Voces para los Niños de Illinois], en ese Estado cientos de miles de estas familias devuelven una porción sustancial de sus magros ingresos en impuestos estatales. En materia de carga impositiva combinada —estatal y local— sobre los pobres, Illinois sólo es superado por Kentucky. Como resultado, el 20 por ciento de los hogares más pobres del estado pagan casi un 11 por ciento de sus ingresos anuales en impuestos estatales y locales, lo que duplica el porcentaje aplicado al 1 por ciento más rico. Pruebas abundantes sugieren entonces que lo que explica la elevación de la pobreza y la exclusión en el núcleo urbano no es el surgimiento de una “infraclass”, sino la negligencia pública.

*El sacrificio de las áreas céntricas deprimidas:
el “achicamiento planificado” y la marginalidad
política del gueto*

La negligencia pública no se detiene en la política de bienestar social, sino que se extiende a toda la gama de servicios urbanos. En las décadas del cincuenta y el sesenta, la firme expansión de la economía creó un contexto favorable para los movimientos de oposición, y las demandas negras en pro de un reparto menos desigual de los recursos urbanos se satisficieron en parte gracias a una ampliación de los programas federales y locales. La contracción económica de la década de 1970 y el crecimiento polarizado de la de 1980, en contraste, alimentaron una reacción política y empresaria generalizada

contra los esfuerzos públicos por la mejora de las áreas céntricas.²³

En el nivel federal, a partir de la aplastante reelección de Nixon en 1973, el gobierno produjo un súbito *vuelco de las políticas urbanas* que prácticamente anuló y hasta invirtió las modestas ganancias de la guerra contra la pobreza. Los fondos para viviendas públicas se congelaron y más adelante fueron reemplazados por subsidios federales coparticipados, controlados por las elites locales, que los reorientaron en beneficio de la industria inmobiliaria y los propietarios. Toda una serie de programas compensatorios que apuntaban a mantener la viabilidad de las instituciones de las áreas céntricas, originalmente establecidos bajo el paraguas de la Gran Sociedad, fueron sucesivamente congelados, recortados y abandonados. En la década de 1980, los recursos federales dirigidos a las ciudades siguieron mermando con la finalización del programa de capacitación laboral CETA (Comprehensive Employment and Training Act) [Ley General de Empleo y Capacitación], la Coparticipación de Rentas Generales y los Subsidios de Desarrollo Urbano. Cuando las maquinarias urbanas y los partidos locales quedaron al margen de la política nacional y se volvieron electoralmente descartables, el sistema de subsidios intergubernamentales que había amortiguado las penurias de los pobres urbanos a través de las fronteras políticas se desarticuló. A su turno, el aislamiento político de las ciudades fortaleció su papel empresarial, en detrimento de su función de proveedoras de servicios socia-

23. Es necesario aquí un análisis completo de esa reacción, sus raíces sociales e imaginaria racial, sus mediaciones políticas y su impacto diferencial en los diversos programas y burocracias estatales que atienden (o controlan) varios componentes de la población del gueto. El lector encontrará en el estudio de caso de George Lipsitz (1989, capítulo 8) un fascinante relato sobre su inicio en la ciudad de St. Louis, y en Edsall y Edsall (1991) una sugerente discusión sobre el nexo entre “raza, derechos e impuestos”.

les, lo que fragmentó aún más la base de ingresos en que se apoya el financiamiento de las instituciones públicas (Weir, 1991).

En el plano local, una coalición de intereses empresarios, bancarios y comerciales utilizó la crisis fiscal de las ciudades para presionar en favor del desmantelamiento de los programas sociales que sostenían a los residentes del gueto y sus barrios. A ellos se unió la actuación de planificadores urbanos que vieron en el retroceso de los servicios provistos por las ciudades un medio eficaz de empujar a los pobres fuera de las áreas destinadas a la renovación. El resultado fue lo que el historiador Robert Fisher (1984) llamó *achicamiento planificado* o “selección” de barrios de las áreas céntricas deprimidas: el cercenamiento selectivo de servicios públicos como escuelas, bibliotecas, clínicas, comisarías y estaciones de bomberos, concebido para incitar a los pobres a dejar el núcleo urbano y liberar recursos para la reurbanización societaria y de clase media de otros vecindarios. Así, en Chicago, desde mediados de la década del setenta, la asignación de servicios públicos y erogaciones en infraestructura, las medidas de limpieza de terrenos y las reducciones impositivas sirvieron cada vez más para atraer y fomentar los capitales privados y expandir un nuevo centro dedicado a las finanzas, la administración y los servicios para la clase media. Este desvío de recursos sólo permitió que los barrios del gueto del West Side y el South Side recibieran un tenue flujo de inversiones públicas, que los dejaron en el estancamiento y la decrepitud (Squires *et al.*, 1987).

Pocas organizaciones son más reveladoras del grado de abandono institucional sufrido por el gueto de Chicago que las escuelas públicas. En efecto, éstas quedaron reducidas, en sustancia, a ser establecimientos de *custodia* y no de educación, que sirven más para atrapar a los pobres que para abrir una compuerta de escape del gueto. Las escuelas públicas están rígidamente estratificadas por raza e ingresos; en ellas, la segre-

gación racial no ha sufrido modificaciones y la segregación de clase crece desde la década del sesenta. Los niños de las áreas céntricas deprimidas de nuestros días concurren a clase en establecimientos cuyo cuerpo estudiantil está en general íntegramente compuesto por minorías, y el ochenta por ciento provienen de familias que viven debajo de la línea de pobreza. Se los educa en las instalaciones más antiguas y superpobladas, en clases más grandes conducidas por maestros formados en las universidades menos selectivas y tienen menos consejeros que las escuelas suburbanas o privadas de la ciudad. Por ejemplo, de los 601 alumnos que asistían en 1985 a la escuela Julia Lathrop en el West Side, todos ellos negros, 592 cubrían los requisitos para recibir desayuno y almuerzo gratis. Para esa época hacía ya dos décadas que la escuela carecía de biblioteca (los libros juntaban moho en el comedor) y no había una asociación cooperadora. Muchas de sus ventanas estaban tapiadas o rotas y los graffiti cubrían las paredes; la cancha de básquet no tenía aros y el patio de juegos estaba lleno de vidrios rotos. Sus maestros provenían de afuera y contadas veces se aventuraban en la comunidad por temor a la delincuencia. A decir verdad, era difícil conseguir siquiera que los maestros suplentes se presentaran una vez que conocían la ubicación y la condición de la escuela: “Cuando ven el edificio y el barrio”, se lamenta el director, “simplemente no paran. Uno no puede conseguir ni siquiera un taxi que lo traiga” (*Chicago Tribune*, 1986, págs. 151-152).

Los colegios secundarios públicos segregados de la ciudad introducen a un sistema de colegios universitarios municipales también definidos por la raza y la pobreza. Y con tasas de deserción que se elevan bien por encima del 50 por ciento (en comparación con el 2,5 por ciento en los suburbios) y tres de cada cuatro escuelas no preparadas para capacitar a sus alumnos para ingresar a una universidad que exija un nivel académico razonable, la educación superior está fuera del reino de lo

posible para el grueso de los adolescentes del gueto. Lo cual lleva a Gary Orfield (1985, pág. 176) a insistir en que éstos enfrentan “una serie independiente y desigual de oportunidades educativas que persiste a lo largo de toda su escolarización. Podría argumentarse con facilidad que sus experiencias educacionales no pretenden ni pueden preparar [los] para actuar en la misma sociedad y la misma economía”.

Como atienden una población que los funcionarios públicos consideran descartable, las escuelas del gueto también están en la primera línea de los recortes presupuestarios periódicamente impuestos por una Junta de Educación constantemente necesitada de fondos. En el verano de 1991, el superintendente escolar de Chicago anunció planes para cerrar 16 escuelas, a fin de tratar de reducir un inesperado déficit de doscientos millones de dólares: 14 de ellas estaban situadas en barrios negros pobres (*Chicago Tribune*, 5 de julio de 1991). Y las escuelas parroquiales ya no pueden llenar el vacío generado por el colapso de la educación pública: justo un año antes, la arquidiócesis de Chicago había revelado planes para cerrar 17 establecimientos debido a dificultades económicas, 11 de ellos en vecindarios negros pobres.

El deterioro de las escuelas públicas sólo se compara, quizá, con el de los establecimientos de salud pública. En 1990, el comisionado interino de salud de Chicago reconoció oficialmente que el sistema de salud pública de la ciudad “es un no-sistema [...] deficiente y a punto de caerse a pedazos” (*Chicago Tribune*, 16 de enero de 1990). Debido a los lentos y tardíos reembolsos de Medicaid,* en las dos últimas décadas quebraron una docena de clínicas y hospitales de las áreas céntricas deprimidas. En 1987 cerró sus puertas el Provident Hospital, el hospital ne-

* Programa gubernamental norteamericano de atención médica para las personas de escasos recursos [n. del t.].

gro más antiguo de la nación, fundado casi un siglo atrás, lo que dejó al South Side virtualmente sin establecimientos hospitalarios accesibles para los pobres. Cuatro años después, el gobierno local no había cumplido aún su promesa de reabrirlo.

Al margen del hospital del condado de Cook, excesivamente recargado, ningún prestador privado de atención médica del área de Chicago brinda una atención prenatal accesible a las mujeres que carecen de obra social. La “descarga perinatal” de pacientes del gueto también es una práctica de rutina: las mujeres pobres sin seguro de salud y susceptibles de tener embarazos de alto riesgo son habitualmente rechazadas por los hospitales privados, que no vacilan en violar la ley y trasladarlas al hospital del condado de Cook, incluso durante el trabajo de parto (*Chicago Tribune*, 1989). Los residentes de las áreas céntricas deprimidas no claman por tratamientos médicos de alta tecnología sino por la atención más básica, como la vacunación de los niños, el Papanicolaou para las mujeres, el control de la presión sanguínea y el colesterol y enfermeras que visiten a los pacientes pobres. Como consecuencia de este “embotellamiento médico”, mientras que en el Estado de Illinois el índice de mortalidad infantil de los blancos se elevaba en 1985 a 9,3 cada mil nacimientos, la cifra correspondiente a los negros era 21,4 (*Statistical Abstract of the United States*, cuadro 116). Y en muchas zonas del gueto, este índice subió por encima del 3 por ciento y supera el de países del Tercer Mundo como Costa Rica y Malí. Todos los años mueren más de mil recién nacidos en el gueto de Chicago, y otros tres mil nacen con daño cerebral y otros graves trastornos neurológicos.

Investigaciones ecológicas y médicas detalladas realizadas en la ciudad de Nueva York sobre el patrón sinérgico de la mayor desigualdad en la atención de la salud, la muerte violenta y la carencia de techo, la difusión del SIDA y el abuso de drogas, establecieron una relación causal directa entre el abandono urbano y la desintegración social de los barrios de los guetos por

un lado, y las reducciones en servicios municipales como el control de incendios, la protección policial y la sanidad a niveles muy por debajo de los necesarios para mantener las densidades de población urbana, por el otro (Wallace y Wallace, 1990). Cada vez que los servicios urbanos fueron recortados o suprimidos, los índices de morbilidad y desamparo social se dispararon, poniendo de relieve un ciclo autoalimentador de decadencia urbana y violencia mortal que somete a barrios enteros a una espiral de deterioro.

El sistema de bienestar social también interactúa con los propietarios inmobiliarios para agravar las condiciones de vida de los residentes del gueto, y contribuye de manera indirecta a la profusión de viviendas de calidad inferior a la normal. Sabedores de que sus inquilinos son una clientela rehén, los propietarios de los barrios bajos —incluidas las autoridades de los organismos públicos de vivienda— cobran elevados alquileres y descuidan las reparaciones y servicios necesarios, a la vez que reciben una renta completa por departamentos que sólo los receptores de la seguridad social estarían dispuestos a ocupar (Susser y Krensike, 1987, pág. 57). De tal modo, en Chicago muchos edificios de viviendas públicas se están derrumbando literalmente y casi todos ellos violan muchas de las disposiciones de los códigos municipales. Por lo común están infestados de cucarachas, ratas y gusanos. Complejos de torres como el de Henry Horner Homes en el West Side de la ciudad o Cabrini Green, en el Near North Side, no tienen vestíbulos de entrada ni guardias de seguridad, los ascensores no funcionan, las paredes están cubiertas de graffiti y las cajas de las escaleras, sin luces, apestan a orina. En general, los departamentos de la planta baja están abandonados y tapiados por falta de seguridad. La mayoría de las unidades de las torres Henry Horner no vieron una mano de pintura desde 1970 y están en tal estado de deterioro que en junio de 1991 la asociación de madres del complejo demandó a la Oficina de la Vivienda de Chicago por ignorar

una “demolición *de facto*” del lugar: casi la mitad de sus 1.760 unidades estaban vacías por falta de fondos para renovarlas o limpiarlas con el objeto de ponerlas en alquiler.

El colapso de las instituciones públicas en el núcleo urbano y la sostenida marginalidad de la población del gueto son entonces el resultado de una política que fragmentó la esfera pública, debilitó las capacidades políticas de los negros (Fainstein y Fainstein, 1989) y estimuló la salida hacia el sector privado de todos aquellos que podían solventarla, para dejar que los sectores más pobres de la clase obrera afroamericana se pudrieran en el purgatorio social del hipergueto.

CONCLUSIÓN

En un famoso artículo sobre las villas de emergencia de América latina, Alejandro Portes (1972, pág. 286) señala que “*el grave error de las teorías sobre los barrios bajos urbanos ha sido transformar las condiciones sociológicas en rasgos psicológicos e imputar a las víctimas las características distorsionadas de sus victimarios*” (las itálicas me pertenecen). Ésta es una caracterización idónea de los recientes debates políticos académicos y públicos sobre el gueto en Estados Unidos. Al concentrarse con estrechez de miras en las presuntas deficiencias de conducta y culturales de los residentes de las áreas céntricas urbanas o el impacto agregado de la consolidación de un orden económico postindustrial y no prestar debida atención a las estructuras históricas de la desigualdad racial y de clase, la separación espacial y la (in)acción gubernamental que la filtra o amplifica, las discusiones recientes acerca de la así llamada infraclase han ocultado las raíces políticas de las penurias del gueto y contribuido a una mayor estigmatización y aislamiento político de sus residentes.

No hay espacio aquí para abordar las numerosas inconsis-

tencias analíticas, graves defectos empíricos y peligros políticos del concepto *demi-savant* de “infraclase”,²⁴ incluidas su inestabilidad interna y su heterogeneidad, que hicieron posible volver a trazar sus límites a voluntad para adaptarse a los intereses ideológicos del momento; su esencialismo, que permite un deslizamiento del sustantivo a la sustancia y de la medición a la realidad, lo que lleva a tomar erróneamente un *artificio estadístico* por un grupo social real; sus vastas connotaciones morales negativas y su tono falsamente “desracializado” que autoriza a quienes lo usan a hablar de la raza sin que parezca que lo hagan. Baste destacar, a modo de conclusión, su propensión inherente a separar el gueto de las estructuras sociopolíticas más generales de la dominación de casta y de clase, de la que aquél es a la vez un producto y un mecanismo central.

Al revitalizar y modernizar la idea secular de que la pobreza urbana es el resultado de los vicios personales y las patologías colectivas de los pobres, la retórica de la “infraclase” dio un barniz de legitimidad científica a los temores de la clase media al subproletariado negro y bloqueó un análisis preciso e históricamente fundado de la cambiante articulación política de la segregación racial, la desigualdad de clases y el abandono estatal en la ciudad norteamericana. Desvió la atención de los dispositivos institucionales en educación, vivienda, bienestar social, transporte y servicios médicos y humanos que perpetúan la concentración de los negros desocupados y subocupados en el núcleo urbano. Al omitir relacionar el estado del gueto con el colapso del sector público, liberó de responsabilidad a las decisiones urbanas, habitacionales y educativas tomadas por los go-

24. Ver Wacquant (1992b) para un análisis de las funciones del mito académico de la “infraclase” en los campos intelectual y político periodístico, así como de las fuentes de su éxito social. En Gans (1991) se encontrará una convincente discusión de sus responsabilidades políticas.

biernos federales y locales, tanto demócratas como republicanos, desde mediados de la década del setenta.

No obstante, es esta política de abandono y contención punitiva de los negros pobres la que explica que, a un siglo de su creación y dos décadas después de la abortada y mal llamada “Guerra contra la pobreza” del país, el gueto norteamericano siga siendo, para citar unas líneas del prefacio del informe de la Comisión Kerner (Kerner Commission, 1989, pág. xx) de 1968, “la personificación de la vergüenza de la nación, de su fracaso más profundo y su mayor desafío”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, Elijah: *Streetwise, Race, Class, and Change in an Urban Community*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.
- Aschenbrenner, Joyce: *Lifelines: Black Families in Chicago*, Prospect Heights, Waveland Press, 1975.
- Auletta, Ken: *The Underclass*, Nueva York, Vintage, 1982.
- Axinn, June, y Mark J. Stern: *Poverty and Dependency: Old Problems in a New World*, Lexington, Lexington Books, 1988.
- Bailey, Thomas, y Roger Waldinger: “The Changing Ethnic/Racial Division of Labor”, en John H. Mollenkopf y Manuel Castells (comps.), *Dual City: Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991, págs. 43-78.
- Beeghly, Leonard: “Illusion and Reality in the Measurement of Poverty”, *Social Problems* n° 31 (febrero de 1984), págs. 322-333.
- Berry, Brian J. L.: *The Open Housing Question: Race and Housing in Chicago, 1966-1976*, Cambridge, Mass., Ballinger, 1979.
- Blank, Rebecca M., y Maria J. Hanratty: “Responding to Need: A Comparison of Social Safety Nets in the United States and Canada”, Center for Urban Affairs and Policy Research, documento de trabajo, Northwestern University, 1991.
- Blauner, Robert: *Black Lives, White Lives: Three Decades of Race Relations in America*, Berkeley, University of California Press, 1989.

- Boskin, Joseph: "The Revolt of the Urban Ghettos, 1964-1967", en Richard P. Young (comp.), *Roots of Rebellion: The Evolution of Black Politics and Protest Since World War II*, Nueva York, Harper and Row, 1970, págs. 309-327.
- Bourgois, Philippe: "In Search of Horatio Alger: Culture and Ideology in the Crack Economy", *Contemporary Drug Problems* (invierno de 1989), págs. 619-649.
- Brune, Tom, y Eduardo Camacho: *A Special Report: Race and Poverty in Chicago*, Chicago, The Chicago Reporter and the Center for Community Research and Assistance, 1983.
- Bureau of the Census: *Current Population Reports*, serie P-60, n° 146, Washington DC, Government Printing Office, 1985.
- Chicago Tribune* (Staff): *The American Millstone: An Examination of the Nation's Permanent Underclass*, Chicago, Contemporary Books, 1986.
- Chicago Tribune*: "High-Risk Pregnancies Dumped on County Hospital, Study Finds", 24 de enero de 1989.
- Chicago Tribune*: "School Lets Out, Fear Rushes In: Gangs Terrorize Area after Classes", 24 de enero de 1990.
- Clark, Kenneth B.: *Dark Ghetto: Dilemmas of Social Power*, Nueva York, Harper, 1965 [traducción castellana: *Ghetto negro: los dilemas del poder*, México, Fondo de Cultura Económica].
- Collins, Sharon M.: "The Making of the Black Middle Class", *Social Problems* vol. 3, n° 4 (abril de 1983), págs. 369-382.
- Curtis, Lynn A.: *American Violence and Public Policy*, New Haven, Yale University Press, 1985.
- Drake, St Clair, y Horace R. Cayton: *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, dos volúmenes, edición revisada y ampliada, Nueva York, Harper and Row, 1962 [1945].
- Edsall, Thomas Byrne, y Mary D. Edsall: *Chain Reaction*, Nueva York, Norton, 1991.
- Fainstein, Norman: "The Underclass/Mismatch Hypothesis as an Explanation for Black Economic Deprivation", *Politics and Society*, vol. 15, n° 4, 1986-1987, págs. 403-452.
- Fainstein, Norman: "Race, Class, and Segregation: Discourses About African-Americans", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 17, n° 3 (septiembre de 1993), págs. 384-403.

- Fainstein, Susan S., y Norman I. Fainstein: "The Racial Dimension in Urban Political Economy", *Urban Affairs Quarterly*, vol. 25, n° 2 (diciembre de 1989), págs. 187-199.
- Farley, Reynolds, Howard Schuman, Suzanne Bianchi, Diane Cosalanto y Shirley Hatchett: "Chocolate City, Vanilla Suburbs': Will the Trend toward Racially Separate Communities Continue?", *Social Science Research* n° 7, 1978.
- Fisher, Robert: *Let the People Decide: Neighborhood Organizing in America*, Boston, Twayne, 1984.
- Foley, Donald: "Institutional and Contextual Factors Affecting the Housing Choices of Minority Residents", en Amos H. Hawley y Vincent P. Rock (comps.), *Segregation in Residential Areas*, Washington, National Academy of Sciences, 1973, págs. 147-185.
- Franklin, John Hope: *From Slavery to Freedom: A History of Negro Americans*, Nueva York, Knopf, 1980, quinta edición.
- Franklin, Raymond S.: *Shadows of Race and Class*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1991.
- Gans, Herbert H.: "The Dangers of the Underclass: Its Harmfulness as a Planning Concept", en Herbert H. Gans, *People, Plans and Policies: Essays on Poverty, Racism, and Other National Urban Problems*, Nueva York, Columbia University Press, 1991, págs. 328-343.
- Garbarino, James, Kathleen Kostelny y Nancy Dubrow: *No Place to be a Child*, Lexington, Lexington Books, 1991.
- Gibbs, Jewelle Taylor (comp.): *Young, Black and Male in America: An Endangered Species*, Nueva York, Auburn House Publishing Co, 1989.
- Habermas, Jürgen: *The Theory of Communicative Action*, vol. 1, *Reason and the Rationalization of Society*, Boston, Beacon Press, 1984 [1981] [traducción castellana: *Teoría de la acción comunicativa*, I, Madrid, Taurus, 1981].
- Hannerz, Ulf: "The Rhetoric of Soul: Identification in Negro Society", *Race*, vol. 9, n° 4, 1968, págs. 453-465.
- Hazzard-Gordon, Katrina: *Jookin': The Rise of Social Dance Formations in African Culture*. Filadelfia, Temple University Press, 1990.
- Hirsch, Arnold: *Making the Second Ghetto: Race and Housing in*

- Chicago, 1940-1960*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- Hooks, Bell: "Loving Blackness as Political Resistance, en Bell Hooks, *Black Looks: Race and Representation*, Boston, South End Press, 1992, págs. 9-20.
- Jackson, Kenneth T.: *Crabgrass Frontier: The Suburbanization of the United States*, Oxford, Oxford University Press, 1985.
- Jargowski, Paul A., y Mary Jo Bane: "Ghetto Poverty in the United States, 1970-1980", en Christopher Jencks y Paul E. Peterson (comps.), *The Urban Underclass*, Washington DC, The Brookings Institution, 1991, págs. 235-273.
- Jencks, Christopher, y Paul E. Peterson (comps.): *The Urban Underclass*, Washington DC, The Brookings Institution, 1991.
- Johnson, Bruce, Terry Williams, Kojo A. Dei y Harry Sanabria: "Drug Abuse in the Inner City: Impact on Hard-Drug Users and the Community", en Michael Tonry y James Q. Wilson (comps.), *Drugs and Crime*, Chicago, University of Chicago Press, 1990, págs. 9-67.
- Jones, Yvonne V.: "Street Peddlers as Entrepreneurs: Economic Adaptation to an Urban Area", *Urban Anthropology* n° 17 (verano-otoño de 1988), págs. 143-170.
- Kasarda, John D. "Urban Industrial Transition and the Underclass", *Annals of the American Academy of Political and Social Science* n° 501 (enero de 1989), págs. 26-47.
- Katz, Michael B.: *The Undeserving Poor. From the War on Poverty to the War on Welfare*, Nueva York, Pantheon, 1989.
- Keil, Charles: *Urban Blues*, Chicago, University of Chicago Press, 1966.
- Kerner Commission: *The Kerner Report. The 1968 Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Nueva York, Pantheon, 1989 [1968].
- Kusmer, Kenneth L.: "The Black Urban Experience in American History", en Darlene Clark Hine (comp.), *The State of Afro-American History: Past, Present, and Future*, Baton Rouge y Londres, Louisiana State University Press, 1986, págs. 91-135.
- Landry, Bart: *The New Black Middle Class*, Berkeley, University of California Press, 1987.

- Lash, Scott, y John Urry: *The End of Organized Capitalism*, Madison, University of Wisconsin Press, 1988.
- Liebow, Elliot: *Tally's Corner: A Study of Negro Streetcorner Men*, Boston, Little, Brown and Co, 1967.
- Lipsitz, George: *A Life in the Struggle: Ivory Perry and the Culture of Opposition*, Filadelfia, Temple University Press, 1989.
- Loewenstein, Gaither: "The New Underclass: A Contemporary Sociological Dilemma", *The Sociological Quarterly*, vol. 26, n° 1 (primavera de 1985), págs. 35-48.
- McAdam, Doug: *Political Process and the Development of Black Insurgency*, Chicago, University of Chicago Press, 1981.
- McCord, C., y H. Freeman: "Excess Mortality in Harlem", *New England Journal of Medicine*, vol. 323, n° 3, 1990, págs. 173-177.
- Massey, Douglas S., y Nancy A. Denton: "Hypersegregation in U.S. Metropolitan Areas: Black and Hispanic Segregation Among Five Dimensions", *Demography*, vol. 26, n° 3 (agosto de 1989), págs. 373-391.
- Massey, Douglas S., y Andrew B. Gross: "Explaining Trends in Residential Segregation, 1970-1980", *Urban Affairs Quarterly*, vol. 27, n° 1 (septiembre de 1991), págs. 13-35.
- Mead, Lawrence: "The Logic of Workfare: The Underclass and Work Policy", *Annals of the American Academy of Political and Social Science* n° 501 (enero de 1989), págs. 156-169.
- Mithun, Jacqueline S.: "Cooperation and Solidarity as Survival Necessities in a Black Urban Community", *Urban Anthropology*, vol. 2, n° 1 (primavera de 1973), págs. 25-34.
- Monroe, Sylvester, y Peter Goldman: *Brothers: Black and Poor. A True Story of Courage and Survival*, Nueva York, William Morrow, 1988.
- Morris, Aldon: *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change*, Nueva York, Free Press, 1984.
- Murray, Charles: *Losing Ground: American Social Policy, 1950-1980*, Nueva York, Basic Books, 1984.
- Nathan, Richard P.: "Will the Underclass Always Be with Us?", *Society*, vol. 24, n° 3 (marzo-abril de 1987), págs. 57-62.
- Oliver, Melvin: "The Urban Black Community As Network: Toward

- a Social Network Perspective”, *The Sociological Quarterly*, vol. 29, nº 4, 1988, págs. 623-645.
- Orfield, Gary: “Ghettoization and Its Alternatives”, en Paul Peterson (comp.), *The New Urban Reality*, Washington DC, The Brookings Institution, 1985, págs. 161-193.
- Osofsky, Gilbert: “The Enduring Ghetto”, en Gilbert Osofsky, *Harlem: The Making of a Ghetto. Negro New York, 1890-1930*, Nueva York, Harper, 1971, págs. 189-201, segunda edición.
- Padilla, Félix: *Puerto Rican Chicago*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1987.
- Pétonnet, Colette: “La Pâleur noire. Couleur et culture aux États-Unis”, *L’Homme* nº 97-98 (enero-junio de 1985), págs. 171-187.
- Philpott, Thomas Lee: *The Slum and the Ghetto: Neighborhood Deterioration and Middle-Class Reform, Chicago 1880-1930*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.
- Piore, Michael J., y Charles F. Sabel *The Second Industrial Divide: Possibilities for Prosperity*, Nueva York, Basic Books, 1984 [traducción castellana: *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza, 1990].
- Portes, Alejandro: “The Rationality of the Slum: An Essay on Interpretive Sociology”, *Comparative Studies in Society and History* nº 14, 1972.
- Rainwater, Lee: *Behind Ghetto Walls*, Chicago, Aldine, 1970.
- Ricketts, Erol “A Broader Understanding Required (Reply to Steinberg)”, *New Politics*, vol. 2, nº 4, 1989.
- Ricketts, Erol, e Isabel V. Sawhill: “Defining and Measuring the Underclass”, *Journal of Policy Analysis and Management* nº 7 (invierno de 1988), págs. 316-325.
- Rodríguez, Clara: *Puerto Ricans: Born in the USA*, Boston, Unwin Hyman, 1989.
- Rosenberg, Sam: “Reagan Social Policy and Labor Force Restructuring”, *Cambridge Journal of Economics* nº 9, 1983, págs. 179-196.
- Sánchez-Jankowski, Martin: *Islands in the Street: Gangs in Urban American Society*, Berkeley, University of California Press, 1991.
- Sassen, Saskia: “America’s ‘Immigration Problem’”, *World Policy* nº 6 (otoño de 1989), págs. 811-832.
- Sassen, Saskia: “Internationalization, Informalization, and Economic

- Polarization in New York City's Economy", en John H. Mollenkopf y Manuel Castells (comps.), *Dual City: Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991, págs. 79-102.
- Sawhill, Isabel V.: "The Underclass: An Overview", *The Public Interest* n° 96, 1989, págs. 3-15.
- Scharf, Jagna Wojcika: "The Underground Economy of a Poor Neighborhood", en Leith Mullings (comp.), *Cities of the United States: Studies in Urban Anthropology*, Nueva York, Columbia University Press, 1987, págs. 19-50.
- Schlay, Anne B.: "Credit on Color: Segregation, Racial Transition, and Housing-Credit Flows", en Anne B. Schlay, *Fair Housing in Metropolitan Chicago: Perspectives after Two Decades*, Chicago, The Chicago Area Fair Housing Alliance, 1987, págs. 109-188.
- Scott, Allen J., y Michael Storper (comps.): *Production, Work, Territory: The Geographical Anatomy of Industrial Capitalism*, Boston, Allen and Unwin, 1986.
- Son, In Soo, Suzanne W. Model y Gene A. Fisher: "Polarization and Progress in the Black Community: Earnings and Status Gains for Young Black Males in the Era of Affirmative Action", *Sociological Forum*, vol. 4, n° 3 (verano de 1989), págs. 309-327.
- Spear, Allan H.: *Black Chicago: The Making of a Negro Ghetto, 1890-1920*, Chicago, University of Chicago Press, 1967.
- Squires, Gregory D., Larry Bennett, Kathleen McCourt y Philip Nyden: *Chicago: Race, Class, and the Response to Urban Decline*, Filadelfia, Temple University Press, 1987.
- Stack, Carol: "The Kindred of Viola Jackson: Residence and Family Organization of an Urban Black American Family", en Norman E. Whitten y John F. Szwed (comps.), *Afro-American Anthropology: Contemporary Perspectives*, Nueva York, Free Press, 1970, págs. 303-311.
- Stearns, Linda Brewster, y Charlotte Wilkinson Coleman: "Industrial and Local Labor Market Structures and Black Male Employment in the Manufacturing Sector", *Social Science Quarterly*, vol. 71, n° 2 (junio de 1990), págs. 285-298.
- Streitweiser, Mary, y John Goodman, Jr.: "A Survey of Recent Research on Race and Residential Location", *Population Research and Policy Review* n° 2, 1983, págs. 253-283.

- Sullivan, Mercer L.: "Getting Paid." *Youth Crime and Work in the Inner City*, Ithaca, Cornell University Press, 1989.
- Susser, Ida, y John Krensike: "The Welfare Trap: A Public Policy for Deprivation", en Leith Mullings (comp.), *Cities of the United States: Studies in Urban Anthropology*, Nueva York, Columbia University Press, 1987, págs. 51-68.
- Thurow, Lester: "A Surge in Inequality", *Scientific American*, vol. 256, n° 5 (mayo de 1987), págs. 30-37.
- Wacquant, Loïc: "The Ghetto, the State, and the New Capitalis Economy", *Dissent* (otoño de 1989), págs. 508-520.
- Wacquant, Loïc J. D.: "What Makes a Ghetto? Notes Toward a Comparative Analysis of Modes of Urban Exclusion", trabajo presentado en la Conferencia MSH/Russell Sage sobre "Poverty, Immigration and Urban Marginality in Advanced Societies", París, Maison Suger, 10 y 11 de mayo de 1991.
- Wacquant, Loïc: "'The Zone': le métier de 'hustler' dans le ghetto noir américain", *Actes de la recherche en sciences sociales* n° 92 (junio de 1992a), págs. 38-58.
- Wacquant, Loïc: "Décivilisation et démonisation: la mutation du ghetto noir américain", en Christine Fauré y Tom Bishop (comps.), *L'Amérique des français*, París, Éditions François Bourin, 1992b, págs. 103-125.
- Wacquant, Loïc: "Urban Outcasts: Stigma and Division in the Black American Ghetto and the French Urban Periphery", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 17, n° 3, 1993a, págs. 366-383 [traducción castellana: "Parias urbanos: estigma y división en el gueto negro norteamericano y la periferia urbana francesa", en este volumen].
- Wacquant, Loïc: "Morning in America, Dusk in the Dark Ghetto: The New 'Civil War' in the American City", en Phil Kasinitz (comp.), *Metropolis*, Nueva York, New York University Press, 1993b.
- Wacquant, Loïc y William Julius Wilson: "The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City", *Annals of the American Academy of Political and Social Science* n° 501 (enero), 1989a, págs. 8-25.
- Wacquant, Loïc y William Julius Wilson: "Poverty, Joblessness and the Social Transformation of the Inner City", en David Ellwood y

- Phoebe Collingham (comps.), *Welfare Policy for the 1990s*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1989b, págs. 70-102.
- Waldinger, Roger, y Thomas Bailey: "The Continuing Significance of Race: Racial Conflict and Racial Discrimination in Construction", *Politics and Society*, vol. 19, n° 3 (septiembre de 1991), págs. 291-324.
- Wallace, Rodrick, y Deborah Wallace: "Origins of Public Health Collapse in New York City: The Dynamics of Planned Shrinkage, Contagious Urban Decay and Social Disintegration", *Bulletin of the New York Academy of Science*, vol. 66, n° 5 (septiembre-octubre de 1990), págs. 391-434.
- Weir, Margaret: "Urban Political Isolation and the Politics of Marginality in the United States", trabajo presentado en la Working Conference on Poverty, Immigration, and Urban Marginality, Maison des Sciences de l'Homme, París, 9 a 11 de mayo de 1991.
- Williams, Terry: *Cocaine Kids*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1989.
- Wilson, William Julius: *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press, 1987.
- Wirth, Louis: "The Ghetto", *American Journal of Sociology* n° 33 (julio de 1927), págs. 57-71.
- Yinger, John: "The Racial Dimension of Urban Housing Markets in the 1980s", en Gary Tobin (comp.), *Divided Neighborhoods: Changing Patterns of Racial Segregation*, Beverly Hills, Sage, 1987, págs. 43-67.
- Zinn, Maxine Baca: "Family, Race, and Poverty in the Eighties", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 14, n° 4, 1989, págs. 856-874.

2. Elias en el gueto negro*

* “Elias in the Dark Ghetto”, en *Amsterdams Sociologisch Tijdschrift* 24, 3/4 (diciembre de 1997), págs. 340-348.

Este trabajo está basado en una conferencia del mismo título realizada en la Amsterdam School for Social Science Research, el 26 de noviembre de 1996. Quiero agradecer a los participantes por su cálida recepción y por sus precisos comentarios y críticas.

Traducción: Javier Auyero.

La teoría del “proceso civilizatorio” de Norbert Elias junto con sus comentarios sobre el proceso anverso –los arrebatos de “descivilización”– ofrecen una poderosa herramienta para construir un diagnóstico sobre la mutación en el gueto negro norteamericano que tiene lugar a partir de los años sesenta. Una adaptación de su marco nos puede ayudar a superar algunas de las perennes limitaciones que tienen los análisis convencionales de la intrincada cuestión de la raza y la clase en las metrópolis de los Estados Unidos (sobre esto, véase Wacquant, 1997a).

El gueto a la luz de la sociología figuracional

En primer lugar, Elias nos alerta contra la *Zustandreduktion*, la “reducción del proceso al Estado”, reducción que está incorporada en el idioma de la investigación sobre la pobreza, la cual fija su atención en las propiedades descriptivas de los individuos y poblaciones desaventajadas, inducida por la filosofía de la ciencia positivista que la anima. En lugar de pensar al gueto en términos estáticos y morfológicos, él sugiere que lo concebamos como un sistema de fuerzas dinámicas que entrelazan a agentes situados en el interior y en el exterior del perímetro. Nuestros focos empíricos deben ser las formas, no los por-

centajes (de segregación, destitución, desempleo, etcétera), las conexiones, no las condiciones.

En segundo lugar, la noción de Elias de *figuración* como una trama extendida de personas e instituciones interdependientes, vinculadas simultáneamente en varias dimensiones, nos invita a eludir el fraccionamiento analítico favorecido por el análisis social centrado en las variables [*variable-oriented*]. “Sostener que, a los efectos de investigar procesos interdependientes, uno debe necesariamente seccionarlos en sus componentes es una superstición científica” (Elias, 1978, pág. 98). Raza o espacio, clase o raza, Estado o economía: estas oposiciones artificiales que fragmentan la ciencia normal de la pobreza urbana en Estados Unidos no son aptas para capturar los ensambles causales y los procesos que están implicados en la construcción y reconstrucción del gueto como un sistema social y como una experiencia vivida.

En tercer lugar, Elias ofrece un modelo de transformación social que abarca y *une varios niveles de análisis* que van desde organizaciones de gran escala del poder político y económico, pasando por las relaciones sociales institucionalizadas, hasta los patrones de interacción de los tipos de personalidad. Este modelo nos exhorta a mantener conceptualmente juntos la más “macro” de las macroestructuras y la más “micro” de las microtransformaciones —llegando hasta la constitución “biopsico-social” del individuo, para hablar como Marcel Mauss (1968). Porque la sociogénesis y la psicogénesis son dos lados de la misma moneda de la existencia humana, y cambios en la una no pueden sino repercutir en la otra.

En cuarto lugar, siendo más importante para nuestro propósito, Elias ubica la *violencia y el miedo* en el epicentro de la experiencia de la modernidad: juntos forman el nudo gordiano que vincula las operaciones del Estado con la más íntima conformación de la persona. La expurgación de la violencia de la vida social vía su reubicación bajo la égida del Estado abre el

camino para la regularización del intercambio social, la ritualización de la vida cotidiana, y la psicologización del impulso y la emoción, conduciendo al intercambio “cortesano”, y por tanto cortés. En lo que hace al miedo, proporciona el mecanismo central para la introyección de los controles sociales y la “regulación [autoadministrada] de toda la vida instintiva y afectiva” (Elias, 1994, pág. 443).

Ahora bien, el miedo, la violencia, y el Estado son partes integrales de la formación y transformación del gueto negro norteamericano. Miedo a la contaminación y a la degradación vía la asociación con seres inferiores —esclavos africanos— están en la raíz del generalizado y penetrante prejuicio, y de la institucionalización de la rígida división de castas, la cual, combinada con la urbanización, dieron nacimiento al gueto a principios de siglo (Jordan, 1974; Meier y Rudwick, 1976). Violencia, tanto desde abajo, en la forma de agresión interpersonal y terror, así como desde arriba, en la forma de discriminación y segregación promovidas por el Estado, que ha sido el instrumento preponderante en el trazado y la imposición de la “línea de color”. Esta violencia juega un rol crítico en el retrazado de los límites sociales y simbólicos de los cuales el gueto contemporáneo es la expresión material.

Des-pacificación, desertificación e informalización

En otro lugar he caracterizado la transformación en el South Side de Chicago, el *Black Belt* histórico más importante de la ciudad, como un cambio del “gueto comunal” de mediados de siglo al *fin-de-siècle* “hipergueto” (Wacquant, 1994), una nueva formación socioespacial que conjuga la exclusión racial y la exclusión de clase bajo la presión de la retirada del mercado y el abandono del Estado, dando lugar a la “desurbanización” de grandes porciones del espacio de la *inner-city*.

El gueto comunal de los años que siguieron inmediatamente a la posguerra era el producto de una división de casta omni-barcadora que obligaba a los negros a desarrollar su propio mundo social a la luz —o entre las grietas— de las hostiles instituciones blancas. El resultado era una formación socioespacial compacta, claramente delimitada, que comprendía un conjunto completo de clases negras ligadas entre sí por una conciencia racial unificada, una extensiva división social del trabajo, y amplias y extendidas agencias comunitarias de movilización y de formulación de reclamos. Formaba una “ciudad dentro de la ciudad”, irguiéndose en una relación de oposición con la sociedad blanca más amplia, cuya infraestructura institucional básica luchaba por duplicar.

Esta “metrópolis negra”, para usar el elocuente título del clásico estudio del “Bronzeville” de Chicago realizado por St. Clair Drake y Horace Cayton (1945), ha sido reemplazada por una forma urbana diferente. El hipergueto de los años ochenta y noventa expresa una *exacerbación de la histórica exclusión racial tamizada por un prisma de clase* y exhibe una configuración espacial y organizacional novedosa. Dado que enlaza a la segregación de color con la bifurcación de clase, ya no contiene una extensa división del trabajo ni un conjunto completo de clases sociales. Sus límites físicos son más borrosos y sus instituciones dominantes ya no son organizaciones que alcanzan a toda la comunidad (como las iglesias, hospedajes, y la prensa negra) sino burocracias estatales (*welfare*, la educación pública y la policía) cuyo objetivo son las “poblaciones problema” marginalizadas. Porque el hipergueto ya no es un reservorio de los trabajadores industriales disponibles, sino un mero lugar de desecho para las numerosas categorías de las cuales la sociedad circundante no hace uso político o económico alguno. Y está saturado de una sistemática inseguridad económica, social y física, debido a la erosión del mercado de trabajo asalariado y del apoyo estatal, erosión que se refuerza mutuamente. De esta

manera, mientras que en su forma clásica el gueto actuaba, en parte, como un escudo protector contra la brutal exclusión racial, el hipergueto ha perdido su rol positivo como un cobijo colectivo, transformándose en una maquinaria mortífera de una relegación social descarnada.

El cambio del gueto comunal al hipergueto puede ser gratificado de manera dinámica en términos de la interacción estructurada de tres procesos dominantes. El primero es la *despacificación de la vida cotidiana*, esto es, se filtra la violencia en el entramado del sistema social local. El creciente deterioro y peligro físico en el centro urbano racializado de Estados Unidos, discernible en el abandono de la infraestructura barrial y en las astronómicas cifras de crímenes contra las personas (homicidio, violaciones, asaltos y apaleos), han forzado una completa transformación en las rutinas diarias y han creado una atmósfera sofocante de desconfianza y temor.

Un segundo proceso implica *desdiferenciación social*, conduciendo al deterioro del entramado organizacional de los guetos. La desaparición gradual de los hogares estables de las clases trabajadoras y de las clases medias afroamericanas; el amontonamiento de las viviendas públicas en las barriadas pobres negras, y la desproletarianización de los residentes que aún quedan allí, han socavado las instituciones locales, sean éstas comerciales, civiles o religiosas. El persistente desempleo y la aguda privación material han puesto en marcha el encogimiento de las redes sociales, mientras que la futilidad política [*political expendability*] de los negros pobres ha permitido el drástico deterioro de las instituciones públicas. Desde las escuelas, las viviendas, y la salud, hasta la policía, las cortes, y el *welfare*, estos últimos operan de tal manera que acentúan la estigmatización y el aislamiento de los residentes del gueto (Wacquant, 1997b).

Un tercer proceso es la *informalización económica*: las insuficiencias combinadas de la demanda de trabajo, la desertifica-

ción organizacional de los barrios, y los fracasos de la ayuda del *welfare* han promovido el crecimiento de una economía no regulada, liderada por la venta masiva de drogas y de varias actividades ilegales. Hoy, la mayoría de los habitantes del South Side de Chicago encuentra su principal base de sustento en el comercio callejero y en el sector de asistencia social: el trabajo asalariado es muy escaso y muy poco confiable para ser el anclaje principal de sus estrategias de vida (Wilson, 1996).

Retirada del Estado e hiperguetización

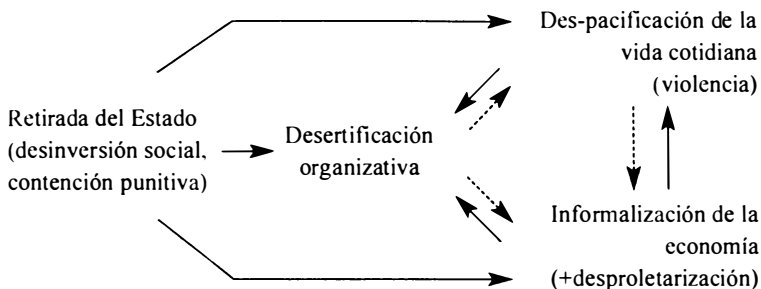
El nexo causal que propulsa la *hiperguetización* del centro urbano engloba una compleja y dinámica constelación de factores políticos y económicos que se desarrollan durante toda la época de la posguerra –y antes de ésta, dado que muchos de ellos pueden ser ubicados en la era de la consolidación inicial del gueto al comenzar la “Gran Migración” de 1916-1930–, lo cual desmiente el argumento de corto plazo de la narrativa que habla de la infraclase [*underclass*] como un producto de los años setenta. En contra de las teorías monocausales, argumento que la *hiperguetización no tiene una sino dos raíces fundamentales*, la una en los cambios de la economía urbana, y la otra en las estructuras y políticas del Estado norteamericano federal y local. Y que la rígida segregación espacial perpetuada por la inacción política y la fragmentación administrativa (Massey y Denton, 1993; Weiher, 1991) suministra la pieza clave para vincular ambos conjuntos de fuerzas en una constelación que se auto-perpetúa, altamente resistente a los abordajes convencionales, estén éstos centrados en la movilización social o en las políticas sociales.

Dicho esto, el *colapso de las instituciones públicas* –resultante de la política estatal de abandono y de la contención punitiva de la minoría pobre– emerge como la raíz más potente y

distintiva de la arraigada marginalidad en la metrópolis norteamericana. Despojado de sus especificidades, el modelo teórico del rol del Estado en la hiperguetización que Elias nos ayuda a precisar puede ser bosquejado de la siguiente manera. La erosión de la presencia, el alcance y la eficacia de las instituciones públicas y de los programas encargados de proveer los bienes sociales esenciales al centro urbano racializado envía una serie de ondas de shock que desestabilizan la ya debilitada matriz organizacional del gueto. Estas ondas de shock (si bien correlacionadas con y amplificadas por) son independientes de las ondas que emanan de la reestructuración posfordista de la economía y que producen la dualización de las ciudades (Sassen, 1990; Mollenkopf y Castells, 1991).

La masiva *desinversión social* que sigue de la reducción del gasto estatal: 1) acelera la descomposición de la infraestructura institucional autóctona del gueto; 2) facilita la generalización de la violencia pandémica y alimenta el envolvente clima de temor; y 3) da lugar e ímpetu al florecimiento de la economía informal dominada por el comercio de drogas. Estos tres procesos se retroalimentan y quedan encerrados en una constelación que pareciera reproducirse por sí sola. Todos los signos externos de esta constelación indicarían que ella es promovida *desde el interior* (o “específica del gueto”), cuando en realidad está (sobre)determinada y sostenida *desde afuera* por el brutal y desaparejo movimiento de retirada del Estado de semibienestar.

Figura 1. Modelo simplificado de las relaciones entre la retirada del Estado y la hiperguetización



El hecho de que la trayectoria involutiva del gueto parece ser promovida por procesos endógenos y autocontenidos es central para la redefinición política e ideológica de la cuestión de la raza y de la pobreza en la década del ochenta. Porque da vía libre para culpar a las víctimas, como en el discurso estigmatizador de la “infraclase behaviorista” [*behavioral underclass*] (Gans, 1995), que justifica un retiro aún mayor del Estado. Luego, este último discurso “verifica” la visión de que el gueto está fuera del alcance de cualquier política de remedio, dado que las condiciones dentro de él siguen deteriorándose.

De esta manera, el deterioro de la ecología organizacional del gueto debilita su capacidad colectiva para controlar formal e informalmente la violencia interpersonal, lo cual, en el contexto de una generalizada privación material, conduce a un aumento en el crimen y en la violencia (Bursick y Grasmick, 1993). Más allá de cierto umbral, la ola de crimen violento imposibilita la operación del comercio en el gueto y, por ende, contribuye a la extenuación de la economía asalariada. A su vez, la informalización y la desproletarización disminuyen el poder de compra y la estabilidad de la vida de los residentes en el gueto, lo cual socava la viabilidad de sus instituciones —y por tanto de las posibilidades vitales de quienes dependen de ellas—. También incre-

menta el crimen, dado que la violencia es el medio principal de regulación de las transacciones en la economía callejera, cuya violencia alimenta el debilitamiento organizativo y promueve, a su vez, la informalización económica.

*De la red de protección a la red barredera**

El repliegue del Estado no significa que el Estado se retira *in toto* o que desaparece de los barrios de relegación norteamericanos. A los efectos de reprimir los “desórdenes” públicos asociados con la marginalidad aguda causada por la reducción —o terminación— de sus políticas (federales) económicas, de vivienda, y de bienestar social, el Estado (local) debe incrementar la vigilancia y la presencia represiva en el gueto (Davis, 1990, capítulo 5).

En realidad, las últimas dos décadas han sido testigos de un crecimiento explosivo de las funciones penales del Estado norteamericano, las prisiones y los dispositivos carcelarios (libertad vigilada, libertad a prueba, monitoreo electrónico, etcétera) fueron desplegados para reprimir las consecuencias de la creciente destitución causada por la contracción del apoyo del *welfare*. Hoy, los Estados Unidos están gastando más de doscientos mil millones de dólares al año en la industria del control del crimen, y el “rostro” del Estado más familiar para los jóvenes del gueto es el del policía, el del agente judicial que vigila la libertad condicionada y el del guardia de la prisión (Miller, 1996). Porque la triplicación de la población carcelaria en los últimos quince años —de 494.000 en 1980 a más de 1.500.000

* El término utilizado por el autor es “dragnet”; éste hace referencia a una red utilizada para atrapar cosas. Es una imagen que designa la serie de medidas y programas que la policía y las autoridades penales utilizan para atrapar a la mayor cantidad de gente posible [n. del t.].

en 1994— ha golpeado con especial brutalidad a los pobres urbanos de origen afroamericano: considerando a la población de entre dieciocho y treinta y cuatro años, un hombre negro de cada diez está actualmente en la prisión (comparado con un adulto de cada ciento veintiocho para el país en su conjunto), y uno de cada tres está bajo la supervisión de la justicia criminal o detenido en algún momento en el transcurso de un año.

Sin embargo, el reemplazo de las funciones de provisión social por las funciones disciplinarias, llevadas a cabo por la policía, la justicia criminal, y el sistema carcelario, ha sido parcial, de tal manera que el resultado neto de este “simultáneo refuerzo y debilitamiento del Estado” (Poulantzas, 1978, pág. 226) es una marcada disminución de la profundidad y el alcance de la regulación estatal en el centro urbano. Esto es evidente incluso en el área del orden público, a pesar de la guerra de guerrillas que la policía y las cortes libran contra los pobres urbanos bajo la cubierta de la “guerra contra las drogas”. Incluso en aquellas partes del gueto en donde las fuerzas policiales son más visibles, la “red barredera” [“*dragnet*”] no puede compensar el desmembramiento de la “red de seguridad social”. Por ejemplo, a pesar de la presencia de una estación de policía *dentro* de los *Robert Taylor Homes*, la más infame concentración de vivienda social y de miseria social, el Departamento de Vivienda de la ciudad de Chicago (Housing Authority) consideró necesario crear su propia fuerza policial privada suplementaria, a los efectos de patrullar el territorio en donde se encuentran las viviendas. Incluso así, no pueden garantizar una mínima seguridad física a sus habitantes (a principios de los noventa, el porcentaje de homicidios en esa sección del South Side excedía los 100 sobre 100.000, la más alta en la ciudad), para no hablar de un control más específico: los llamados “comportamientos de los infraclass” que tanto preocupan a las elites políticas y a los expertos del diseño de políticas.

Esto se debe a que la retirada del Estado impacta en el gueto

no sólo porque reduce los flujos de inversión e ingresos, sino también, y de manera más significativa, porque desteje toda la red de “relaciones sociales indirectas” (Calhoun, 1991) sostenida por las instituciones públicas y por las organizaciones privadas que éstas apoyan. El reemplazo del Estado de semibienestar por el Estado penal no puede sino reforzar la misma inestabilidad económica y la violencia interpersonal que se supone debe apaciguar (Wacquant, 1996).

Entonces Elias nos ayuda a “volver a poner al Estado en el centro” [“*bring the state back in*”] del análisis del nexo entre casta, clase y espacio en el hipergueto norteamericano. El estudio del rol del Estado deberá incluir: 1) todos los niveles del aparato de gobierno (federal, estadual, municipal), así como las estrategias y las prácticas que hacia él llevan a cabo los residentes del gueto; 2) no sólo las políticas de bienestar (*welfare*) o las políticas “antipobreza” sino toda la gama de actividades estatales que afectan la estructuración socioespacial de la desigualdad, incluyendo las políticas criminales y penales; 3) lo que la autoridad pública hace y lo que deja de hacer, porque el Estado moldea la marginalidad urbana no sólo por comisión sino también —y de manera quizá decisiva en el caso de los Estados Unidos— por omisión (social y racialmente selectiva).

Llevar a Elias al gueto negro norteamericano sugiere que los modelos teóricos de la transformación de este último (y de la reconfiguración del orden metropolitano) que omiten al Estado, sus capacidades organizativas, sus políticas y sus discursos, y sus modalidades reales de intervención en el terreno, no logran sacar a la luz las *raíces políticas particulares de la configuración de la exclusión racial y de clase*, de la cual el hipergueto contemporáneo es su concreta materialización. Y corren el grave riesgo de ser invocadas para formular prescripciones que pueden hacer poco más que dar una legitimación *ex post facto* a las políticas de abandono urbano y de contención represiva del (sub)proletariado negro, causas principales del agrava-

miento continuo de la difícil situación de los excluidos [*outcasts*] urbanos en Norteamérica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bursik, R. J. y Grasmik, H. G.: "Economic Deprivation and Neighborhood Crime Rates", 1960-1980", en *Law and Society Review* 27-2, 1993, págs. 263-283.
- Calhoun, C.: "Indirect Relationships and Imagined Communities: Large-Scale Social Integration and the Transformation of Every Day Life", en P. Bourdieu y James Coleman Boulder (comps.), *Social Theory for a Changing Society*, Westview Press, 1991, págs. 95-121.
- Davis, M.: *City of quartz: Excavating the future in Los Angeles*, Londres, Verso, 1990.
- Davis, St. Clair y Cayton, Horace R.: *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, Nueva York, Harper and Row (University of Chicago Press, 1995), 1945.
- Elias, Norbert: *What Is Sociology?*: Nueva York, Columbia University Press [1970] 1978.
- Elias Norbert: *The Civilizing Process*, Oxford, Basil, Blackwell [1937] 1994.
- Freidenberg, J. (comp.): *The Anthropology of Lower Income Urban Enclaves: The Case of East Harlem*. Annals of the New York Academy of Sciences, vol. 749, Nueva York, 1995.
- Gans, Herbert: *The War Against the Poor: The Underclass and Anti-Poverty Policy*, Nueva York, Basic Books, 1995.
- Jordan, Wintrop D.: *The White Man's Burden: Historical Origins of Racism in the United States*, Oxford, Oxford University Press, 1974.
- Massey, Douglas y Denton, Nancy: *American Apartheid Segregation and the Making of the Underclass*, Cambridge, Harvard University Press, 1993.
- Mauss, Marcel: *Essais de Sociologie*, Paris, Editions de Minuit/Points, 1968.
- Meier, August y Rudwick, Elliott: *From Plantation to gueto*, Nueva

- York, Hill y Wang, 1976.
- Miller, Jerome G.: *Search and Destroy: African American Males in the Criminal Justice System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- Mollenkopf, John H. y Castells, Manuel (comps.): *Dual city: Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991.
- Poulantzas, Nicos: *L'Etat, le pouvoir et le socialisme*, Paris, Presses Universitaires de France, 1978.
- Sassen, Saskia: "Economic Reestructuring and the American City", *Annual Review of Sociology* 16, 1990, págs. 465-490.
- Wacquant, Loïc: "The New Urban Color Line: The State and Fate of the ghetto in Posfordist America", en Craig Calhoun (comp.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Oxford, Basil Blackwell, 1994, págs. 231-276 (págs. 33-103 en este libro).
- Wacquant, Loïc: "De l'Etat charitable a l'Etat pénal: notes sur le traitement politique de la misere en Amerique", en *Regards sociologiques* 11, 1996, págs. 30-38.
- Wacquant, Loïc: "Three Pernicious Premises in the Study of the American gueto", en *International Journal of Urban and Regional Research* 20, julio, 1997a.
- Wacquant, Loïc: "Negative Social Capital: State Breakdown and Social Destitution in America's Urban Core", *The Netherlands Journal of the Built Environment*, número especial sobre "guetos en Europa y América", 1997b.
- Wilson, William Julius: *When Work Disappears*, Nueva York, Knopf, 1996.
- Weiher, George: *The Fractured Metropolis: Political Fragmentation and Metropolitan Segregation*, Albany, State University of New York Press, 1991.

3. Parias urbanos

Estigma y división en el gueto norteamericano y la periferia urbana francesa*

* “Urban Outcasts: Stigma and Division in the Black American Ghetto and the French Urban Periphery”, en *International Journal of Urban and Regional Research* 17-3 (septiembre de 1993), págs. 366-383.

Quiero agradecer a los participantes en la Conferencia ISA sobre “Tendencias comparativas en la desigualdad urbana”, organizada por la Universidad de California en Los Angeles, así como a quienes intervinieron en el coloquio departamental del Departamento de Sociología y en el Taller sobre Ciudadanía y Política Social del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard, por sus estimulantes críticas y reacciones a versiones previas y fragmentos de este trabajo. El financiamiento y el apoyo del Urban Poverty and Family Structure Project de la Universidad de Chicago, el Joint Center for Political and Economic Studies y la Russell Sage Foundation contribuyeron a hacer posible esta investigación. De todas maneras, los puntos de vista aquí expresados son exclusivamente los del autor.

¿La “norteamericanización” de la pobreza en la ciudad europea?

Dos tendencias interconectadas han reconfigurado el rostro de las ciudades de Europa occidental en la década pasada. La primera es el pronunciado ascenso de variadas desigualdades urbanas y la cristalización de nuevas formas de marginalidad socioeconómica, algunas de las cuales parecen tener un componente “étnico” distintivo y alimentar (y alimentarse de) procesos de segregación espacial y agitación pública (Wacquant, 1993a). La segunda es la irrupción y diseminación de ideologías y tensiones etnorraciales o xenófobas como consecuencia del aumento simultáneo de la desocupación persistente y el asentamiento de poblaciones inmigrantes antes consideradas como trabajadores de residencia temporaria.

Las estructuras de esta “nueva pobreza” (Marklund, 1990) distan de estar plenamente dilucidadas, pero sus manifestaciones empíricas exhiben una serie de notorios factores comunes que superan las fronteras nacionales. El desempleo de larga data o la actividad ocupacional precaria, la acumulación de múltiples privaciones en los mismos hogares y barrios, el achicamiento de las redes sociales y el aflojamiento de los lazos sociales, y la dificultad de las formas tradicionales de seguro

social y asistencia pública para remediar o poner un freno a las penurias y el aislamiento: todas estas situaciones pueden observarse, en grados diversos, en todas las sociedades avanzadas.¹ De manera similar, a lo ancho y lo largo del continente existe hoy una preocupación creciente por el desarrollo del “racismo europeo” y se renuevan las teorías sobre sus vinculaciones históricas o funcionales con la inmigración, la crisis del orden nacional y diversas facetas de la actual transición económica posfordista (por ejemplo, Balibar, 1991; Miles, 1992; Wiewiorka, 1992).

La coincidencia de nuevas formas de exclusión urbana con la rivalidad y la segregación etnoraciales dio credibilidad, *prima facie*, a la idea de que la pobreza europea se está “norteamericanizando”. De allí que muchos análisis europeos (aunque de ningún modo todos) recurrieran a los Estados Unidos en busca de ayuda analítica, en un esfuerzo por descifrar la degradación actual de las condiciones y las relaciones urbanas en sus respectivos países. Se ha producido así la difusión transatlántica de conceptos, modelos y a veces teorías listas para usar de las ciencias sociales norteamericanas recientes (y no tan recientes).² Esto es visible en la preocupada y confusa discusión pública en Francia –y en otros países, como Bélgica, Alemania e Italia– sobre la presunta formación de “guetos” de inmigrantes en barriadas obreras deterioradas que albergan grandes zonas

1. Para una muestra de las discusiones sobre la “nueva pobreza” en Inglaterra, Francia, Italia y Holanda respectivamente, véanse Townsend *et al.* (1987), Paugam (1991), Mingione (1991) y Engbersen (1989).

2. Por ejemplo, en Francia se puso muy de moda en algunos sectores la primera escuela de Chicago (como lo testimonia la traducción de *The Ghetto*, de Wirth, y de una selección de escritos de los padres de la ecología urbana), a pesar del hecho de que su paradigma es considerado casi unánimemente como obsoleto luego de las críticas teóricas devastadoras que se le hicieron en las dos últimas décadas (Gottdiener y Feagin, 1988).

de viviendas para personas de bajos ingresos, conocidas como *cités*. También puede constatarse en la difusión de la noción de infraclase [*underclass*] en Gran Bretaña y su ingreso de contrabando en Holanda para abordar las tensiones suscitadas en la ciudadanía por la concatenación emergente de desempleo, discriminación étnica y decadencia barrial.³ Sin embargo, esos préstamos conceptuales se levantan en terrenos analíticos movedizos, en la medida en que suponen exactamente lo que es necesario establecer: a saber, que el lenguaje conceptual norteamericano de las “relaciones de razas” tiene respaldo en las realidades urbanas de Europa; dejamos a un lado la cuestión de si las categorías convencionales estadounidenses (o conceptos más novedosos como la noción de infraclase, en gran medida mítica) tienen, para empezar, alguna capacidad analítica en su propio terreno.

La mejor manera de contestar esta pregunta, o al menos de reformularla productivamente, es hacer una comparación transnacional sistemática y empíricamente fundada de las formas contemporáneas de desigualdad urbana y exclusión etnorracial y de clase que: a) no presuponga que el aparato analítico elaborado en un continente debe imponerse en su totalidad al otro y sea sensible al hecho de que todas las herramientas conceptuales “nacionales” incorporan supuestos sociales, políticos y morales específicos que reflejan la historia particular de la sociedad y el Estado en cada país; b) preste una atención coherente a los significados y las experiencias vividas de inmovilidad y

3. Con respecto al turbulento debate sobre los “guetos” en Francia, consúltense, por ejemplo, Vieillard-Baron (1987), Touraine (1991) y Désir (1992), y véase Wacquant (1992c) para una sinopsis; en Wacquant (1992a y 1992b) se encontrará una crítica detallada de este “pánico moral”. Pueden hallarse discusiones sobre la infraclase en Gran Bretaña y Holanda (un país en que el término significa a veces algo muy distinto de lo que implica en Estados Unidos) en Dahrendorf (1989) y Engbersen *et al.* (en prensa).

marginalidad social, y c) se empeñe firmemente en insertar las estrategias individuales y las trayectorias colectivas en la estructura social local, así como dentro del marco nacional más general del mercado y del Estado.

Este trabajo es parte de un intento más amplio de hacer ese aporte a una sociología comparativa a través de un análisis de las estructuras sociales y mentales de la exclusión urbana en el “cinturón negro” norteamericano y el “cinturón rojo” francés (Wacquant, 1992a, 1992b, 1993b). La expresión “cinturón negro” se usa aquí para referirse a los restos del “gueto negro” histórico (Clark, 1965) de las grandes metrópolis del nordeste y el medio oeste de Estados Unidos, es decir, los ruinosos enclaves raciales del núcleo metropolitano que dominaron las recientes discusiones públicas y académicas sobre la raza y la pobreza en Norteamérica.⁴ La expresión “cinturón rojo” no remite simplemente a los municipios del anillo exterior de París que constituyen (o constituyeron) el bastión histórico del Partido Comunista Francés sino, en términos más generales, al modo tradicional de organización de las “ciudades obreras” en Francia (Magri y Topalov, 1989), arraigadas gracias al empleo industrial masculino, una fuerte cultura obrerista y una conciencia de clase solidaria, y la incorporación cívica de la población a través de una densa red de organizaciones gremiales y municipales que generaban una integración estrecha del trabajo, el hogar y la vida pública. En esas barriadas obreras periféricas se han aliado las desigualdades y la agitación urbanas, para hacer de la cuestión de la *banlieue* el problema público tal vez más acuciante en la Francia de la década de 1980.⁵

4. Dejo deliberadamente a un lado la espinosa cuestión de si o, mejor, en qué sentido puede decirse que los barrios segregados negros, desde los vecindarios obreros hasta los de clase alta, son parte de un gueto o “hipergueto” reconfigurado, descentrado y espacialmente diferenciado.

5. Sobre la formación histórica del cinturón rojo, véase Stovall (1990);

El análisis que sigue utiliza datos de una diversidad de fuentes primarias y secundarias, y combina observaciones extraídas de censos, encuestas y estudios de campo del gueto norteamericano y la *banlieue* francesa. Por el lado francés, me concentro en la urbanización de La Courneuve, perteneciente al cinturón rojo, y su mal afamada concentración de viviendas públicas conocida como las *Quatre Mille* (por las casi cuatro mil unidades que la componían originalmente). La Courneuve es un antiguo suburbio del nordeste de París gobernado por los comunistas y con una población de 36.000 habitantes, situado a mitad de camino entre la capital de la nación y el aeropuerto Roissy-Charles de Gaulle, en medio de un declinante paisaje industrial densamente urbanizado. Por el lado norteamericano, el punto central de mi estudio es el gueto del South Side de Chicago, donde realicé un trabajo de campo etnográfico entre 1988 y 1991. El South Side es una zona irregular y totalmente negra con alrededor de 100.000 habitantes, la mayoría de los cuales son desocupados que viven por debajo de la “línea de pobreza” nacional oficial. En otro trabajo presenté una sociografía detallada de ambos lugares, que ponía de relieve una serie de rasgos y tendencias morfológicas paralelas.⁶ En síntesis, comprobé en ella que ambas localidades tenían una población declinante con

sobre su crisis y descomposición, Dubet y Lapeyronnie (1992). Jazouli (1992) relata el ascenso de la *banlieue* a la categoría de problema público. Breton (1983) propone una descripción desde adentro del clima característicamente obrerista de la vida y la cultura en el municipio de La Courneuve, muestra típica del cinturón rojo.

6. Véase Wacquant (1993b), donde se encontrará una discusión más detallada de los datos, el carácter comparable de las fuentes y una serie de importantes advertencias metodológicas y teóricas. Para un análisis de las raíces, significados y usos sociopolíticos de los nuevos discursos que se desarrollaron en torno de la así llamada infraclase por el lado norteamericano y la *banlieue* por el lado francés, véanse Wacquant (1992e, págs. 115-122) y Wacquant (1992b, págs. 82-87, y 1992a, págs. 28-30), respectivamente.

una estructura etaria y de clase asimétrica, caracterizada por una preponderancia de los jóvenes, los trabajadores manuales y el personal de servicio no calificado, y que albergaban grandes concentraciones de “minorías” (inmigrantes norafricanos por un lado, negros por el otro) que mostraban niveles inusualmente elevados de desocupación, causada por la desindustrialización y los cambios del mercado laboral. Esta comparación también sacó a la luz diferencias estructurales y ecológicas que sugieren que la declinante *banlieue* obrera francesa y el gueto negro norteamericano constituyen dos *formaciones socioespaciales diferentes*, producidas por distintas lógicas institucionales de segregación y agregación, y resultantes en niveles significativamente más altos de infortunio, pobreza y penurias en el gueto. Si simplificamos mucho las cosas, podemos decir que la exclusión actúa sobre la base del color y es reforzada por la clase y el Estado en el cinturón negro, pero principalmente sobre la base de la clase y mitigada por la acción estatal en el cinturón rojo (Wacquant, 1992b, págs. 98-99), con el resultado de que el primero es un universo racial y culturalmente homogéneo caracterizado por una densidad organizacional y penetración estatal bajas, mientras que el segundo es fundamentalmente heterogéneo en términos tanto de clase como de reclutamiento etnonacional, con una fuerte presencia de las instituciones públicas.

El objetivo de este artículo es dar carnadura a algunas de las invariantes y variaciones de las estructuras sociorganizacionales y cognitivas de la exclusión urbana, mediante el contraste de dos dimensiones de la vida diaria, preponderantes tanto en la *banlieue* francesa como en el gueto negro estadounidense, aunque, como veremos, con inflexiones, grados de urgencia y dinámicas sociopolíticas significativamente divergentes.⁷ La prime-

7. Un trabajo asociado, de próxima aparición, complementa este análisis con la comparación de la densidad y la diversidad organizacionales del cintu-

ra parte del trabajo aborda los poderosos estigmas territoriales que se asocian a la residencia en un área públicamente reconocida como un “vaciadero” para pobres, hogares obreros de movilidad descendente y grupos e individuos marginales. Con demasiada frecuencia, la pobreza se asimila (erróneamente) a la falta de bienes materiales o los ingresos insuficientes. Pero, además de estar privado de condiciones y medios de vida adecuados, ser pobre en una sociedad rica entraña tener el status de una *anomalía social* y carecer de control sobre la representación e identidad colectivas propias: el análisis de la mancha pública en el gueto norteamericano y la periferia urbana francesa sirve para destacar la *desposesión simbólica* que transforma a sus habitantes en verdaderos parias sociales. La segunda parte del trabajo aborda la cuestión de las divisiones y las bases sociales de conflicto que actúan en los barrios estigmatizados de pobreza concentrada en Francia y Estados Unidos, y señala algunos de los factores que explican la falta de potencia social de las divisiones etnoraciales en el cinturón rojo, a pesar de su proliferación discursiva en la esfera pública.

Estigmatización territorial: su experiencia y sus efectos

Cualquier sociología comparativa de la “nueva” pobreza urbana en las sociedades avanzadas debe comenzar con la mención del *poderoso estigma asociado a la residencia en los espacios restringidos y segregados*, los “barrios de exilio”⁸ en

rón rojo y el cinturón negro, y la observación del impacto diferencial de la delincuencia y la violencia callejera en el espacio público y las relaciones urbanas en estos dos marcos urbanos.

8. Tomamos en préstamo el título de un estudio reciente de las *banlieues* francesas hecho por François Dubet y Didier Lapeyronnie (1992, pág. 114), quienes escriben: “El mundo de las *cités* está dominado por un sentimiento de

que quedan cada vez más relegadas las poblaciones marginadas o condenadas a la superfluidad por la reorganización posfordista de la economía y del Estado. No sólo porque es posiblemente la característica más saliente de la experiencia de vida de quienes son instalados o quedan atrapados en esas áreas, sino también porque este estigma contribuye a explicar ciertas similitudes en sus estrategias de enfrentamiento o escape y, con ello, muchos de los factores comunes transnacionales de superficie que dieron una validez aparente a la idea de una convergencia transatlántica entre los “regímenes de la pobreza” de Europa y Estados Unidos.

“Esto es como una peste”

Por constituir el sector más bajo de los complejos de viviendas públicas de la nación, haber sufrido una constante decadencia material y demográfica desde su construcción a mediados de la década de 1960, y haber recibido una vigorosa afluencia de familias extranjeras desde mediados de la década de 1970 en adelante (Barrou, 1992), las *cités* de la periferia urbana francesa padecen una imagen pública negativa que las asocia instantáneamente con la delincuencia, la inmigración y la inseguridad sin freno. Tanto es así que sus residentes, así como quienes no viven en ellas, las llaman casi universalmente... “pequeñas Chicagos”.⁹ Vivir en una urbanización del cinturón rojo para

exclusión que se manifiesta, ante todo, en los temas de la reputación y el desprecio. Las diversas *cités* están jerarquizadas en una escala de infamia que afecta todos sus aspectos [...] y a cada uno de sus residentes. Existe un verdadero estigma de las *cités*”.

9. Véanse, por ejemplo, Dubet (1987, pág. 75), Lae y Murard (1985, págs. 7-8) y Dubet y Lapeyronnie (1992, pág. 115). Bachmann y Basier (1989, págs. 86, 97) inician su estudio de la imagen de La Courneuve a ojos del público con un capítulo titulado “Chicago, Varsovia, Nueva Delhi, La Courneuve”.

personas de bajos ingresos significa estar confinado en un espacio marcado a fuego, un ámbito mancillado que se experimenta como una “trampa” (Pialoux, 1979, págs. 19-20; Bachmann y Basier, 1989). Así, los medios y los propios residentes se refieren rutinariamente a las Quatre Mille como un “vaciadero”, “el basurero de París” y hasta una “reservación” (Avery, 1987, pág. 13), muy lejos de la designación burocrática oficial de “barrio sensible” usada por los funcionarios públicos a cargo del programa estatal de renovación urbana. En años recientes, la mala prensa de la estigmatización aumentó de manera pronunciada con la irrupción de discursos sobre la presunta formación de las llamadas *cités guetos*, ampliamente (mal) representadas como bolsones crecientes de pobreza y desorden “árabes”, sintomáticos de la incipiente “etnicización” del espacio urbano de Francia.

Habría que señalar, sin embargo, que las Quatre Mille no existen *como tales* en las percepciones de sus residentes. Las taxonomías autóctonas que éstos usan para organizar su rutina diaria distinguen numerosas subunidades dentro de la gran urbanización, que en esencia sólo tiene una existencia administrativa y simbólica, aunque con consecuencias reales. Lo que desde afuera parece un conjunto monolítico es visto por sus miembros como un cúmulo sutilmente diferenciado de “micro-localidades”: las del sector norte del complejo, en particular, no quieren tener nada que ver con sus contrapartes de la sección sur, a las que consideran “maleantes” (*racaille* o *caillera* en el

ve”. En él mencionan que, ya en 1971, el ex dueño del por entonces único cine de la ciudad suscitó las iras de muchos al comparar públicamente a La Courneuve con Chicago. En 1983, los policías de la comuna consideraron necesario recordar explícitamente a los periodistas que “La Courneuve no es Chicago, no exageremos”. Otras dos etiquetas comúnmente usadas para señalar la degradación y la presunta peligrosidad de las *cités* francesas son “Harlem” y “el Bronx”.

argot de la juventud del lugar), y a la inversa. “Para los residentes de las Quatre Mille, cambiar de edificio significa a veces cambiar de vida” (Bachmann y Basier, 1989, pág. 46; véase también Dulong y Paperman, 1992). No obstante, lo cierto es que los moradores de las *cités* tienen una vívida conciencia de estar “exiliados” en un espacio degradado que los descalifica colectivamente (Pétonnet, 1979, pág. 211). Rachid, un ex residente del complejo, da una virulenta expresión a esa sensación de indignidad cuando se le pregunta sobre la eventualidad de volver al lugar: “Para nosotros, regresar allí sería como volver a ser insultados. Las Quatre Mille son un insulto. [...] Mucha gente siente las Quatre Mille como una vergüenza”. Cuando el entrevistador inquiriere sobre la posibilidad de salvar el proyecto habitacional mediante una renovación, su respuesta no es menos contundente:

Renovarlo es participar en la vergüenza. Si usted acepta intervenir en ese juego, en cierto modo está respaldando la vergüenza. Hemos llegado a un punto sin retorno en el que no hay otra solución que arrasar con todo. Además, la gente de aquí coincide en que hay una sola solución: “Hacerlo volar”. Vaya y pregúnteles. [...] Cuando uno no se siente bien adentro, cuando no se siente bien afuera, cuando no consigue trabajo y nada le funciona, entonces empieza a romper cosas, así es la situación. Esa mierda que hacen tratando de arreglar los incineradores de basura y los vestíbulos de entrada, la pintura, todo es inútil: lo van a romper en dos minutos. Es estúpido. El problema es todo el asunto. [...] Hay que arrasar con todo. (Citado en Euvremer y Euvremer, 1985, págs. 8-9.)

Para Sali, otro joven norafricano de las Quatre Mille, el complejo es “un monstruoso universo” que sus habitantes ven como un instrumento de confinamiento social: “Es una cárcel. Ellos [los residentes de segunda generación] están en la cárcel, los engañaron realmente bien, así que cuando se juntan empie-

zan a darles patadas de karate a los buzones y revientan todo. Es muy fácil de entender” (*ibid.*, pág. 9; véase también Bourdieu, 1991, págs. 12-13). La violencia verbal de estos jóvenes, así como el vandalismo al que aluden, deben entenderse como una respuesta a la violencia socioeconómica y simbólica a la que se sienten sometidos por estar relegados de ese modo en un lugar denigrado. No es sorprendente que entre ellos haya una gran desconfianza y amargura con respecto a la capacidad de las instituciones políticas y la disposición de los dirigentes locales a solucionar el problema (Aichoune, 1991; Jazouli, 1992).

Para los residentes de la *cit * resulta muy poco probable pasar por alto el desprecio de que son objeto, dado que la mancha social de vivir en un complejo habitacional para personas de bajos ingresos, que ha llegado a asociarse estrechamente con la pobreza, el delito y la degradación moral, afecta todos los ámbitos de la existencia, ya se trate de la búsqueda de trabajo o de aventuras románticas, el trato con organismos de control social como la policía o los servicios de bienestar social, o simplemente la charla con conocidos. Los residentes de las Quatre Mille se apresuran a atribuir los males de su vida al hecho de haberse quedado “pegados” a un complejo habitacional “podrido” que llegan a percibir a través de una serie de oposiciones homol gicas (*cit /ciudad*, nosotros/ellos, adentro/afuera, bajo/alto, salvaje/civilizado) que reproducen y respaldan el juicio derogatorio de los de afuera.¹⁰ Cuando se les pregunta su dirección, muchos de “los que trabajan en París dicen vagamente que viven en los suburbios del norte” (Avery, 1987, pág. 22),

10. “ Por qué nos mandan a la cárcel? Por la *cit *, uno se siente inferior a los demás, no es como los otros: ellos tienen amigos en la ciudad, fiestas, una casa limpia en la que si hacen algo el agua no entra, las paredes no se vienen abajo. Cuando uno viene de la *cit *, enseguida tiene una reputación. Mientras la gente no sepa de dónde vienes est  todo bien, pero cuando se enteran, te sientes avergonzado, no te animas a hablar” (citado en Pialoux, 1979, pág. 23).

en vez de revelar su domicilio en La Courneuve. Cuando piden un taxi, algunos suelen caminar hasta la comisaría cercana para evitar la humillación de que los recojan en las puertas de su edificio. Los padres advierten a sus hijas que no salgan con “tipos de las Quatre Mille”.¹¹

La discriminación residencial obstaculiza la búsqueda de trabajo y contribuye a afianzar la desocupación local, dado que los habitantes de las Quatre Mille se topan con mayor desconfianza y reticencia entre los empleadores tan pronto como mencionan su domicilio. Un portero de la *cit * relata un incidente t pico en el que ayudó a nuevos inquilinos a ponerse en contacto telefónico con empresas, sólo para que le dijeran que no había ningún puesto vacante cada vez que revelaba desde dónde hablaba: “Esto es como una peste”, dice disgustado (en Bachmann y Basier, 1989, pág. 54).¹² La estigmatización territorial

11. En todas las *banlieues* existe una fina gradación jerárquica de desprestigio entre los diversos complejos, cuya manipulación exige un diestro manejo de la estigmatización. Un joven de una *cit * del norte de Francia relata lo siguiente (en Bourdieu, 1991, pág. 11): “Es gracioso cuando hablas con chicas que, supongamos, viven en una *cit * que es un poco más limpia, más [...]. Les dices ‘yo vivo en la Roseraie’ [...] y se van, es así. Por eso no es bueno. Después tienes que hablarles fuerte”. Su amigo agrega: “Piensan que eres un criminal”.

12. Este criterio de discriminación no es un fenómeno de la década del ochenta; es virtualmente coextenso con la existencia de las *cités*, como lo not  Colette Pétonnet (1982, pág. 147) en un trabajo de campo realizado a principios de los años setenta: “Tenderos y patrones demuestran renuencia ante una población cuya reputación se difunde y se carga de un contenido miserable y vil. Los jóvenes se quejan: ‘No podemos encontrar ningún trabajo. Apenas decimos que vivimos all , ése acabó! El patrón contesta: le escribiremos más adelante’”. Pialoux (1979, pág. 22) hizo observaciones similares en otra comuna del cinturón rojo a fines de la década del setenta: “Los chicos de la *cit * estamos aparte [*  part*], es lo mismo para el trabajo: en T., si les hablas de la *cit *, te dan una patada y te ponen en la calle. Yo ya no digo *cit * de C., digo avenida S., número 70. Hasta en París conocen la *cit * de C”.

afecta las interacciones no sólo con los empleadores sino también con la policía, los tribunales y las burocracias de bienestar social de contacto más cercano, todos los cuales son especialmente susceptibles de modificar su conducta y sus procedimientos cuando están ante un residente de una *cit * degradada. “Todos los jóvenes hablan del cambio de actitud de la policía cuando ésta averigua sus domicilios durante los controles de identidad” (Dubet, 1987, pág. 75), porque ser de una *cit * trae aparejada una sospecha automática de desviación, si no de franca culpabilidad. Un estudiante secundario cuenta lo que pasó cuando lo pararon unos guardas del subte de París: “Mostramos los documentos de identidad. Cuando vieron que éramos de las Quatre Mille,  le juro!, se pusieron [...] pálidos” (en Bachmann y Basier, 1989, pág. 65).

“La gente realmente te mira con desprecio”

En Estados Unidos, el gueto negro tiene una posición similar como símbolo nacional de la “patología” urbana, y su deterioro acelerado desde los levantamientos raciales de mediados de la década de 1960 se considera en vastos círculos como la prueba incontrovertible de la disolución moral, la depravación cultural y las deficiencias de conducta de sus habitantes.¹³ Los informes

13. Característicamente, las personas ajenas al gueto lo ven “como un lugar misterioso e insondable, propicio para las drogas, el delito, la prostitución, las madres solteras, la ignorancia y la enfermedad mental” (Anderson, 1991, pág. 167). Para los blancos étnicos de Brooklyn, el gueto cercano es una realidad opaca y malvada de la que hay que huir, una “selva infestada de ‘animales’ de piel oscura cuya sexualidad salvaje y familias rotas desafian todas las ideas de conducta civilizada. [...] “Roban, no tienen valores [...]. Es la forma en que viven. Viven como animales” (Rieder, 1985, págs. 25, 26). En Banfield (1970), Jencks y Peterson (1991, por ejemplo págs. 3, 96, 155-156) y Mead (1992), entre otros, se encontrarán versiones académicas más o menos eufem sticas de este punto de vista.

periodísticos y las teorías (pseudo)académicas que han proliferado en procura de explicar el presunto surgimiento de una así llamada infraclase en medio del gueto no hicieron más que acelerar la *demonización del (sub)proletariado negro urbano*, al apartarlo simbólicamente de la clase obrera “meritoria” y oscurecer –y con ello legitimar retrospectivamente– las políticas estatales de abandono urbano y contención punitiva responsables de su deslizamiento descendente (Wacquant, 1992d, págs. 115-122, y 1992e; véanse también Katz, 1989; Gans, 1992).

En nuestros días, el hecho de vivir en el cinturón negro histórico de Chicago implica una presunción automática de indignidad social e inferioridad moral que se traduce en una aguda conciencia de la degradación simbólica asociada al confinamiento en un universo aborrecido y menospreciado.¹⁴ Un estudiante de un colegio secundario profesional del South Side proclama de este modo la sensación de estar cercenado y expulsado de la sociedad en general: “La gente realmente te mira con desprecio por ser de donde eres y quién eres. No quieren tener nada que ver contigo. [...] Puedes asegurar que cuando vas a algún lugar, la gente te mira como si estuvieras loco o algo así” (en Duncan, 1987, pág. 63).

La difamación del gueto se inscribe en principio en los datos en bruto de su ruina física y de la separación e inferioridad masiva de las instituciones residentes, ya se trate de escuelas públicas, organismos sociales, servicios municipales, asociaciones vecinales o establecimientos financieros y comerciales (Wacquant, 1992d; Orfield, 1985; Monroe y Goldman, 1988). Se ve constantemente reafirmada por las actitudes desconfiadas y depreciativas de los agentes externos: bancos, compañías de segu-

14. Como prueba de que esta situación no es exclusiva del gueto de Chicago, véase Wilkinson (1992, en especial págs. 78-88), un perceptivo informe etnográfico de la estigmatización territorial en un complejo de viviendas públicas para negros y portorriqueños en Roxbury, Boston.

ros, taxis, camiones de reparto y otros servicios comerciales evitan el cinturón negro o sólo se aventuran en él con mucha cautela; parientes y amigos son reacios a hacer visitas. “La verdad es que los amigos de otros lugares no quieren venir aquí. Y uno mismo no invitaría a venir a gente inteligente: hay pintadas y escritos en las paredes, porquerías, de todo”, dice una madre desocupada con tres hijos que vive en un complejo del West Side. Los niños y las mujeres que residen en viviendas públicas de las áreas céntricas deprimidas [*inner city*] tienen dificultades para establecer lazos personales con la gente de afuera, una vez que ésta se entera de su lugar de residencia (Kotlowitz, 1991).

Desmond Avery (1987, pág. 29), que vivió tanto en el complejo Cabrini Green de Chicago como en las Quatre Mille, señala que la discriminación residencial es al menos tan preponderante en la Ciudad Ventosa* como en la periferia parisina. Los moradores del gueto son bien conscientes de que el hecho de vivir en un sector estigmatizado de la ciudad significa una penalización en el mercado laboral: “Tu dirección es una *marca para los empleos*”. Residir en el South Side, y más aún en un complejo de viviendas públicas cuyo nombre se ha convertido virtualmente en epónimo de “violencia y depravación”, es otro obstáculo más en la ardua búsqueda de trabajo. Una mujer desocupada que vive en la desacreditada urbanización Cabrini Green señala: “Se supone que es discriminación, pero ellos se las arreglan para hacerlo, sabe. Sí, es importante dónde vives. Los patrones se dan cuenta, se dan cuenta de las direcciones; cuando la solicitud pasa a personal, ven el domicilio y dicen [tono preocupado]: ‘¡Ah, usted es de *allí!*’”.

Más allá de la mirada desdeñosa de los de afuera y de la realidad de una participación vedada en las instituciones normales de la sociedad, la situación cabalmente deprimida de la econo-

* Denominación popular con la que se conoce a Chicago [n. del t.].

mía y la ecología locales ejerce un *efecto de desmoralización* penetrante en los residentes del gueto. A decir verdad, las palabras “deprimente” y “desalentador” aparecen una y otra vez en las descripciones que ellos hacen de su entorno. Por otra parte, dos tercios de los habitantes del South Side y el West Side de Chicago suponen que en el futuro cercano sus barrios van a seguir en el mismo estado ruinoso o van a deteriorarse aún más; el único camino al progreso es mudarse de ellos, cosa a la cual casi todos aspiran. La posibilidad de acumular recursos para preparar una movilidad ascendente se ve aún más erosionada por la naturaleza depredadora de las relaciones entre los residentes y la presión en favor de la uniformidad social que se ejerce sobre quienes tratan de elevarse por encima del nivel de pobreza común a la mayoría de los habitantes del área: “No van a dejar que uno salga adelante. Le roban, lo desvalijan y toda esa clase de cosas”, se lamenta un operador de máquinas que vive en un extremo del South Side. Dada la incidencia excesiva de los delitos violentos (Wacquant, 1992e, págs. 106-109), vivir en un barrio del gueto también entraña un riesgo físico significativo y, como corolario, altos niveles de estrés psíquico que tienden a “arrastrar hacia abajo” y “agotar”. No es de sorprender que en el cinturón negro la existencia esté imbuida de una sensación de abatimiento y fatalidad, un *fatum* social que obstruye la visión del futuro y parece condenar a una vida de fracaso y rechazo constantes (Monroe y Goldman, 1988, págs. 158-159, 273; Kotlowitz, 1991; Wacquant, 1992f, en especial págs. 56-58).

De la estigmatización social a la “desorganización” social¹⁵

De manera paradójica, la carga de la experiencia de estigmatización territorial pesa más sobre los residentes de la *ban-*

15. Usamos las comillas para indicar que el término “desorganización”

lieue francesa que sobre sus pares del gueto estadounidense, a pesar de que éste constituye un medio ambiente considerablemente más desolado y opresivo (Wacquant, 1992a). Tres factores contribuyen a explicar esta aparente disyunción entre las condiciones objetivas y la (in)tolerancia subjetiva de quienes se mueven en ellas. En primer lugar, la idea misma de relegación en un espacio separado de *inferioridad e inmovilidad sociales institucionalizadas* representa una violación flagrante de la ideología francesa de una ciudadanía y participación unitarias en la comunidad nacional, una ideología plenamente abrazada y enérgicamente invocada por los jóvenes del cinturón rojo, en especial los inmigrantes de segunda generación de orígenes no-rafricanos en sus protestas y marchas callejeras de la década pasada (Jazouli, 1992).¹⁶ En contraste, la línea de color de la que el gueto negro es la expresión institucional más visible es-

pretende indicar aquí, simplemente, la *tendencia sociófuga* de las estrategias sociales y sus *efectos de desolidarización*, y *DE NINGÚN MODO* la idea de que la *banlieue* francesa y el gueto norteamericano padecen una “desorganización social” tal como la escuela de Chicago (por ejemplo Wirth, 1964, págs. 44-49) interpretó (normativamente) esta noción, que desde entonces adoptaron los investigadores de la pobreza como premisa incuestionada de sus investigaciones de campo. Como lo demostré mediante un denso análisis “de nivel cero” de la cosmovisión y las estrategias cotidianas de supervivencia de un “buscavidas” [“*hustler*”] callejero profesional del South Side de Chicago, el gueto contiene un orden social específico—muy bajo en recursos, muy elevado en depredadores sociales, racialmente separado y mantenido institucionalmente al margen mediante el funcionamiento de rutina del Estado y el mercado— en el que la entropía social observable tiene como base patrones que son distintivamente sistémicos y muy predecibles a pesar de su irregularidad superficial (Wacquant, 1992f, en especial págs. 47-50).

16. Esto se debe a su rápida asimilación cultural a la sociedad francesa, la ausencia de todo lenguaje de etnicidad creíble en el repertorio discursivo del país (Lapeyronnie, 1987; Wacquant, 1992c) y, última ironía (o venganza) de la historia, su persistente creencia en la capacidad “civilizadora” universalista del sistema escolar francés, heredada de la era colonial.

tá tan arraigada en la configuración del paisaje urbano norteamericano que se ha convertido en parte del *orden de las cosas*: la división racial es un componente de la organización de la economía, la sociedad y el gobierno metropolitanos que se da completamente por sentado.¹⁷ Segundo, los residentes del gueto estadounidense son más propensos que sus pares de las *cités* francesas a abrazar una ideología muy individualista de logros personales. Muchos —si no todos— adhieren a una visión darwinista social que sostiene que la posición social refleja en última instancia la valía moral y los esfuerzos personales de cada uno, de modo que, a largo plazo, nadie puede ser coherentemente impedido por su lugar de residencia.¹⁸

Una tercera y más crucial diferencia entre el cinturón rojo y

17. Numerosas teorías académicas (empezando con el paradigma ecológico de la primera escuela de Chicago) han apoyado esta perspectiva presentando la formación y persistencia de barrios étnico-raciales segregados y con límites bien marcados como productos “naturales” del “ciclo de relaciones raciales” y otras dinámicas urbanas presuntamente universales que son, de hecho, muy específicas de la sociedad norteamericana. La demanda de “reconstruir las áreas céntricas deprimidas de la ciudad” (en vez de *disolverlas*), planteada por políticos progresistas y dirigentes de minorías después de cada gran disturbio urbano (como el levantamiento en el centro-sur de Los Angeles en mayo de 1992), revela hasta qué punto la segmentación racial de la ciudad se considera un dato inexorable.

18. Este punto de vista está en armonía con la creencia norteamericana dominante sobre la desigualdad y la oportunidad en general (Kluegel y Smith, 1986, capítulo 3). Duncan (1987, pág. 89) muestra que los residentes del gueto de Kenwood, en el South Side, evalúan sus éxitos y fracasos casi exclusivamente en términos personales. Uno de mis informantes de Woodlawn da una formulación hiperbólica de esta concepción: “Bueno, en este país puede sobrevivir todo el mundo. Hay mucha comida por todos lados. Uno puede sacar las latas de conserva de la basura o ir a un restaurante a pedir las sobras. *Si en este país alguien se muere de hambre, quiere decir que algo le falla. A lo mejor es débil y no merece sobrevivir*”. Las investigaciones mostraron una y otra vez que “los mismos pobres sostienen a menudo las concepciones erróneas de clase media sobre su motivación” (Williamson, 1974, pág. 634).

el cinturón negro radica en la naturaleza de los estigmas que traen aparejados: en el primero son sólo residenciales, pero conjunta e inseparablemente *espaciales y raciales* en el segundo. La *banlieue* francesa no es más que una entidad territorial que además contiene una población mixta y multiétnica; a los habitantes de las Quatre Mille o cualquier otra *cit * les basta con ocultar su domicilio para “pasar” a la sociedad más general. Ningún marcador físico o cultural de fácil percepción los señala como miembros del cinturón rojo, y el uso de sencillas técnicas de “manejo de la impresión” (Goffman, 1963) les posibilita quitarse el estigma, aunque sólo sea temporariamente. Así, los adolescentes de las *banlieues* parisinas pobres van habitualmente a “vagar” por los distritos distinguidos de la capital para escapar de sus barrios y excitar sus sentidos. Al atravesar espacios que simbolizan y contienen la vida de clases más altas, pueden vivir durante algunas horas una fantasía de inclusión social y participar, aunque por poder, en la sociedad más amplia (Calogirou, 1989, págs. 64-69). Este “cambio de conciencia” hace más intolerable la idea de exclusión permanente y el status de paria asociado al establecimiento en una *cit * degradada.

Los residentes del cinturón negro norteamericano no pueden darse el lujo de este “contexto de conciencia” dual. En efecto, el gueto no es simplemente una entidad espacial o una mera agregación de familias pobres enviadas al fondo de la estructura de clases: es una *formación exclusivamente racial* que produce una red, vasta como la sociedad, de asociaciones materiales y simbólicas entre color, lugar y una multitud de propiedades sociales de valoración negativa (Pettigrew, 1971, págs. 91-92, 179-182). El hecho de que el color sea un marcador de identidad y un principio de visión y división de acceso inmediato para la interpretación y el uso en el espacio y la interacción públicos (Feagin, 1991) hace casi imposible que los moradores de las áreas céntricas deprimidas de las ciudades se liberen del estigma aso-

ciado a la residencia en el gueto.¹⁹ Por ejemplo, no pueden cruzar casualmente a los barrios blancos adyacentes porque en ellos “la vista de un joven negro evoca la imagen de alguien peligroso, destructivo o desviado” (Monroe y Goldman, 1989, pág. 27; Anderson, 1991, en especial págs. 163-167), de modo que muy pronto la policía los seguirá y parará, e incluso los acosará sistemáticamente. Los negros de los guetos de Estados Unidos padecen una *estigmatización conjugada*: acumulan el capital simbólico negativo asociado al color y a su confinamiento en un territorio específico, reservado e inferior, en sí mismo devaluado por ser tanto el depósito de los elementos de la clase más baja de la sociedad como una reservación social. En una sociedad de divisiones raciales como Estados Unidos, donde todas las esferas de la vida están completamente codificadas por el color, y dadas las escasas posibilidades de escapar del gueto, lo mejor es hacer de necesidad virtud y aprender a vivir con un estigma que es a la vez ilegítimo e inaceptable para los jóvenes trabajadores franceses de las *cités* del cinturón rojo.

No obstante, el principal *efecto* de la estigmatización es similar en ambos países: consiste en estimular prácticas de diferenciación y distanciamiento sociales internos que contribuyen a reducir la confianza interpersonal y socavar la solidaridad social local. Para recuperar algo de dignidad y reafirmar la legitimidad de su status a los ojos de la sociedad, los residentes de la *cité* y el gueto suelen destacar en exceso su valor moral como individuos (o como integrantes de una familia) y adhieren al

19. En términos más generales, a menos que compensen su bajo status de casta con una muestra exterior competente de los símbolos de la cultura de clase media (blanca), se presume por definición que los negros son siempre moradores de los guetos y de clase baja. Como escribe Lewis Killian (1990, pág. 10): “Para la mayoría de los blancos, aceptar realmente a los negros como residentes de sus barrios parece significar que mañana estarán ante sus puertas los drogadictos del gueto beneficiarios de la seguridad social”.

discurso dominante de denuncia de quienes “se benefician” sin merecerlo con los programas de asistencia social, “*faux pauvres*” y “tramposos de la seguridad social”. Es como si sólo pudieran ganar en valor devaluando su barrio y a sus vecinos. También adoptan una diversidad de estrategias de distinción y retraimiento sociales que coinciden en socavar la cohesión vecinal. Dichas estrategias asumen tres formas principales: la evitación mutua, la reconstitución y la elaboración de “infradiferencias” o microjerarquías y el desvío del oprobio público hacia chivos expiatorios tan notorios como las “familias problemáticas” y los extranjeros o los vendedores de drogas y las madres solteras.²⁰ En la *cit e* francesa, los residentes suelen insistir en que s olo est an all ı “por accidente” y se quejan del despido de recursos p ublicos asignados a quienes, “al contrario de ellos”, no necesitan una genuina asistencia. De manera similar, en el gueto de Chicago sus residentes rechazan pertenecer al barrio como una red de conocimientos e intercambios mutuos y se empeñan por marcharse de lo que saben un lugar y una poblaci on de mala fama. Esta enfermera de cuarenta y un años del vecindario de North Lawndale, uno de los m as aban-

20. En Paugam (1991, p ags. 193-205) se encontraría una convincente discusi on de estas estrategias. Aqu ı podr ıan traerse a colaci on muchas citas. Una bastaría: “En este mundo de homogeneidad social negativa, la manipulaci on de chismes apunta a ‘supercategorizarse’ y a ‘subcategorizar’ a los otros. [...] De acuerdo con el discurso dominante, los extranjeros son responsables de la degradaci on del barrio, del delito y de la falta de trabajo [...] y de la desvalorizaci on y estigmatizaci on de la *cit e*. [...] La negaci on imaginaria de las relaciones de vecindad se convierte en una necesidad”, lo mismo que “la estigmatizaci on de los otros por su escasa educaci on y la exageraci on de las propias aptitudes educativas. Es crucial demostrar que uno adhiere a las normas dominantes”, lo cual conduce a establecer la “m axima distancia posible entre uno mismo y otras familias” (Calogirou, 1989, p ags. 17, 21-22, 41). Sobre este punto, v eanse tambi en P etonnet (1979, p ags. 220-234), Gwaltney (1980, p ags. 121-126), Kotlowitz (1991) y Wilkinson (1992).

donados de la ciudad, ubicado en el West Side, habla por muchos de sus pares, tanto del cinturón negro como del cinturón rojo, cuando dice: “Diablos, no sé qué hace la gente [de por aquí], supongo que en gran parte me las arreglo sola. No me relaciono con la gente del barrio; quiero decir, les hablo, pero en cuanto a saber en qué andan, no lo sé”.

En síntesis, los residentes de la *cit * francesa y el gueto norteamericano forman una *comunidad imposible*, perpetuamente divididos entre sí: no pueden si no negarse a reconocer la naturaleza colectiva de sus aprietos y, en consecuencia, se inclinan a desplegar estrategias de distanciamiento y “salida” que tienden a confirmar las percepciones exteriores negativas y alimentan una mortal profecía autocumplida gracias a la cual la manchilla pública y el oprobio colectivo *producen*, en definitiva, lo que afirman simplemente *registrar*: atomismo social, “desorganización” comunitaria y anomia cultural.

Visión y división sociales en el gueto y la cit 

Hemos visto que el nexo entre estigma territorial, inseguridad y abandono público es muy característico del cinturón negro en virtud del aislamiento racial padecido por los negros norteamericanos. Esta situación se refleja en la conciencia de casta y los cortes que estructuran la vida en el gueto, donde la división entre negros y blancos es omniabarcativa. En el cinturón rojo parisino, en contraste, la oposición dominante no enfrenta a residentes franceses nativos e inmigrantes sino a los jóvenes contra todos los demás. Aunque los extranjeros y en especial las familias de origen norafricano se han concentrado más en las *cités* del cinturón rojo periférico desde el cierre de la inmigración legal en 1974, la *banlieue* francesa sigue siendo un universo extremadamente heterogéneo en el que las categorías raciales o étnicas tienen poco vigor social.

Apartheid norteamericano y conciencia racial escindida

Como resultado de la experiencia histórica de dos siglos de esclavitud, seguidos por un siglo de separación racial casi total y múltiples formas de discriminación, muchas de las cuales persisten en el presente, los afroamericanos han forjado una rica cultura expresiva que les proporciona un conjunto distintivo de prácticas, modismos y signos mediante los que se construyen a sí mismos y dan sentido al mundo que los rodea (Levine, 1977; Jones, 1985; Abrahams, 1970).²¹ Estados Unidos también goza de singularidad por tener lo que Orlando Patterson (1972, pág. 28) llama un “sistema racial clasificatorio” en el que “cualquiera que no sea completamente blanco y tenga la más mínima huella de ascendencia negra es considerado negro”. La aplicación estricta de esta regla de “hipodescendencia” bloqueó el surgimiento de una categoría mixta o mulata socialmente reconocida, a pesar de la difundida mezcla genética de las poblaciones blanca y negra, lo que resulta en una división infranqueable entre ellas. Como cabría esperar, la raza constituye el eje en torno del cual gira la matriz cultural afroamericana. El límite racial inflexible y dicotómico que los blancos impusieron a los negros en toda la sociedad, muy visible en la persistente segregación espacial entre las “razas” y los índices extraordinaria-

21. El hecho de que la cultura afroamericana, que mezcla elementos del viejo y del nuevo mundo, haya permanecido durante mucho tiempo “históricamente sin expresión por parte de los eruditos” (Levine, 1977, pág. ix) y siga siendo groseramente malentendida (si no negada por completo) por los analistas contemporáneos que adhieren a anticuadas concepciones funcionalistas de la cultura como un conjunto unitario de “normas y valores compartidos” o “adaptaciones” mecánicas a las condiciones objetivas, e incluso a modos positivistas de razonamiento que la reducen a una “variable” (cuyo “efecto” consiste en cierto modo en ser “parcializada” y ponderada —preferentemente de manera estadística— con respecto a las de “raza” y “espacio”), no obvia su existencia y capacidad de estructuración.

mente bajos de matrimonios interraciales, encuentra su expresión en formas de conciencia ancladas en una rígida oposición “nosotros/ellos” entre negros y blancos, que refleja las relaciones objetivas de casta que prevalecieron históricamente entre ellos.

En el gueto, la raza está inscrita en todas partes: en la objetividad del espacio y de las instituciones separadas e inferiores que entranpan a su población, y en la subjetividad de las categorías de percepción y juicio que sus residentes ponen en juego en sus conductas más rutinarias. En rigor de verdad, la conciencia del color es tan ubicua y difundida en el cinturón negro que ni siquiera hace falta mencionarla; a tal punto, que puede pasar inadvertida incluso a los observadores cuidadosos, justamente porque está incorporada a lo más hondo de lo que Alfred Schutz (1970) llama la “actitud natural” de la vida cotidiana.²² En el cinturón negro, las categorías raciales tienen una inmediatez y una generalidad que las erige en herramientas cognitivas decisivas. Por ejemplo, la primera característica de una persona que se transmite, aunque sea implícitamente, en las conversaciones mundanas es si se trata o no de un “hermano” o una “hermana”. El hecho de que la mayoría de los residentes del gueto tengan pocas oportunidades de interactuar en un plano individual con los blancos (y de manera creciente con los negros de clase media) aumenta aún más la omnipresencia perceptiva del color. Kotlowitz (1991, pág. 161) cuenta la historia de un niño que vivía en un complejo habitacional de Chicago y que, a los diez años, “empezó a preguntarse en voz alta qué era ser negro. ‘¿Todos los negros viven en complejos?’, preguntaba a su madre. ‘¿Todos los negros son pobres?’” Yo soy el único amigo

22. La ubicuidad de la conciencia racial entre los afroamericanos está ampliamente documentada en el “autorretrato de la Norteamérica negra” armado por John Langston Gwaltney (1980).

blanco que tuvieron en su vida los jóvenes negros que conocí durante mi trabajo de campo de tres años en un gimnasio de box de Woodlawn. No es sorprendente que los residentes del cinturón negro den como un hecho cierto la línea de color, habida cuenta de que su vida está casi íntegramente autocontenida dentro del mundo racialmente uniforme del gueto y, para muchos de ellos, en un pequeño sector de éste: su calle, su manzana o el “área de reunión” de la vecindad inmediata. El mundo blanco de “allá afuera” sigue siendo desconocido en gran medida, porque es virtualmente inaccesible, salvo a través de los medios masivos.²³

El Hombre, se decía, poseía todo lo que valía la pena tener y no dejaría que los negros se metieran en su casa. Pero ellos prácticamente nunca veían una cara blanca salvo en televisión, y las inocentes vidas suburbanas mostradas en ella [...] estaban tan lejos de las suyas como Marte de la Tierra. Su paisaje urbano era casi todo negro, excepto algunos burócratas, maestros y policías, y contadas veces se alejaban de él; para la mayoría, un viaje al Loop [centro de Chicago] era una gran expedición. La calle 39: ése era *tu* mundo. [...] El resto era el mundo de *ellos*, un mundo blanco con códigos diferentes de habla, vestimenta y conducta. (Monroe y Goldman, 1988, pág. 100.)

El prisma racial a través del cual los residentes del gueto ven el mundo es tan poderoso, que quienes se las ingenian para trepar en la estructura de clases y dejar el cinturón negro son ampliamente percibidos como si trataran de “volverse blancos” y se los considera “traidores” a su comunidad, independientemente del hecho de que casi todos ellos terminan por mudarse

23. “Para muchos jóvenes de Horner —un complejo habitacional en el gueto del West Side de la ciudad—, su único contacto con el mundo al margen de su entorno inmediato son los juzgados” (Kotlowitz, 1991, pág. 226).

a barrios totalmente negros de otras zonas de la ciudad o a suburbios segregados. De tal modo, las mismas diferencias de clase entre los negros se expresan en el idioma de la raza. Un joven desocupado de Woodlawn lanza una diatriba en estos términos contra los maestros, comerciantes y policías que escaparon de la zona desde sus años de adolescencia: “Todo el mundo trata de *ser blanco*, de ir atrás de un blanco, se muda a un barrio blanco: yo soy el único negro *que vive en mi barrio*; [incrédulo] fanfarronean con eso, ¡en serio! [risitas]: ‘¡Soy el *primer negro que va allí!*’ Yo le dije, ¡hombre, estás enfermo aquí! *Se blanquean la piel*, digo yo, ¡vamos! *Lo normal busca lo anormal*, eso es lo que es”. Mientras persistan las estructuras residenciales e interaccionales del “apartheid norteamericano” (Massey, 1990), no habrá razón alguna para que la oposición dicotómica existente entre blancos y negros en la realidad objetiva no se reproduzca en la conciencia.

Jeunes des cités *contra el resto del mundo*

Si hay un antagonismo dominante que atraviesa la *cit e* del cintur on rojo y se imprime en la conciencia colectiva de sus habitantes, no se trata, en contra de las difundidas representaciones de los medios, del que opone a los inmigrantes (en especial los “ rabes”) y las familias francesas nativas, sino del clivaje que divide a los jóvenes (*les jeunes*), nativos y extranjeros juntos, de todas las dem as categorías sociales. Los residentes de m as edad los señalan ampliamente como la principal fuente de vandalismo, delincuencia e inseguridad, y públicamente se los considera responsables del agravamiento de las condiciones y la reputación de la *banlieue* degradada. Avery (1987, pág. 112) informa que

las bandas de jóvenes que se re unen en las escaleras [de las Quatre Mille] son uno de los temas favoritos de conversación: “Rom-

pen las bombillas eléctricas para que no podamos ver qué hacen”, dice uno. “Se inyectan drogas a plena luz del día”, “se sientan allí y se pasan toda la noche fumando porros”, “mean en las cajas de las escaleras”, “no es agradable encontrarse con ellos a la noche; estamos presos en nuestros departamentos”.

Mezcla de hechos y ficciones, estas acusaciones se basan en la realidad de que los jóvenes predominan demográficamente en complejos como las Quatre Mille, y que suelen apoderarse de las calles y los pocos espacios públicos disponibles, incluidos los vestíbulos y las entradas de los edificios, por lo que los demás sienten que se están adueñando de un bien colectivo para sus propios fines.²⁴ Fundadas o no, estas quejas retratan invariablemente a los jóvenes como trastornados o bien como generadores de trastornos. En el caso de La Courneuve, Bachmann y Basier (1989, pág. 100) señalan que “en todos los incidentes los jóvenes son a la vez la causa y las víctimas de la violencia en la *cit *: est n constantemente en el primer plano”.

Por su parte, los jóvenes de los barrios estigmatizados del cinturón rojo se sienten sometidos a un patrón generalizado de discriminación antijuvenil que prevalece tanto dentro como fuera de su ámbito. Se quejan de que los programas gubernamentales y las autoridades públicas los ignoran, rechazan sus dudas y sus aportes, y les prometen mucho pero les dan poco o casi nada de valor; que la policía los hostiga o los hace objeto de una

24. “ Qu  es lo que la gente reprocha a los jóvenes? Que ocupen las plazas, que se sienten en los bancos o en los escalones de entrada a los negocios [...], que se queden ahí charlando, riéndose, alborotando.” Por su parte, los jóvenes ven “la calle como un simple lugar para pasarla bien, un terreno neutral” (Calogirou, 1989, págs. 36-37; véase también Bourdieu, 1991, pág. 12). En Pincon (1982) se encontrará un excelente análisis de la forma en que la mezcla de diversos grupos con diferentes perspectivas culturales y sociales alimenta el conflicto por el uso de recursos públicos en las viviendas francesas para personas de bajos ingresos.

sospecha y una vigilancia injustificadas; y, en términos más generales, que los adultos no reconocen su difícil situación y sus inquietudes. Pero, sobre todo, sienten que nadie les otorga el reconocimiento y el *respeto* a los que creen tener derecho: “‘No existimos, nadie nos ve.’ ‘Nos tratan como ratas’” (Lapeyronnie, 1992, pág. 11). La furia ardiente que muchos experimentan por verse persistentemente marginados de los empleos y sentir que se les niega la dignidad individual que acompaña la autonomía económica, encuentra una salida en un discurso nihilista que glorifica la depredación y la violencia como medios de acceso a la esfera del consumo y que, como no pueden cambiar los mecanismos que los excluyen, se centra en la policía como blanco de su hostilidad (Dubet, 1987, págs. 80-89; Jazouli, 1992, págs. 148-149).

Como los descubrimientos de los investigadores que estudiaron hasta aquí las tensiones en los proyectos habitacionales de la *banlieue* degradada discrepan de manera llamativa con la visión que llegó a dominar los medios y el debate público, vale la pena que los citemos más o menos extensamente. Avery (1987, pág. 21), por ejemplo, “nunca observó durante [sus] años en La Courneuve [...] situaciones de intolerancia racial abierta o desprecio colectivo flagrante” similares a las que presenció en el West Side de Chicago o en una ciudad obrera británica donde vivió anteriormente. Aunque el 14,5 por ciento del electorado de La Courneuve votó por el xenófobo Frente Nacional en las elecciones legislativas de 1986, Avery insiste en que “por lo común no hay aquí un clima racista. Al contrario, en la vida cotidiana de la *cit * encuentro mucho respeto mutuo y solidaridad” (*ibid.*, págs. 21-22). En un complejo habitacional aislado para trabajadores, en los suburbios del oeste de París, Calogirou sacó a la luz formas ligeramente más “etnicizadas” de percepción del espacio: sectores separados de la urbanización y edificios específicos tienden a identificarse, y se hace referencia a ellos, por la presunta pertenencia racial o et-

nonacional de sus inquilinos más notorios. No obstante, “la actitud más difundida es la tolerancia”, y “quienes establecen restricciones nacionales o religiosas en su red de amistades son pocos y están separados entre sí” (Calogirou, 1989, pág. 144).²⁵ Para los jóvenes de estos complejos de viviendas, las características personales están por encima de la pertenencia “étnica”, y a menudo utilizan el humor para desviar la connotación despectiva de los insultos racistas; por ejemplo, cuando convierten expresiones como “negro sucio” (“*sale nègre*”) en formas chisotosas de trato.

Mezcla grupal, trayectoria colectiva y tensión “racial”

¿Qué explica el carácter silencioso de la conciencia racial o étnica en las urbanizaciones obreras del cinturón rojo a pesar de la creciente concentración de familias inmigrantes en los complejos habitacionales más deteriorados de la periferia urbana—su representación en La Courneuve se duplicó entre 1968 y 1982, hasta llegar al 22 por ciento— y la expansión del lugar otorgado al tema del racismo en la esfera pública a medida que se prolongaba la década del ochenta? Tres son las razones que pueden mencionarse brevemente.²⁶ En primer lugar, como lo

25. En rigor, Calogirou (1989, págs. 93, 96, 98, 101, 115, 131) sigue mostrando que estas redes atraviesan sistemáticamente las fronteras étnicas y los agrupamientos por nacionalidad. Pétonnet (1979, pág. 224) también destaca que “en la *cit * no hay jerarquía étnica. Sólo hay jerarquías interpersonales”. Sobre el rechazo de la dicotomía “inmigrante/nativo” en las prácticas y representaciones mundanas de los jóvenes de una *cit * del norte de Francia, véase Bourdieu (1991).

26. No pretendo decir que estos tres factores brinden una explicación exhaustiva de la baja potencia social (diferenciada de la preponderancia) de las divisiones etnorraciales en el cinturón rojo francés; se nalo simplemente que son, en nuestros días, los que distinguen de manera más visible a este último del gueto norteamericano. Un análisis más completo (que las limitaciones de

señalamos antes, las *cités* del cinturón rojo son conjuntos muy heterogéneos en términos de su reclutamiento etnorracial. Ninguna *banlieue* es el “territorio” exclusivo y ni siquiera predominante de un grupo específico, dado que en Francia no hay una “segmentación ordenada” (Suttles, 1968) del espacio y las familias inmigrantes están distribuidas con bastante amplitud en los barrios, con la excepción de localidades selectas monopolizadas por los nativos (de clase alta). Las *cités* francesas no son guetos si con ello nos referimos a una formación socioespacial racial y/o culturalmente uniforme basada en la relegación forzosa de una población negativamente tipificada a un territorio específico (Wacquant, 1992a, 1992b, 1993b). Su composición reúne típicamente a una mayoría de familias nativas francesas y un agrupamiento mixto de hogares de quince a cuarenta o más nacionalidades diferentes. Es cierto que los residentes de origen extranjero están desproporcionadamente representados en las Quatre Mille en comparación con su peso nacional o regional (alrededor del 30 por ciento contra un 11 por ciento en toda la nación, y hasta el 40 por ciento en el sector sur del complejo). Pero esta situación es la resultante de su composición de clase desequilibrada y *no* de la segmentación etnorracial del mercado de la vivienda. Como en Gran Bretaña, cualquier concentración étnica que exista en las *banlieues* francesas es “en esencia una función de la posición social de las poblaciones en cuestión” (Lapeyronnie y Frybes, 1990, pág. 154), esto es, un subproducto de la ubicación mucho más baja de las familias inmigrantes en la estructura de clases. Los barrios más pobres y ruinosos del cinturón rojo tampoco se superponen estrechamente con las *ci-*

espacio impiden hacer aquí) tendría que incluir una sociología histórica de las bases y los efectos del trabajo de *construcción de clase* encarado por el movimiento sindical y otras organizaciones de izquierda que tradicionalmente “fundieron” a los inmigrantes en la sociedad francesa al incorporarlos a una clase obrera unificada y desentendida de las divisiones étnicas.

tés que exhiben las mayores proporciones de extranjeros, como lo querría dar a entender la tesis de la “guetificación”.

Esta mezcla de poblaciones es decisiva cuando se trata de explicar la abrumadora semejanza de las experiencias y estrategias de los jóvenes de antecedentes franceses nativos y norafricanos del cinturón rojo, un aspecto que Dubet (1987, pág. 326; véase también Bourdieu, 1991, pág. 8) planteó de la manera más eficaz:

Los jóvenes no introdujeron en ningún grupo la inmigración como un clivaje fundamental de las relaciones entre ellos en un barrio dado. En las *cités* que visitamos [tres de ellas en el cinturón rojo parisino y una cuarta en los suburbios de Lyon] nunca hablaron en términos de “nosotros”, jóvenes inmigrantes, y “ellos”, jóvenes franceses, ni a la inversa. Las relaciones y los lazos de amistad son multiétnicos. Esto no se debe necesariamente a creencias antirracistas; surge, más bien, del dato básico de que, desde su infancia, los jóvenes han tenido las mismas experiencias en *cités* que no son guetos raciales. Estos jóvenes concurren a las mismas escuelas, dedican su tiempo libre a las mismas actividades y cometen las mismas “payasadas” y fechorías. No hay bandas o pandillas formadas de acuerdo con la división inmigrantes contra franceses, nada comparable a los “*skinheads*” ingleses o a los “cobras hispanos” de Chicago.²⁷

27. Tras recapitular una década de investigaciones sobre el tópico, Dubet y Lapeyronnie (1992, pág. 128) concluyen: “Los jóvenes franceses e inmigrantes que experimentan la misma *galère* [situación sin rumbo] están igualmente desarraigados y no se oponen unos a otros en términos de cultura y diferencias. Su experiencia común es la de un universo inestable compuesto y mestizo [*métis*] en el que los lazos locales tienen más peso que las raíces nacionales o étnicas”. “Cuando estamos en la calle —dice uno de ellos— todos somos hermanos: es el espíritu de familia.” Es revelador que, a diferencia de sus pares norteamericanas, las bandas de *rap* de la *banlieue* popular francesa sean típicamente multiétnicas o “*black-blanc-beur*”, como les gusta decir (esto es, una mezcla de negros, blancos y norafricanos).

En segundo lugar, y pese al reciente ascenso electoral de Le Pen, las diferencias raciales o étnicas no constituyen principios *legítimos* de construcción de la realidad social en la tradición francesa de la nacionalidad. La institucionalización histórica de la ciudadanía francesa como una comunidad territorial centrada en el Estado, en oposición a una comunidad de descendencia expresada en términos culturales, tal como prevalece en Alemania, por ejemplo (Brubaker, 1990), ha impedido –hasta ahora– que las categorías etnoraciales se convirtieran en la herramienta organizadora de las percepciones y relaciones sociales, gracias al bloqueo de su utilización como fundamentos de la movilización social y el planteo de demandas políticas en la esfera pública. El tímido intento de reclutar a los *beurs* (inmigrantes “árabes” de segunda generación) como un “grupo de presión” distintivo de votantes durante la campaña legislativa de 1986 zozobró en los bajíos de un sistema partidario y un régimen electoral estructuralmente concebidos para borrar cualquier afiliación intermedia.²⁸

Tercero, y más importante, los inmigrantes de segunda generación del Maghreb, en quienes recayó el reciente “pánico moral” por la *integración*, a pesar de todo están asimilándose rápidamente a la sociedad francesa. Han adoptado en gran parte los patrones culturales y comportamentales de los franceses y no lograron constituir una “comunidad” distinta en torno de su herencia cultural singular (Lapeyronnie, 1987; Jazouli, 1992). En rigor de verdad, tanto ellos como los líderes de sus asociaciones “rechazan vigorosamente cualquier expresión de especificidad [étnica] y afirman que los problemas que plantean son

28. Así, si bien el Islam, que tal vez llegue a los tres millones de fieles, sufrió una expansión y adaptación espectaculares a la sociedad francesa, su expresión está relegada a la esfera privada, en la que funciona como un marco cultural para la protección o reconstrucción de la identidad personal en una forma que es ampliamente compatible con la integración (Kepel, 1987).

quintaesencialmente [de naturaleza] francesa y social” (Dubet y Lapeyronnie, 1992, pág. 143).²⁹ Los “árabes” de segunda generación no sólo se asimilan aceleradamente; diversos indicadores empíricos también revelan una mejora global de su posición social y sus condiciones de vida, a pesar de que su índice de desocupación es mucho más alto y sus ingresos más bajos que los correspondientes a los hogares franceses nativos. Hasta ahora no hay pruebas de que la separación espacial de los así llamados árabes se haya incrementado. Al contrario: la mayor presencia de norafricanos y otros inmigrantes en las *cités* de HLM³⁰ no representa una caída de status en el mercado habitacional sino una mejora material con respecto a una situación previa de auténtica segregación en desvencijadas “poblaciones de vagones para trabajadores con residencia temporaria” manejadas por la SONACOTRA* –un organismo especial para la cons-

29. Como las poblaciones del Maghreb son socialmente diversificadas, entre ellos la identidad étnica es en gran medida defensiva y la organización comunitaria “débil y muy conflictiva”, y en buena parte está sostenida con fondos del Estado. “Compuestas por jóvenes extremadamente asimilados”, las asociaciones norafricanas son “rara vez homogéneas y no se organizan según una base étnica. Son ante todo la expresión de un barrio o una *cité* determinados” y su actividad “no resulta en un accionar político” (Dubet y Lapeyronnie, 1992, págs. 100, 98).

30. En 1989, el 74 por ciento de las familias norafricanas tenía acceso a la vivienda pública, en comparación con un 45 por ciento una década antes (Barrou, 1992, pág. 128). Es más factible que la segregación se produzca *dentro* de la urbanización de HLM, dado que las familias extranjeras suelen ser destinadas a los complejos suburbanos más aislados y decrépitos –diferenciados de los mejor mantenidos del centro–, que desocupan las familias francesas con movilidad ascendente. [HLM es la sigla de *Habitation à Loyer Modéré*, vivienda de alquiler moderado, programa estatal de construcción de viviendas para personas de escasos recursos, cuyo alquiler es sufragado en parte –y en algunos casos en su totalidad– por el Estado francés (n. del t.).]

* Sigla de la Société Nationale pour la Construction des Travailleurs, Sociedad Nacional de Construcción de los Trabajadores [n. del t.].

trucción de viviendas— y “villas de emergencia” (*bidonvilles*) ilegales, mucho más aisladas y ruinosas que los actuales proyectos habitacionales para personas de bajos ingresos (Sayad, 1975; Barrou, 1992). La población inmigrante también empieza a parecerse más a la nativa en términos de distribución ocupacional, tamaño de la familia y otras características demográficas como la fecundidad y la mortalidad. Los índices de matrimonios con los franceses nativos están en aumento, en especial entre las mujeres de descendencia norafricana que, gracias a la escuela, disfrutan de tasas de movilidad ascendente más elevadas que sus pares masculinos. Del mismo modo, desde la década de 1970 ha disminuido en Francia la desigualdad escolar entre grupos etnonacionales, y los estudiantes de origen extranjero tienen una mayor representación en todos los niveles del sistema educativo. Más aún: cuanto más suben en la escala académica, mejores son sus resultados en comparación con los de los niños franceses nativos. De hecho, las diferencias de logros académicos entre ellos son desdeñables una vez descontados los orígenes de clase (Bastide, 1982).

Esto no significa negar la cruel realidad de la falta de trabajo, la exclusión y la discriminación, que afecta de manera desproporcionada a una cantidad creciente de jóvenes inmigrantes urbanos, ni el indiscutible aumento de expresiones ponzoñosas de enemistad xenófoba que resuenan con estruendo en la escena política nacional. Se trata, antes bien, de sugerir que, a diferencia de Estados Unidos, donde la hostilidad y la violencia son alimentadas por la *profundización* del cisma espacial y social entre los negros pobres (y otras minorías) y el resto de la sociedad, en la periferia francesa la agitación urbana se nutre de la *mezcla* de categorías etnonacionales —especialmente en las viviendas y las escuelas— y el *estrechamiento* de la distancia económica, social y cultural entre los inmigrantes y las fracciones estancadas o de movilidad descendente de la clase obrera nativa clavada en la *banlieue*. En agudo contraste con el (sub)pro-

letariado negro de las metrópolis norteamericanas, entonces, las familias norafricanas de la periferia urbana francesa no se mueven de manera uniforme en un oscuro viaje hacia la región inferior del espacio social. En contra de las afirmaciones de Hollifield (1991, pág. 141), *no* están en camino de formar una “infraclasse islámica” de rasgos distintivos, cualquiera sea el significado de esa expresión. En vez de señalar la cristalización de clivajes propiamente étnicos en la ciudad francesa, la animosidad aparentemente “racial” y la fermentación de la tensión en la *banlieue* en la década pasada son expresiones de la crisis *social* provocada por la desocupación (y subocupación) persistente y la conjunción espacial de la exclusión educativa, la penuria habitacional y la pobreza en áreas donde las familias de trabajadores nativos e inmigrantes compiten por recursos colectivos menguantes, en el contexto del derrumbe de los mecanismos permanentes que traducían esos conflictos en demandas de clase en el ámbito de la política, tanto en el nivel de la empresa como del Estado.

* * *

El objetivo de este trabajo ha sido poner de manifiesto algunas de las similitudes y diferencias entre la “nueva pobreza urbana” en Francia y Estados Unidos, tal como se estructura localmente y es experimentada por quienes han llegado a ser designados con esa expresión (o su equivalente) en ambos países. En vez de comparar estadísticas agregadas nacionales sobre ingresos, niveles de vida o pautas de consumo, que a menudo apenas miden otra cosa que las propiedades de las burocracias y los procedimientos de encuesta que las generan, y no toman en cuenta los ámbitos específicos socioespaciales y del Estado de Bienestar en que los individuos y grupos se mueven realmente en cada sociedad, me consagué a un examen contextualizado de dos aspectos centrales de la vida en un barrio estigmatizado de

pobreza concentrada: la indignidad territorial y sus consecuencias debilitantes para el tejido y la forma de la estructura social local, y los principales clivajes que organizan la conciencia y las relaciones de sus habitantes.

El hecho de mostrar la textura organizacional y cognitiva de la vida cotidiana en el cinturón rojo parisino y el cinturón negro de Chicago, y revelar de qué manera los residentes de estas áreas ruinosas negocian y experimentan la inmovilidad y el ostracismo sociales en “el gueto” —como mito social en un caso y realidad histórica duradera en el otro—, pone en evidencia la dimensión distintivamente racial de la pobreza de las áreas urbanas céntricas en Estados Unidos. También indica la incertidumbre existente en el proceso de formación de la identidad colectiva en el cinturón rojo, causada por la desaparición de los organismos tradicionales de formación de clase. Ya sea que Francia y Estados Unidos converjan o sigan diferenciándose en el futuro en lo que se refiere a los patrones sociales y espaciales de desigualdad en la ciudad, no puede haber muchas dudas de que la separación racial, donde prevalece, *radicaliza* la realidad objetiva y subjetiva de la exclusión urbana. Y que el respaldo (o la tolerancia) estatal a la segregación y el reconocimiento de las divisiones etnoraciales no sirven sino para intensificar la acumulación de indigencia urbana y exacerbar las consecuencias destructivas de la marginalidad socioeconómica, no sólo para aquellos a quienes se imponen y para sus vecindarios, sino también para la sociedad en general.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abrahams, Roger D.: *Positively Black*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1970.
- Aichoune, Farid: *Nés en banlieue*, Paris, Éditions Ramsay, 1991.
- Anderson, Elijah: *Streetwise: Race, Class, and Change in an Urban Community*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.

- Avery, Desmond: *Civilisations de La Courneuve. Images brisées d'une cité*, Paris, L'Harmattan, 1987.
- Bachmann, Christian, y Luc Basier: *Mise en images d'une banlieue ordinaire*, Paris, Syros, 1989.
- Balibar, Étienne: "Es Gibt Keinen Staat in Europa: Racism and Politics in Europe Today", *New Left Review* n° 186 (marzo-abril de 1991), págs. 5-19.
- Banfield, Edward C.: *The Unheavenly City: The Nature and Future of our Urban Crisis*, Boston, Little, Brown, 1970 [traducción castellana: *La ciudad en discusión*, Buenos Aires, Marymar, 1973].
- Barrou, Jacques: *La Place du pauvre. Histoire et géographie sociale de l'habitat HLM*, Paris, L'Harmattan, 1992.
- Bastide: "Les enfants immigrés et l'enseignement français: enquête dans les établissements du 1^{er} et 2nd degré", *Travaux et documents* n° 97, INED/PUF, 1982.
- Bourdieu, Pierre: "L'ordre des choses. Entretien avec des jeunes gens du Nord de la France", *Actes de la recherche en sciences sociales* n° 90 (diciembre de 1991), págs. 7-19.
- Breton, Émile: *Rencontres à La Courneuve*, Paris, Messidor/Temps Actuel, 1983.
- Brubaker, William Rogers: "Immigration, Citizenship, and the Nation-State in France and Germany: A Comparative Historical Analysis", *International Sociology* n° 5-4 (diciembre de 1990), págs. 379-407.
- Calogirou, Claire: *Sauver son honneur*, Paris, L'Harmattan, 1989.
- Clark, Kenneth B.: *Dark Ghetto: Dilemmas of Social Power*, Nueva York, Harper, 1965 [traducción castellana: *Gueto negro. Los dilemas del poder*, México, Fondo de Cultura Económica].
- Dahrendorf, Ralf: *The Underclass and the Future of Britain*, Windsor, St George's House Tenth Annual Lecture, 1989.
- Désir, Harlem: "Villes ou ghettos. L'érito de Harlem", *Melting potes. Le mensuel de SOS Racisme* (mayo de 1992), pág. 3.
- Dubet, François: *La Galère. Jeunes en survie*, Paris, Seuil, 1987.
- Dubet, François, y Didier Lapeyronnie: *Les Quartiers d'exil*, Paris, Seuil, 1992.
- Dulong, Renaud, y Patricia Paperman: *La Réputation des cités HLM: enquête sur le langage de l'insécurité*, Paris, L'Harmattan, 1992.

- Duncan, Arne: *The Values, Aspirations, and Opportunities of the Urban Underclass*, Cambridge, Mass., Harvard University, B. A. Honors Thesis, inédita, 132 páginas, 1987.
- Engbersen, Godfried: "Cultures of Long-Term Unemployment in the New West", *The Netherlands Journal of Social Sciences* n° 25-2 (octubre de 1989), págs. 75-96.
- Engbersen, Godfried, Kees Schuyt, Jaap Timmer y Frans van Waarden: *Cultures of Unemployment: Long-Term Unemployment in Dutch Inner Cities*, Boulder, Col., Westview Press, en prensa.
- Euvremer, L., e Y. Euvremer: "La honte", *Archivari* (julio de 1985), págs. 6-9.
- Feagin, Joe R.: "The Continuing Significance of Race: Anti-Black Discrimination in Public Places", *American Sociological Review* n° 56-1 (febrero de 1991), págs. 101-116.
- Gans, Herbert H.: "Über die positiven Funktionen der unwürdigen Armen: Zur Bedeutung der 'Underclass' in den USA", *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 1992.
- Goffman, Erving: *The Presentation of Self in Everyday Life*, Harmondsworth, Penguin Books, 1963 [1958] [traducción castellana: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1989].
- Gottdiener, Mark, y Joe R. Feagin: "The Paradigm Shift in Urban Sociology", *Urban Affairs Quarterly* n° 24-2 (diciembre de 1988), págs. 163-187.
- Gwaltney, John Langston: *Drylongso: A Self-Portrait of Black America*, Nueva York, Vintage, 1980.
- Hollifield, James F.: "Immigration and Modernization", en James F. Hollifield y George Ross (comps.): *Searching for the New France*, Nueva York, Routledge, 1991, págs. 113-150.
- Jazouli, Adil: *Les Années banlieue*, Paris, Seuil, 1992.
- Jencks, Christopher, y Paul E. Peterson (comps.): *The Urban Underclass*, Washington DC, The Brookings Institution, 1991.
- Jones, Jacqueline: *Labor of Love, Labor of Sorrow: Black Women, Work, and the Family from Slavery to the Present*, Nueva York, Vintage, 1985.
- Katz, Michael B.: *The Undeserving Poor: From the War on Poverty to the War on Welfare*, Nueva York, Random, 1989.

- Kepel, Gilles: *Les Banlieues de l'Islam. Naissance d'une religion en France*, París, Seuil, 1987.
- Killian, Lewis M.: "Race Relations and the Nineties: Where Are the Dreams of the Sixties?", *Social Forces* n° 69-1 (septiembre de 1990), págs. 1-13.
- Knuegel, James R., y Eliot R. Smith: *Beliefs About Inequality: Americans' Views of What Is and What Ought to Be*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1986.
- Kotlowitz, Alex: *There Are No Children Here*, Nueva York, Doubleday, 1991.
- Lae, Jean-François, y Numa Murard: *L'Argent des pauvres. La vie quotidienne en cité de transit*, París, Seuil, 1985.
- Lae, Jean-François, y Numa Murard: "Protection et violence", *Cahiers internationaux de sociologie* n° 84 (enero-junio de 1988), págs. 19-40.
- Lapeyronnie, Didier: "Les jeunes Maghrébins nés en France: assimilation, mobilisation et action", *Revue française de sociologie* n° 28-2, 1987, págs. 287-318.
- Lapeyronnie, Didier: "L'exclusion et le mépris", *Les Temps modernes* (diciembre de 1992), págs. 2-17.
- Lapeyronnie, Didier, y Marcin Frybes: *L'Intégration des minorités immigrées: étude comparative France-Grande-Bretagne*, Issy-les-Moulineaux, ADRI, 1990.
- Levine, Lawrence: *Black Culture and Black Consciousness*, Oxford, Oxford University Press, 1977.
- Magri, Susanna, y Christian Topalov (comps.): *Villes ouvrières, 1900-1950*, París, L'Harmattan, 1989.
- Marklund, Stephan: "Structures of Modern Poverty", *Acta Sociologica* n° 33-1 de 1990, págs. 125-140.
- Massey, Douglas S.: "American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass", *American Journal of Sociology* n° 96-2 (septiembre de 1990), págs. 329-357.
- Mead, Lawrence: *The New Politics of Poverty*, Nueva York, Basic Books, 1992.
- Miles, Robert: "Explaining Racism in Contemporary Europe: Problems and Perspectives", trabajo presentado en la Reunión Anual de la American Sociological Association, Pittsburgh, agosto de 1992.

- Mingione, Enzo: "The New Urban Poor and the Crisis of the Citizenship/Welfare Systems in Italy", trabajo presentado en la Conferencia de Trabajo "Pauvreté, immigrations et marginalités urbaines dans les sociétés avancées", París, Maison Suger, mayo de 1991.
- Monroe, Sylvester, y Peter Goldman: *Brothers: Black and Poor – A True Story of Courage and Survival*, Nueva York, William Morrow, 1988.
- Orfield, Gary: "Ghettoization and Its Alternatives", en Paul Peterson (comp.), *The New Urban Reality*, Washington DC, The Brookings Institution, 1985, págs. 161-193.
- Patterson, Orlando: "Toward a Future That Has No Past: Reflections on the Fate of Blacks in the Americas", *The Public Interest* n° 27 (primavera de 1972), págs. 25-62.
- Paugam, Serge: *La Disqualification sociale. Essai sur la nouvelle pauvreté*, París, Presses Universitaires de France, 1991.
- Pétonnet, Colette: *On est tous dans le brouillard*, París, Galilée, 1979.
- Pétonnet, Colette: *Espaces habités. Ethnologie des banlieues*, París, Galilée, 1982.
- Pettigrew, Thomas F.: *Racially Separate or Together*, Nueva York, McGraw-Hill, 1971.
- Pialoux, Michel: "Jeunesse sans avenir et travail intérimaire", *Actes de la recherche en sciences sociales* n° 26-27 (abril de 1979), págs. 19-47.
- Pincon, Michel: *Cohabiter: Groupes sociaux et modes de vie dans une cité HLM*, París, Plan Construction, col. "Recherches", 1982.
- Rieder, Jonathan: *Canarsie: The Jews and Italians of Brooklyn Against Liberalism*, Cambridge, Harvard University Press, 1985.
- Sayad, Abdelmalek: "Le foyer des sans-famille", *Actes de la recherche en sciences sociales* n° 32-33 (junio de 1975), págs. 89-104.
- Schutz, Alfred: *On Phenomenology and Social Relations*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.
- Stovall, Tyler: *The Rise of the Paris Red Belt*, París, University of California Press, 1970.
- Suttles, Gerald: *The Social Order of the Slum*, Chicago, University of Chicago Press, 1968.
- Touraine, Alain: "Face à l'exclusion", *Esprit* (febrero de 1991).

- Townsend, Peter, Paul Corrigan y U. Kowarzick: *Poverty and Labour in London*, Londres, Low Pay Unit, 1987.
- Vieillard-Baron, Hervé: "Chanteloup-les-Vignes: le risque du ghetto", *Esprit* n° 132 (noviembre de 1987), págs. 9-23.
- Wacquant, Loïc J. D.: "Pour en finir avec le mythe des 'cités-ghettos': les différences entre la France et les États-Unis", *Annales de la recherche urbaine* n° 52, 1992a, págs. 20-30.
- Wacquant, Loïc J. D.: "Banlieues françaises et ghetto noir américain: éléments de comparaison sociologique", *French Politics and Society* n° 10-4 (otoño de 1992b), págs. 81-103.
- Wacquant, Loïc J. D.: "Pour comprendre la 'crise' des banlieues", *Revue: A Survey of French Studies in Culture and Society* n° 2 (diciembre de 1992c).
- Wacquant, Loïc J. D.: "Redrawing the Urban Color Line: The State of the Ghetto in the 1980s", en Craig Jackson Calhoun y George Ritzer (comps.), *Social Problems*, Nueva York, McGraw-Hill, 1992d.
- Wacquant, Loïc J. D.: "Décivilisation et démonisation: la mutation du ghetto noir américain", en Christine Fauré y Tom Bishop (comps.), *L'Amérique des français*, París, Éditions François Bourin, págs. 103-125, 1992e.
- Wacquant, Loïc J. D.: "'The Zone': Le métier de 'hustler' dans le ghetto noir américain", *Actes de la recherche en sciences sociales* n° 92 (junio de 1992f), págs. 38-58.
- Wacquant, Loïc J. D.: "Riots, 'Race', and Urban Dualization in the Advanced Societies", *The UNESCO Courier*, 1993a.
- Wacquant, Loïc J. D.: "The Comparative Structure and Experience of Urban Exclusion: 'Race', Class and Space in Paris and Chicago", en Roger Lawson, Katherine McFate y William J. Wilson (comps.), *Urban Marginality and Social Policy in America and Western Europe*, Newbury Park, Sage Publications, 1993b.
- Wieviorka, Michel: "Racism and Modernity: The Contemporary European Experience", trabajo presentado en la Reunión Anual de la American Sociological Association, Pittsburgh, agosto de 1992.
- Wilkinson, Daniel: *Isolating the Poor: Work and Community in the Inner City*, Cambridge, Mass., Harvard University, B. A. Honors Thesis, inédita, 147 páginas, 1992.
- Williamson, John B.: "Beliefs About the Motivation of the Poor and

Attitudes Toward Poverty Policy”, *Social Problems* n° 21-5 (junio de 1974), págs. 634-647.

Wirth, Louis: *On Cities and Social Life*, editado y con una introducción de Albert J. Reiss, Jr., Chicago, University of Chicago Press, 1964.

4. Marginalidad urbana en el próximo milenio*

Todos los fenómenos sociales son, hasta cierto punto, la obra de la voluntad colectiva, y ésta implica la elección entre diferentes opciones posibles. [...] El ámbito de lo social es el ámbito de la modalidad.

MARCEL MAUSS

“Les civilisations. Éléments et formes”
(1929)

* “Urban Marginality in the Coming Millenium”, en *Urban Studies*, 36-10 (septiembre de 1999), págs. 1639-1647.

Texto revisado de la alocución ante el plenario de la Reunión de la Asociación Sociológica Nórdica, Copenhague, Dinamarca, 15 de junio de 1997. Querría agradecer a los muchos colegas (entre ellos, Margaret Bertilsson, Peter Gundelach, Inge Pedersen, Trond Petersen y Annick Prieur) que, con sus esfuerzos y entusiasmo, hicieron que mi primera visita a Escandinavia fuera no sólo posible sino también enormemente agradable.

Este artículo analiza las modalidades con que han surgido y se están difundiendo nuevas formas de desigualdad y marginalidad urbanas en todas las sociedades avanzadas del occidente capitalista. El argumento se desarrolla en dos etapas.

En primer lugar, esbozo una caracterización compacta de lo que considero un *nuevo régimen de marginalidad urbana*. Este régimen se mantuvo en ascenso durante las últimas tres décadas, desde el final de la era fordista, definida por la producción industrial estandarizada, el consumo masivo y un contrato social keynesiano que vinculaba ambos aspectos bajo la tutela del Estado de Bienestar Social. No obstante, aún no hemos presenciado todas las consecuencias de aquél, porque su advenimiento está ligado a los sectores más avanzados de nuestras economías, razón por la cual me refiero a él como “marginalidad avanzada”. La identificación de las propiedades distintivas de este régimen de marginalidad urbana en proceso de consolidación nos ayudará a señalar con precisión qué tiene exactamente de novedoso la “nueva pobreza”, cuyo ámbito y fuente es la ciudad.

En segundo lugar, abordo la cuestión que informa implícitamente u orienta explícitamente los debates europeos sobre el resurgimiento de la indigencia, la división y la tensión en las metrópolis: a saber, ¿estamos en presencia de una *convergencia epocal de regímenes de pobreza urbana a ambos lados del*

Atlántico? Sostengo que la respuesta es negativa: la relegación urbana tiene una dinámica social y espacial diferente en ambos continentes. No obstante, las sociedades europeas deben estar en guardia contra las políticas públicas que aíslan distintas zonas y poblaciones urbanas, lo que las alienta a adoptar estrategias de vida divergentes y hasta opuestas que pueden inducir ciclos autoalimentadores de involución social, no diferentes de los que subyacen a la guetificación en Estados Unidos.

Pese a su título, entonces, este trabajo no es un aporte a la novelera celebración milenarista del “2000”. Más bien, es un intento de diagnosticar las fuerzas y las formas sociales de que está llena nuestra actual penuria urbana, y que prometen modelar las metrópolis del mañana, a menos que ejerzamos nuestra “voluntad colectiva” y actuemos para frenar mecanismos y encauzar tendencias en una dirección diferente.

Síntomas de marginalidad avanzada

El final del siglo xx presencia una trascendental transformación de las raíces, la composición y las consecuencias de la pobreza urbana en la sociedad occidental. Junto con la modernización económica acelerada, provocada por la reestructuración global del capitalismo, la cristalización de una nueva división internacional del trabajo (fomentada por la velocidad frenética de los flujos financieros y los trabajadores a través de fronteras nacionales porosas) y el desarrollo de nuevas industrias de uso intensivo del conocimiento, basadas en revolucionarias tecnologías de la información y generadoras de una estructura ocupacional dual, se ha producido la modernización de la miseria: el ascenso de un nuevo régimen de desigualdad y marginalidad urbanas.¹

1. En Loïc Wacquant, “The Rise of Advanced Marginality: Notes on Its

Mientras que antaño, en las metrópolis occidentales, la pobreza era en gran medida residual o cíclica, estaba fijada en comunidades de clase obrera, era geográficamente difusa y se la consideraba remediable mediante una mayor expansión del mercado, hoy parece ser cada vez de más largo plazo si no permanente, y está desconectada de las tendencias macroeconómicas y establecida en barrios relegados de mala fama en los que el aislamiento y la alienación sociales se alimentan uno al otro, a medida que se profundiza el abismo entre las personas allí confinadas y el resto de la sociedad.

La consolidación de este nuevo régimen de marginalidad urbana se mueve por diversos caminos y asume diferentes formas en los distintos países del Primer Mundo. En Estados Unidos y el Reino Unido se ha visto enormemente facilitada por la política de achicamiento total del Estado llevada adelante tanto por partidos conservadores como liberales [progresistas] en las últimas décadas, y por la rígida o creciente separación espacial y social de personas blancas y de color en los grandes centros urbanos. En otras naciones con fuertes Estados benefactores corporatistas o socialdemócratas y ciudades menos segregadas, como las del norte de Europa y Escandinavia, esa política ha sido atenuada en parte, pero no completamente descartada. Y se complicó con el conflictivo tema de la integración de los inmigrantes y refugiados del Tercer Mundo, tal como se expresa en la angustia por la cristalización de “guetos” de inmigrantes que cubren el continente, de Marsella a Munich y de Bruselas a Brindisi.²

Nature and Implications”, *Acta Sociologica*, n° 39-2, 1996, págs. 121-139, se encontrará un desarrollo más completo del argumento.

2. Véanse, por ejemplo, Costis Hadjimichalis y David Sadler (comps.), *Europe at the Margins: New Mosaics of Inequality* (Nueva York, Wiley, 1995), y Enzo Mingione (comp.), *Urban Poverty and the Underclass* (Oxford, Basil Blackwell, 1996).

Cualquiera sea la etiqueta utilizada para designarla —“*infra-clase*” [“*underclass*”] en Estados Unidos e Inglaterra, “nueva pobreza” en Holanda, Alemania y el norte de Italia, “exclusión” en Francia, Bélgica y los países nórdicos—, los signos reveladores de la nueva marginalidad son inmediatamente reconocibles incluso para el observador casual de las metrópolis occidentales: hombres y familias sin hogar que bregan vanamente en busca de refugio; mendigos en los transportes públicos que narran extensos y desconsoladores relatos de desgracias y desamparo personales; comedores de beneficencia rebosantes no sólo de vagabundos sino de desocupados y subocupados; la oleada de delitos y rapiñas, y el auge de las economías callejeras informales (y las más de las veces ilegales), cuya punta de lanza es el comercio de la droga; el abatimiento y la furia de los jóvenes impedidos de obtener empleos rentables, y la amargura de los antiguos trabajadores a los que la desindustrialización y el avance tecnológico condenan a la obsolescencia; la sensación de retroceso, desesperación e inseguridad que gana las barriadas pobres, encerradas en una espiral descendente de ruina aparentemente imparable, y el crecimiento de la violencia etnorracial, la xenofobia y la hostilidad hacia los pobres y entre ellos. En todos lados, las elites estatales y los expertos en políticas públicas están marcadamente preocupados por impedir o contener los “desórdenes” que se preparan dentro y en torno de los enclaves en expansión de declinación y abandono urbanos.³

3. Así, el florecimiento de investigaciones sobre declinación y miseria urbanas promovidas por diversos organismos nacionales y transnacionales, entre ellos la Comisión Europea (con su Programa Socioeconómico Dirigido sobre Exclusión e Integración), la OCDE y hasta la OTAN por el lado europeo, y grandes fundaciones filantrópicas en las riberas norteamericanas.

Cuatro lógicas estructurales alimentan la nueva marginalidad

Pero las propiedades estructurales distintivas de la “miseria modernizada” son mucho menos evidentes que sus manifestaciones concretas. Esquemáticamente, el régimen de marginalidad emergente puede caracterizarse como el producto de cuatro lógicas que, en conjunto, reconfiguran los rasgos de la pobreza urbana en las sociedades ricas. Estos rasgos marcan un agudo contraste con las características dominantes de la pobreza en la era de expansión fordista, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de la década del setenta.

1. Dinámica macrosocial: el resurgimiento de la desigualdad social

La nueva marginalidad urbana no es la resultante del atraso, la ociosidad o la declinación económica, sino de la *desigualdad creciente en el contexto de un avance y una prosperidad económica global*.

El atributo más enigmático de la nueva marginalidad posiblemente sea, en efecto, el hecho de que se difunde en una era de caprichoso pero resuelto crecimiento que provocó una espectacular mejora material para los miembros más privilegiados de las sociedades del Primer Mundo. No obstante las menciones rituales de la “crisis” entre los políticos, todos los grandes países capitalistas experimentaron una expansión de su PBI y un rápido aumento de la riqueza colectiva en las últimas tres décadas. La opulencia y la indigencia, el lujo y la penuria, la abundancia y la miseria florecieron lado a lado. Así, la ciudad de Hamburgo, que de acuerdo con algunas mediciones es la más rica de Europa, exhibe tanto la proporción más alta de millonarios como la incidencia más elevada de beneficiarios de la asistencia pública en Alemania, mientras que Nueva York es el hogar de

la clase alta más grande del Planeta, pero también del mayor ejército de personas sin techo e indigentes de todo el hemisferio occidental.⁴

Aunque aparentemente contradictorios, ambos fenómenos están en realidad vinculados. En efecto, las nuevas formas de búsqueda de productividad y rentabilidad en la “alta tecnología” degradaron la industria manufacturera, y los sectores de servicios empresarios y financieros que impulsan el capitalismo *fin-de-siècle* dividen la fuerza de trabajo y polarizan el acceso al empleo duradero y las retribuciones procuradas por él. Por un lado, la modernización postindustrial se traduce en la multiplicación de puestos altamente calificados para el personal profesional y técnico con formación universitaria y, por el otro, en la descalificación y la eliminación lisa y llana de millones de empleos para los trabajadores sin preparación.⁵ Más aún, la producción y el crecimiento sin empleos en muchos sectores económicos no es en la actualidad una posibilidad utópica sino una agridulce realidad. Lo testimonia el virtual vaciamiento del puerto de Rotterdam, tal vez el más moderno del mundo y uno de los grandes responsables del aumento de la desocupación por encima del 20 por ciento en esa ciudad holandesa.

Cuanto más avanza la economía capitalista remodelada, más amplio y profundo es el alcance de la nueva marginalidad y más concurridas las filas de las personas arrojadas a la agonía de la miseria sin tregua ni remedio, aun cuando caiga el índice oficial de desocupación y aumente el ingreso en el país. En septiembre de 1994, la Oficina de Censos de Estados Unidos informó que el

4. John H. Mollenkopf y Manuel Castells (comps.), *Dual City: Restructuring New York* (Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991).

5. Saskia Sassen, *The Global City: New York, London, Tokyo* (Princeton, Princeton University Press, 1991); Martin Carnoy et al., *The New Global Economy in the Information Age* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1993).

índice de pobreza norteamericano había sufrido en diez años un alza del 15,1 por ciento (para llegar a un pasmoso total de cuarenta millones de pobres), pese a dos años de sólida expansión económica. Entretanto, la Unión Europea registra oficialmente un récord de cincuenta y dos millones de pobres, diecisiete millones de desocupados y tres millones de personas sin techo –y la cuenta sigue– en el marco de la reanudación del crecimiento económico y la mejora de la competitividad global.

En otras palabras, la marginalidad avanzada parece haberse “desacoplado” de las fluctuaciones cíclicas de la economía nacional. La consecuencia es que las alzas en la ocupación y el ingreso agregados tienen pocos efectos benéficos sobre las posibilidades de vida en los barrios relegados de Europa y Estados Unidos, mientras que las bajas producen más deterioro y aflicción en ellos. Si esta desconexión no se remedia de algún modo, un mayor crecimiento económico generará inevitablemente más dislocación urbana y depresión entre quienes han sido empujados hacia el fondo del orden urbano emergente y están atrapados en él.

2. Dinámica económica: la mutación del trabajo asalariado

La nueva marginalidad urbana es el subproducto de una doble transformación de la esfera del trabajo. Una es cuantitativa y entraña la eliminación de millones de empleos semicalificados bajo la presión combinada de la automatización y la competencia laboral extranjera. La otra es cualitativa e implica la degradación y la dispersión de las condiciones básicas de empleo, remuneración y seguridad social para todos los trabajadores, salvo los más protegidos.

Desde la época en que Friedrich Engels escribió su clásico tratado sobre la condición de la clase obrera en las fábricas de Manchester, hasta la crisis de los grandes enclaves industriales del capitalismo euronorteamericano un siglo y medio después,

se suponía correctamente que la expansión del trabajo asalariado representaba una solución eficaz y viable al problema de la pobreza urbana. Bajo el nuevo régimen económico, ese supuesto es a lo sumo dudoso, y en el peor de los casos lisa y llanamente erróneo.

Primero, *una fracción significativa de la clase obrera se ha convertido en superflua* y constituye una “población excedente absoluta” que probablemente nunca vuelva a encontrar trabajo. Sea como fuere, dado el aflojamiento del vínculo funcional entre la actividad macroeconómica y las condiciones sociales en los enclaves pobres de las metrópolis del Primer Mundo, y considerando los aumentos de productividad posibilitados por la automatización y la computación, ni siquiera índices milagrosos de crecimiento podrían reintegrar a la fuerza de trabajo a quienes han sido desproletarizados, es decir, duradera y forzosamente expulsados del mercado del trabajo asalariado para ser reemplazados por una combinación de máquinas, mano de obra inmigrante barata y trabajadores extranjeros.⁶

Segundo, y más importante, el carácter mismo de la relación salarial cambió en las dos últimas décadas de una manera tal que ya no otorga una protección a toda prueba contra la amenaza de pobreza, ni siquiera a quienes están incluidos en ella. Con la expansión del trabajo temporario, de tiempo parcial y “flexible” —que acarrea menores beneficios—, la erosión de la protección sindical, la difusión de escalas remunerativas de dos niveles, el resurgimiento de talleres negreros, trabajo a destajo y salarios de hambre, y la creciente privatización de bienes socia-

6. Jeremy Rifkin, *The End of Work: The Decline of the Global Work Force and the Dawn of the Post-Market Era* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1995) [traducción castellana: *El fin del trabajo: el declive de la fuerza de trabajo global y el nacimiento de la era posmercado*, Barcelona, Paidós, 1996].

les como la cobertura de salud, *el mismo contrato salarial se ha convertido en una fuente de fragmentación y precariedad*, y no de homogeneidad y seguridad sociales para quienes están confinados en los segmentos periféricos de la esfera del empleo.⁷ En síntesis, mientras que antaño el crecimiento económico y la expansión correlativa del sector asalariado representaban la cura universal contra la pobreza, hoy son parte de la enfermedad.

3. Dinámica política: la reconstrucción de los Estados de Bienestar

La fragmentación y desocialización del movimiento obrero no son los únicos factores que alimentan el ascenso de la nueva pobreza urbana. En efecto, junto con las fuerzas del mercado, los Estados de Bienestar son grandes productores y modeladores de desigualdad y marginalidad urbanas. Los Estados no sólo despliegan programas y políticas destinados a “enjuagar” las consecuencias más evidentes de la pobreza y amortiguar (o no) su impacto social y espacial. También contribuyen a determinar quién queda relegado, cómo, dónde y durante cuánto tiempo.

Los Estados son grandes motores de estratificación por propio derecho; y en ningún lado lo son tanto como en la base del orden socioespacial:⁸ proporcionan o impiden el acceso a una escolarización y una formación laboral adecuadas; fijan las condiciones para ingresar en el mercado laboral y salir de él, a

7. Véanse, por ejemplo. European Economic Community, *Underground Economy and Irregular Forms of Employment: Synthesis Report and Country Monographies* (Bruselas, mimeografiado, 1989); René Mabit (comp.), *Le Travail dans vingt ans. Rapport de la Commission présidée par Jean Boissonnat* (París, Odile Jacob, 1995); Cameron Lynne MacDonald y Carmen Siriani (comps.), *Working in the Service Economy* (Filadelfia, Temple University Press, 1996).

través de las normas administrativas atinentes a las contrataciones, los despidos y las jubilaciones; distribuyen (u omiten distribuir) bienes básicos de subsistencia, como la vivienda e ingresos complementarios; apoyan u obstaculizan activamente ciertos ordenamientos familiares y hogareños, y codeterminan tanto la intensidad material como la exclusividad y densidad geográficas de la miseria mediante una multitud de programas administrativos y fiscales.

El achicamiento y la desarticulación del Estado de Bienestar son dos de las grandes causas del deterioro y la indigencia sociales visibles en las metrópolis de las sociedades avanzadas. Esto es particularmente notorio en Estados Unidos, donde la población cubierta por los planes de seguridad social se redujo progresivamente durante dos décadas, en tanto que los programas dirigidos a los pobres fueron recortados y convertidos cada vez más en instrumentos de vigilancia y control. La reciente “reforma del bienestar social” urdida por el congreso republicano y transformada en ley por el presidente Clinton en el verano de 1996, es emblemática de esta lógica.⁹ La ley reemplaza el derecho a la ayuda pública por la obligación de trabajar, si es necesario en puestos inseguros y con salarios por debajo del promedio, y es aplicable a todas las personas sanas, incluidas las madres jóvenes con hijos a su cargo. Disminuye de manera drástica los fondos de asistencia y establece un tope para la cobertura de seguridad social que un individuo puede recibir en su vida. Por último, transfiere la responsabilidad administrativa del gobierno federal a los cincuenta estados y sus condados, con lo que agrava las desigualdades ya existentes en el acceso

8. Gosta Esping-Andersen (comp.), *Changing Classes: Stratification and Mobility in Post-Industrial Societies* (Newbury Park, Sage, 1993).

9. Loïc Wacquant, “Les pauvres en pâture: la nouvelle politique de la misère en Amérique”, *Hérodote* n° 85, primavera de 1997, págs. 21-33.

al bienestar y acelera la incipiente privatización de la política social.

Una lógica similar de recortes y traspasos presidió las modificaciones generales o graduales de los sistemas de transferencias sociales en el Reino Unido, Alemania, Italia y Francia. Aun Holanda y los países escandinavos implementaron medidas destinadas a reducir el acceso al sostén público y contener el crecimiento de los gastos sociales. El mantra de la “globalización” y las restricciones fiscales impuestas por el Tratado de Maastricht sirvió en todas partes para justificar esas medidas y disculpar la desinversión social en antiguas zonas obreras extremadamente dependientes de la provisión estatal de bienes públicos. Las crecientes deficiencias de los programas nacionales de seguridad social indujeron a las autoridades regionales y locales a establecer, como meros parches, sus propios planes de asistencia (especialmente en respuesta a la falta de techo y la desocupación de larga data).

La irrelevancia del “Estado nacional” se ha convertido en un lugar común de la conversación intelectual en todo el mundo. Hoy está de moda lamentar la incapacidad de las instituciones políticas centrales para poner un freno a las cada vez mayores dislocaciones sociales resultantes de la reestructuración capitalista global. Pero grandes y duraderas discrepancias en la incidencia y persistencia de la pobreza, así como en los niveles de vida, la (in)movilidad y la distintividad espacial de los pobres urbanos en diferentes países, sugieren que las noticias sobre la defunción del Estado Nacional de Bienestar fueron sumamente exageradas. Hacia fines de la década de 1980, los programas impositivos y de transferencias elevaron a la mayoría de los hogares pobres casi hasta el nivel del ingreso medio nacional en Holanda (62 por ciento) y Francia (52 por ciento); en Alemania occidental, sólo un tercio de las familias pobres salió de esa situación gracias al apoyo gubernamental, y en Estados Unidos virtualmente ninguna. La indigencia extrema en-

tre los niños fue eliminada en los países escandinavos, mientras que azota a uno de cada seis (y a uno de cada dos en el caso de los negros) en Estados Unidos.¹⁰

Los Estados marcan efectivamente una diferencia; claro está, cuando se preocupan por hacerlo. Por lo tanto, es imperativo volver a ponerlos en el epicentro de la sociología comparativa de la marginalidad como instituciones tanto *generadoras* como *reparadoras*.

4. Dinámica espacial: concentración y estigmatización

Durante las décadas de expansión industrial de la posguerra, por lo general la pobreza se distribuía en las metrópolis a través de los distritos obreros y tendía a afectar una sección transversal de trabajadores manuales y no calificados. En contraste, la nueva marginalidad muestra una tendencia distinta a conglomerarse y acumularse en áreas “irreductibles” y a las que “no se puede ir”, que son claramente identificadas –no menos por sus propios residentes que por las personas ajenas a ellas– como pozos urbanos infernales repletos de deprivación, inmoralidad y violencia donde sólo los parias de la sociedad tolerarían vivir.

Nantua en Filadelfia, Moss Side en Manchester, Gutleutviertel en Hamburgo, Brixton en Londres, Nieuwe Westen en Rotterdam, Les Minguettes en los suburbios de Lyon y Bognigny en la periferia parisina: estos barrios en los que se atrincheró la miseria se han “ganado un nombre” como depósitos de todos los males urbanos de la época, lugares que hay que evitar, temer y desaprobar. Importa poco que los discursos de de-

10. Extraje estos datos de Katherine McFate, Roger Lawson y William Julius Wilson (comps.), *Poverty, Inequality, and Future of Social Policy* (Nueva York, Russell Sage Foundation, 1995); en Olli Kangas, *The Politics of Social Rights* (Estocolmo, Institute for Social Research, 1991), se encontrará una perspectiva más analítica de esta cuestión.

monización referidos a ellos, que han brotado como hongos, sólo tengan tenues conexiones con la realidad de su vida cotidiana. Un *penetrante estigma territorial* recae firmemente sobre los residentes de esos barrios de exilio socioeconómico y suma su peso a la mala fama de la pobreza y el prejuicio renaciente contra las minorías etnoraciales y los inmigrantes.¹¹

Acompaña a la estigmatización territorial una pronunciada disminución del sentido de comunidad que solía caracterizar a las antiguas localidades obreras. En la actualidad, el barrio ya no representa un escudo contra las inseguridades y las presiones del mundo exterior, un paisaje familiar y reafirmante imbuido de significados y formas de mutualidad colectivos. Se convierte en un espacio vacío de competencia y conflicto, un campo de batalla lleno de peligros para la lid diaria de la supervivencia y la huida. Este debilitamiento de los lazos comunitarios con base territorial alimenta a su vez una retirada a la esfera del consumo privatizado y las estrategias de distanciamiento (“no soy uno de ellos”) que socavan aún más las solidaridades locales y confirman las percepciones despreciativas del barrio.

Debemos estar en guardia ante la posibilidad de que éste sea un fenómeno transicional (o cíclico) conducente en definitiva a la desconcentración o difusión espacial de la marginalidad urbana. Pero para quienes están en estos momentos confinados en el fondo del sistema jerárquico de lugares que componen el nuevo orden espacial de la ciudad, el futuro es hoy. De manera conexas, debe destacarse que esos barrios de relegación son criaturas de las políticas estatales en materia de vivienda, urbanismo y planificación regional. En el fondo, entonces, su surgi-

11. Séan Damer ofrece un excelente análisis de este proceso de estigmatización pública en *From Moorepark to “Wine Alley”: The Rise and Fall of a Glasgow Housing Scheme* (Edimburgo, Edimburgh University Press, 1989).

miento, consolidación y dispersión final son en esencia una cuestión política.

El espectro de la convergencia transatlántica

Todo el mundo tiene presente una cuestión cuando se trata del deterioro de las condiciones sociales y las oportunidades de vida en las metrópolis del Viejo Mundo: ¿señala el ascenso de esta nueva marginalidad un acercamiento estructural entre Europa y Estados Unidos según el modelo de este último país?¹² Planteada en términos tan simplistas —“o bien... o bien...”—, difícilmente pueda darse una respuesta analíticamente rigurosa a esta pregunta. En efecto, los regímenes de marginalidad urbana son bestias complejas y caprichosas; están compuestos por conjuntos imperfectamente articulados de mecanismos institucionales vinculantes de la economía, el Estado, el lugar y la sociedad que no evolucionan al unísono y, por otra parte, difieren de manera significativa de país en país, según las concepciones e instituciones nacionales de la ciudadanía. Por lo tanto, ante todo es necesario reformular este interrogante.

Si por convergencia entendemos la completa “norteamericanización” de los patrones urbanos de exclusión en la ciudad europea, que nos adentran en el camino de una *guetificación* del tipo impuesto a los afroamericanos desde que se urbanizaron a principios del siglo xx (es decir, la constitución de una forma-

12. Véanse, por ejemplo, Malcolm Cross (comp.), *Ethnic Minorities and Industrial Change in Europe and North America* (Cambridge, Cambridge University Press, 1992); Stephan Musterd (comp.), número especial sobre “A Rising European Underclass?”, *Built Environment* n° 20-3, 1994; Ronald van Kempen y Peter Marcuse (comps.), *The New Spatial Order of Cities* (Cambridge, Blackwell, 1997); Hartmut Häußerman y Martin Kronauer (comps.), *Die Neue Armut und Exklusion in der Stadt* (Francfort, Suhrkamp, en prensa).

ción socioespacial segmentada y paralela que cumple la doble finalidad de la explotación y el ostracismo de una categoría etnoracial limitada), entonces la respuesta es claramente negativa.¹³ En contra de las primeras impresiones y los informes superficiales y motorizados por los medios, la alteración de las metrópolis continentales no disparó un proceso de guetificación: no está produciendo conjuntos socioespaciales culturalmente uniformes basados en la relegación forzada de poblaciones estigmatizadas en enclaves donde éstas desarrollan organizaciones específicas del grupo y del lugar que sustituyen, y duplican el marco institucional de la sociedad más general, si bien en un nivel inferior e incompleto.

No hay un gueto turco en Berlín ni un gueto árabe en Marseilla ni un gueto surinamés en Rotterdam ni un gueto caribeño en Liverpool. Sí existen en todas estas ciudades sectores residenciales o comerciales alimentados por la afinidad étnica. La discriminación y la violencia contra los inmigrantes (o presuntos inmigrantes) también son datos concretos de la vida en todos los grandes centros urbanos de Europa.¹⁴ Combinado con su distribución de clase típicamente más baja y los mayores índices de desempleo, esto explica la representación desproporcionada de las poblaciones de origen extranjero en los territorios urbanos de exilio. Pero la discriminación e incluso la segregación no significan una guetificación. Tal como existen, esas concentraciones de inmigrantes no son el producto del encierro institucional del presunto grupo en un confinamiento espacial

13. Loïc Wacquant, "Red Belt, Black Belt: Racial Division, Class Inequality, and the State in the French Urban Periphery and the American Ghetto", en E. Mingione (comp.), *Urban Poverty and the Underclass*, op. cit., págs. 234-274.

14. John Wrench y John Solomos (comps.), *Racism and Migration in Western Europe* (Nueva York, Berg, 1993), y Tom Björge y Rob White (comps.), *Racist Violence in Europe* (Nueva York, St Martin's Press, 1993).

rígido; así lo demuestran los índices crecientes de matrimonios mixtos y la difusión espacial cuando mejoran la educación y la posición de clase.¹⁵ En rigor, si hay algo que caracteriza los barrios de relegación que brotaron en todo el continente cuando los mecanismos de reproducción de la clase obrera empezaron a sufrir tropiezos, es su extrema heterogeneidad étnica, así como su incapacidad de satisfacer las necesidades básicas y englobar la rutina diaria de sus habitantes, dos propiedades que los convierten en *antiguetsos*.

Si la convergencia implica que *los ciclos autoalimentadores de degradación ecológica, deprivación social y violencia*, que terminan en el vaciamiento espacial y el abandono institucional, están hoy vigentes en el continente, entonces la respuesta vuelve a ser negativa, porque las áreas europeas de exilio siguen estando, con pocas excepciones (como las ciudades del sur de Italia), profundamente penetradas por el Estado. El tipo de “*triage*” [selección] y deserción deliberada de las áreas urbanas para “economizar” en servicios públicos que ha afectado las metrópolis estadounidenses, es inimaginable en el contexto político europeo, con su denso monitoreo burocrático del territorio nacional. Al mismo tiempo, no puede haber dudas de que la capacidad de los Estados europeos de gobernar los territorios de relegación está sometida a una severa prueba, y tal vez demuestre no estar a la altura de la misión si recientes tendencias hacia la concentración espacial de la desocupación persistente continúan intactas.¹⁶

Por último, si la convergencia pretende, más humildemente, destacar *la preponderancia creciente de las divisiones y las tensiones etnoraciales* en las metrópolis europeas, entonces la

15. Nicole Tribalat, *Faire France. Une enquête sur les immigrés et leurs enfants* (Paris, La Découverte, 1995).

16. Godfried Engbersen, *In de schaduw van morgen. Stedelijke marginaliteit in Nederland* (Amsterdam, Boom, 1997).

respuesta es un “sí” limitado y provisorio, aunque con las siguientes y sólidas salvedades. Primero, esto no implica necesariamente que esté en marcha un proceso de “racialización” del espacio y que las sociedades del Viejo Mundo sean testigos de la formación de “minorías”, en el sentido de comunidades étnicas movilizadas y reconocidas como tales en la esfera pública. Segundo, el conflicto etnorracial no es un fenómeno novedoso en la ciudad europea: irrumpió repetidas veces en el siglo pasado durante períodos de rápida reestructuración social y económica, lo cual también significa que hay poco en él que sea distintivamente “norteamericano”.¹⁷

Para terminar, y en contra del patrón estadounidense, la contienda putativamente racial en las ciudades del Viejo Mundo no es alimentada por la brecha en aumento entre inmigrantes y nativos sino por su mayor cercanía en el espacio social y físico. El exclusivismo etnonacional es una reacción autóctona a la abrupta movilidad descendente de la clase obrera nativa, antes que la expresión de un profundo cambio ideológico hacia un registro racista (o racialista). No obstante fantasiosos pronunciamientos generales sobre la “globalización de la raza”, la creciente preponderancia de la etnicidad en el discurso público y la vida cotidiana de Europa, corresponde tanto a una política de clase como a una política de identidad.

Enfrentar la marginalidad avanzada: el turno del Estado penal

En su esfuerzo por abordar las formas emergentes de relegación urbana, los Estados-nación enfrentan una triple alternativa.

17. Robert Moore, “Ethnic Division and Class in Western Europe”, en Richard Scase (comp.), *Industrial Societies: Crisis and Division in Western Capitalism and State Socialism* (Londres, Allen and Unwin, 1989).

La primera opción, a media agua, consiste en *emparchar* los programas existentes del Estado de Bienestar. Es evidente que esta alternativa es ineficaz; de lo contrario, los problemas planteados por la marginalidad avanzada no serían hoy tan acuciantes. Podríamos incluso aducir que esas respuestas graduales y cada vez más locales a las desorganizaciones causadas por la polarización urbana contribuyen a perpetuar ésta, en la medida en que alimentan la cacofonía e ineficiencia burocráticas.

La segunda solución, regresiva y represiva, es *criminalizar la pobreza a través de la contención punitiva de los pobres* en barrios cada vez más aislados y estigmatizados, por un lado, y en cárceles y prisiones, por el otro. Ése es el camino tomado por Estados Unidos tras los disturbios en los guetos en la década de 1960 (Rothman, 1995).¹⁸ No es fortuito que la formidable expansión del sector penitenciario del Estado norteamericano—la población entre rejas se cuadruplicó en veinticinco años y los departamentos penales ascendieron a la jerarquía de tercer empleador del país, pese a que en ese mismo período los niveles delictivos se mantuvieron, *grosso modo*, constantes— se haya producido al mismo tiempo que se difundía el (sub)empleo informal y la asistencia pública se marchitaba antes de su “reforma” y transformación en un sistema de empleo forzado. La atrofia del Estado social y la hipertrofia del Estado penal son, en efecto, dos transformaciones correlativas y complementarias que comparten el establecimiento de un nuevo gobierno de la miseria cuya función es, precisamente, imponer el trabajo asalariado desocializado como una norma de ciudadanía, a la vez que proporcionan un sustituto funcional del gueto como mecanismo de control racial (Wacquant, 1998).

18. David Rothman, “American Criminal Justice Policies in the 1990s”, en Thomas G. Blomberg y Stanley Cohen (comps.), *Punishment and Social Control* (Nueva York, Aldine de Gruyter, 1995), págs. 29-44.

Si bien Estados Unidos es verdaderamente excepcional por el celo con que adoptó esta “solución” de la polarización social y la escala en que la implementó, la tentación de apoyarse en la policía y las instituciones penitenciarias para restañar los efectos de la inseguridad social generada por la difusión del trabajo precario y la reducción de la cobertura de la seguridad social está presente en toda Europa. Esta situación puede advertirse en el espectacular aumento de los índices de encarcelamiento en la mayoría de los miembros de la Unión Europea durante las dos últimas décadas; la sobrerrepresentación masiva, dentro de las poblaciones encarceladas, de inmigrantes no europeos y personas de color, así como de vendedores de drogas y drogadictos rechazados del mercado laboral; el endurecimiento de las políticas penales, más francamente volcadas a la incapacitación en desmedro de la rehabilitación, y guiadas de manera tácita por el principio de la “menor elegibilidad”; por último, en la superpoblación de los establecimientos carcelarios, que reduce la prisión a la función de depósito de indeseables. Cambios recientes en los discursos públicos sobre el desorden urbano revelan una deriva similar hacia un tratamiento penal de la pobreza y las dislocaciones que, paradójicamente, surgen de haber truncado la capacidad de intervención social del Estado. Es lícito, entonces, pronosticar que una convergencia “descendente” de Europa en el frente social, que entrañe una mayor desregulación del mercado laboral y prosiga con el desmantelamiento de la red de seguridad colectiva, dará como resultado ineluctable una convergencia “ascendente” en el frente penal y un nuevo estallido de inflación carcelaria en todo el continente (Wacquant, 1999).

Pese a los abrumadores costos sociales y fiscales del confinamiento masivo de las poblaciones pobres y desorganizadoras, el encarcelamiento sigue siendo, aun en las sociedades más liberales, una seductora solución temporal al crecimiento de las dislocaciones urbanas (Christie, 1997). Empero, al margen de

los poderosos obstáculos políticos y culturales que enfrenta la encarcelización al por mayor de la miseria, inherentes a la composición de los Estados socialdemócratas de Europa, la contención punitiva deja intactas las causas que son la raíz de la nueva pobreza.

La tercera respuesta, progresista, a la polarización urbana desde abajo apunta a una *reconstrucción fundamental del Estado de Bienestar* que adapte su estructura y sus políticas a las condiciones económicas y sociales emergentes. Se necesitan innovaciones radicales, como el establecimiento de un salario de ciudadanía (o ingreso incondicional subsidiado), que separen la subsistencia y el trabajo, expandan el acceso a la educación a lo largo de toda la vida y garanticen efectivamente el acceso universal a bienes públicos esenciales como la vivienda, la salud y el transporte, a fin de difundir los derechos sociales y frenar los efectos deletéreos de la mutación del trabajo asalariado (Van Parijs, 1996).¹⁹ En definitiva, esta tercera opción es la única respuesta viable al desafío que la marginalidad avanzada plantea a las sociedades democráticas cuando éstas se aprestan a cruzar el umbral del nuevo milenio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Björge, T. y R. White (comps.): *Racist Violence in Europe*, Nueva York, St Martin's, 1993.
- Carnoy, M. et al.: *The New Global Economy in the Information Age*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1993.
- Christie, N.: "Eléments de géographie pénale", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 124, septiembre de 1998, págs. 68-74.
- Cross, M. (comp.): *Ethnic Minorities and Industrial Change in Euro-*

19. Philippe van Parijs, *Refonder la solidarité* (Paris, Éditions du Cerf, 1996).

- pe and North America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- Damer, S.: *From Moorepark to "Wine Alley": The Rise and Fall of a Glasgow Housing Scheme*, Edimburgh, Edimburgh University Press, 1989.
- Engbersen, G.: *In de schaduw van morgen. Stedelijke marginaliteit in Nederland*, Amsterdam, Boom, 1997.
- Esping-Andersen, G. (comp.): *Changing Classes: Stratification and Mobility in Post-Industrial Societies*, Newbury Park, Sage, 1993.
- European Economic Community: *Underground Economy and Irregular Forms of Employment: Synthesis Report and Country Monographies*, Bruselas, mimeo, 1989.
- Hadjimichalis, C. y David Sadler (comps.): *Europe at the Margins: New Mosaics of Inequality*, Nueva York, Wiley and Sons, 1995.
- Haüßerman, H., M. Kronauer, y W. Siebel (comps.): *Die Neue Armut und Exklusion in der Stadt*, Francfort, Suhrkamp, en prensa.
- Kangas, O.: *The Politics of Social Rights*, Stockholm, Institute for Social Research, 1991.
- Mabit, R. (comp.): *Le travail dans vingt ans. Rapport de la Commission présidée par Jean Boissonnat*, París, Odile Jacob, 1995.
- Macdonald, C.L. y C. Sirianni (comps.): *Working in the Service Economy*, Filadelfia, Temple University Press, 1996.
- Mcfate, K., R. Lawson, y W.J. Wilson (comps.): *Poverty, Inequality, and Future of Social Policy*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1995.
- Mingione, E. (comp.): *Urban Poverty and the Underclass*, Oxford, Basil Blackwel, 1996.
- Mollenkopf, J.H. y M. Castells (comps.): *Dual City: Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991.
- Moore, R.: "Ethnic Division and Class in Western Europe," en R. Scase (comp.), *Industrial Societies: Crisis and Division in Western Capitalism and State Socialism*, Londres, Allen and Unwin, 1989.
- Musterd, S. (comp.): Special issue on "A Rising European Underclass?," en *Built Environment*, págs. 20-3, 1994.
- Noiriel, G.: *Le Creuset français*, París, Editions du Seuil.
- Rifkin, J.: *The End of Work: The Decline of the Global Work Force*

- and the Dawn of the Post-Market Era*, Nueva York, G.P. Putnam's Sons, 1995.
- Rothman, D.: "American Criminal Justice Policies in the 1990s," en T. G. Blomberg y S. Cohen (comps.), *Punishment and Social Control*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1995.
- Sassen, S.: *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
- Tribalat, N.: *Faire France. Une enquête sur les immigrés et leurs enfants*, Paris, La découverte, 1995.
- Van Kempen, R. y P. Marcuse (comps.): *The New Spatial Order of Cities*, Cambridge, Blackwell, 1998.
- Van Parijs, P.: *Refonder la solidarité*, Paris, Editions du Cerf, 1996.
- Wacquant, L.: "The Rise of Advanced Marginality: Notes on Its Nature and Implications", en *Acta sociologica*, 39-2, págs. 121-139, 1996a.
- : "Red Belt, Black Belt: Racial Division, Class Inequality, and the State in the French Urban Periphery and the American Ghetto", en E. Mingione (comp.), *Urban Poverty and the Underclass*, Oxford, Basil Blackwell, 1996b.
- : "Les pauvres en pâture: la nouvelle politique de la misère en Amérique", en *Hérodote*, 85, primavera de 1997, págs. 21-33.
- : "L'ascension de l'Etat pénal en Amérique", en *Actes de la recherche en sciences sociales* 124, septiembre de 1998, págs. 7-26.
- : *Les Prisons de la misère*, Paris, Editions Liber-Raisons d'agir, 1999 [Trad. cast.: *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial, 2000].
- Wrench, J. y J. Solomos (comps.): *Racism and Migration in Western Europe*, Nueva York, Berg, 1993.
- Young, Jock: *The Exclusive Society: Social Exclusion, Crime, and Difference in Late Modernity*, Londres, Sage, 1999.

5. “Enemigos convenientes”: extranjeros e inmigrantes en las cárceles de Europa*

* “Suitable Enemies: Foreigners and Immigrants in Europe’s Prisons”, en *Punishment and Society* 1-2, fines de 1999, págs. 215-223.

Este artículo abrevia en una conferencia pronunciada en diciembre de 1998, mientras era profesor invitado de la Facultad de Derecho de la Université de Paris 1, Panthéon (agradezco a Rémi Lenoir y sus colaboradores del Credhess por su generosa hospitalidad). Se basa en el último capítulo del libro *Les Prisons de la misère*, París, Éditions Liber-Raisons d’agir, 1999 [traducción castellana: *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial, 2000].

En 1989, por primera vez en la historia, la población consignada en las prisiones de Estados Unidos pasó a ser mayoritariamente negra. Como resultado de la “guerra contra las drogas” librada a lo largo de una década por el gobierno federal, como parte de una política general de “ley y orden”, el índice de encarcelamientos de los afroamericanos se duplicó en apenas diez años,¹ pasando de 3.544 internos cada cien mil adultos en 1985 a 6.926 en 1995, cifras que son casi *siete veces más altas que las de sus compatriotas blancos* (919 cada cien mil) y multiplican por más de *veinte* los índices que exhiben Francia, Inglaterra o Italia. Si se toman en cuenta las personas sentenciadas a *probation* o liberadas bajo palabra, resulta que más de uno de cada tres varones negros jóvenes (y casi dos de tres en las grandes ciudades del Cinturón de Herrumbre)* está bajo la supervi-

1. Dos libros esenciales hacen un análisis riguroso y profundo del problema: Tonry, Michael: *Malign Neglect: Race, Crime and Punishment in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, y Miller, Jerome: *Search and Destroy: African-American Males in the Criminal Justice System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; en Beckett, Katherine: *Making Crime Pay*, Oxford, Oxford University Press, 1998, se hallará un análisis de los determinantes políticos del ascenso de “la ley y el orden” durante este período.

* *Rust Belt* en el original. Nombre aplicado a las ciudades desindustrializadas del nordeste y el medio oeste norteamericanos [n. del t.].

sión de la justicia penal. Esto hace que la prisión y sus extensiones sean el servicio público al que tienen más fácil acceso, muy por delante de la educación superior o el seguro de desempleo, por ejemplo. De acuerdo con las cifras de 1991, los estadísticos del Departamento de Justicia calcularon que, a lo largo de su vida, la probabilidad acumulativa de que un estadounidense negro sea enviado a la cárcel (esto es, sentenciado a más de un año de arresto) supera el 28 por ciento, en comparación con el 16 por ciento en el caso de un latino y el 4,4 por ciento en el de un blanco.²

Si los negros se convirtieron en los principales “clientes” del sistema penitenciario de Estados Unidos, no se debe a ninguna propensión especial de esta comunidad al delito y la desviación. La causa es que se sitúan en el punto de intersección de los tres sistemas de fuerzas que, en conjunto, determinan y alimentan el régimen sin precedentes de hiperinflación carcelaria que Norteamérica experimentó en los últimos veinticinco años, tras la denuncia de la amalgama social fordista keynesiana y la impugnación del régimen de castas por el Movimiento de Derechos Civiles: en primer lugar, la dualización del mercado laboral y la generalización del empleo precario y la desocupación, y la subocupación en su extremo inferior; segundo, el dismantelamiento de los programas de asistencia pública para los miembros más vulnerables de la sociedad (requerido por la puesta en marcha del trabajo asalariado desocializado), y tercero, la crisis del gueto como instrumento de control y confinamiento de una población estigmatizada considerada ajena al cuerpo nacional y

2. Bonczar, Thomas y Allen Beck: “Lifetime likelihood of going to state or federal prison”, en *Bureau of Justice Statistics Special Report*, Washington. Bureau of Justice Statistics. marzo de 1997, pág. 1; en Maurer, Marc: “Racial disparities in prison getting worse in the 1990s”, en *Overcrowded Times* 8 (1), febrero de 1997, págs. 9-13, se encontrarán datos más completos y actualizados sobre este tema.

supernumeraria tanto por razones económicas como políticas.³ Esto nos induce a pensar que, por *extrema* que parezca, la trayectoria carcelaria de los negros en Estados Unidos podría ser menos idiosincrásica de lo que nos hace creer la teoría comodín del "excepcionalismo norteamericano". Se puede plantear incluso la hipótesis de que, si las mismas causas producen los mismos efectos, existen enormes posibilidades de que las sociedades de Europa occidental generen situaciones *análogas*, aunque menos pronunciadas, en la medida en que también ellas se internen en la gestión penal de la pobreza y la desigualdad y encarguen a su sistema carcelario, no sólo doblegar el delito, sino también regular los segmentos inferiores del mercado laboral y mantener a raya a poblaciones consideradas de mala fama, negligentes e indeseables. Desde este punto de vista, *los extranjeros y cuasi extranjeros serían "los 'negros' de Europa"*.

* * *

En realidad, la mayoría de los países de la Unión Europea presenciaron un crecimiento significativo de su población carcelaria, coincidente con el inicio de la era de desocupación masiva y flexibilización del trabajo: entre 1983 y 1995, la cantidad de encarcelados ascendió de 43 mil a 55 mil en Inglaterra; de 39 mil a 53 mil en Francia; de 41 mil a cincuenta mil en Italia; de 14 mil a cuarenta mil en España; y de cuatro mil a casi diez mil en Holanda y siete mil en Grecia.⁴ Pese al recurso pe-

3. Wacquant, Loïc: "L'ascension de l'État pénal en Amérique", en *Actes de la recherche en sciences sociales* 124, septiembre de 1998, págs. 7-26, y "Crime et châtement en Amérique de Nixon à Clinton", en *Archives de politique criminelle* 20, primavera de 1998, págs. 123-138.

4. Tourmier, Pierre: *Statistique pénale annuelle du Conseil de l'Europe. Enquête 1997*. Estrasburgo, de próxima aparición (agradezco al autor que me haya transmitido anticipadamente estos datos). Se encontrarán análisis más

riódico a indultos masivos (en Francia, por ejemplo, concedidos el Día de la Bastilla todos los años desde 1991) y oleadas de liberaciones anticipadas que se convirtieron en un lugar común (en Italia, España, Bélgica y Portugal), el caudal de presos del continente siguió abultándose, y en todas partes las penitenciarías están inundadas de reclusos. De todos modos, lo más importante que hay que destacar es que en toda Europa son los extranjeros, los llamados inmigrantes de “segunda generación” –que, justamente, no son inmigrantes– de extracción no occidental y las personas de color, de los que se sabe que figuran entre las categorías más vulnerables, tanto en el mercado laboral como en lo que se refiere al sector asistencial público del Estado, debido a su distribución en las clases bajas y las numerosas discriminaciones que padecen, quienes están masivamente sobrerrepresentados en la población carcelaria, y esto en un grado comparable –y en algunos casos superior– a la “desproporcionalidad racial” que aflige a los negros en Estados Unidos (cf. el cuadro 1).⁵

De tal modo, en Inglaterra, donde la cuestión del llamado

matizados y profundos en Kuhn, André: “Populations carcérales: combien? Pourquoi? Que faire?”, en *Archives de politique criminelle* 20, primavera de 1998, págs. 47-99, y Snacken, S., K. Beyens y H. Tubex: “Changing prison populations in Western countries: fate or policy?”, en *European Journal of Crime, Criminal Law and Criminal Justice* 3 (1), 1995, págs. 18-53; así como en la obra clásica de Christie, Nils: *Crime Control as Industry: Towards Gulags, Western Style*, Londres, Routledge, 1994 (segunda edición ampliada, de la que el autor, de manera reveladora, eliminó el signo de interrogación del título original).

5. Se hallará un panorama general en Albrecht, Hans-Jörg: “Ethnic minorities, crime and criminal justice in Europe”, en Heidensohn, Francis y Michael Farrell (comp.): *Crime in Europe*, Londres, Routledge, 1993. En *Les Prisons de la misère*, París, Éditions Liber-Raisons d’agir, 1999 [traducción castellana: *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial, 2000], vinculo el crecimiento de la cantidad de extranjeros encarcelados a la “tentación” de la gestión penal de la pobreza en Europa.

delito "callejero" tiende a confundirse, tanto en la percepción pública como en las prácticas de la policía, con la presencia visible y las demandas de los súbditos del Imperio procedentes del Caribe, los negros tienen siete veces más probabilidades de ser encarcelados que sus pares blancos o asiáticos (en el caso de las mujeres antillanas la probabilidad se decuplica). En 1993, las personas de ascendencia antillana, guyanesa y africana constituían el 11 por ciento de todos los reclusos, cuando apenas representan el 1,8 por ciento de la población del país en la franja de edad de dieciocho a treinta y nueve años. Esta sobrerrepresentación es especialmente flagrante entre los presos "puestos a la sombra" por posesión o distribución de drogas, de quienes más de la mitad son negros, y entre los encerrados por raterías, en cuyo caso la proporción se acerca a los dos tercios.⁶

En Alemania puede observarse un fenómeno similar. En Renania del norte, por ejemplo, los gitanos procedentes de Rumania exhiben tasas de encarcelamiento que son más de veinte veces más altas que las de los ciudadanos nativos; en el caso de los marroquíes, la cifra se multiplica por ocho, y en el de los turcos, entre tres y cuatro. Y la proporción de extranjeros a la espera de un juicio subió de un tercio en 1989 a la mitad cinco años después. En rigor de verdad, en el *Land* de Hessen, el número de extranjeros presos aumentó constantemente desde 1987, mientras que el de nativos descendía año tras año. Esta expansión de la cantidad de no nativos entre rejas se debe casi

6. Smith, David J.: "Ethnic origins, crime, and criminal justice in England and Wales", en Tonry, Michael (comp.): *Ethnicity, Crime, and Immigration: Comparative and Cross-National Perspectives*, Chicago, The University of Chicago Press, 1997, págs. 101-182; véanse también Cashmore, Ellis y Edward McLaughlin (comp.): *Out of Order? Policing Black People*, Londres, Routledge, 1991; Smith, J. H.: "Race, crime and criminal justice", en *The Oxford Handbook of Criminology*, Oxford, Oxford University Press, 1993.

en su totalidad a violaciones a las leyes contra las drogas.⁷ En Holanda, cuya población carcelaria se triplicó en quince años e incluía un 43 por ciento de extranjeros en 1993, la probabilidad de ser sancionado con una sentencia de prisión de cumplimiento efectivo es sistemáticamente más alta, aun para el mismo primer delito, cuando el culpable es de origen surinamés o marroquí.⁸

CUADRO I
EXTRANJEROS EN LA POBLACIÓN CARCELARIA DE LA UNIÓN EUROPEA
EN 1997

País	Extranjeros presos	Proporción del total, %
Alemania	25.000	34
Francia	14.200	26
Italia	10.900	22
España	7.700	18
Inglaterra	4.800	8 *
Bélgica	3.200	38
Holanda	3.700	32
Grecia	2.200	39
Austria	1.900	27 *
Portugal	1.600	11
Suecia	1.100	26 *
Dinamarca	450	14

* *Estimado.*

Fuente: Tournier, Pierre: *Statistique pénale annuelle du Conseil de l'Europe. Enquête 1997*, Estrasburgo, 1999.

7. Albrecht, Hans-Jörg: "Ethnic minority, crime, and criminal justice in Germany", en Tonry M. (comp.): *Ethnicity, Crime...*, *op. cit.*, págs. 101-182; la cita corresponde a la pág. 87.

8. Junger-Tas, Josine: "Ethnic minorities and criminal justice in the Netherlands", en Tonry, M. (comp.): *Ethnicity, Crime...*, *op. cit.*, págs. 257-310.

En Francia, la proporción de extranjeros en la población penitenciaria pasó del 18 por ciento en 1975 al 29 por ciento veinte años después (cuando aquéllos sólo constituyen el 6 por ciento de la población del país), una cifra que no toma en cuenta el marcado "hiperconsumo carcelario" de nativos percibidos y tratados como extranjeros por la policía y el aparato judicial, como sucede con los jóvenes que son hijos de inmigrantes norafricanos o proceden de los dominios y territorios franceses de ultramar preponderantemente negros. Lo cual equivale a decir que las celdas de Francia se han "coloreado" de manera distintiva en los últimos años, dado que dos tercios de los más de 15 mil presos extranjeros oficialmente registrados en 1995 procedían de África del norte (53 por ciento) y el África subsahariana (16 por ciento).

La "desproporcionalidad etnonacional" que aflige a los residentes de las antiguas colonias de Francia deriva del hecho de que, *para el mismo delito*, los tribunales recurren más prontamente a la cárcel cuando el condenado no posee la ciudadanía francesa; las sentencias en suspenso y las sanciones comunitarias son prácticamente monopolizadas por los nacionales. El demógrafo Pierre Tournier ha demostrado que, según las acusaciones, la probabilidad de ser sentenciado a la cárcel es de 1,8 a 2,4 veces más alta para un extranjero que para un francés (todas las personas juzgadas se toman en conjunto, sin considerar antecedentes). Además, el número de extranjeros implicados en la inmigración ilegal se disparó de siete mil en 1976 a 44 mil en 1993. En nuestros días, las tres cuartas partes de los sancionados por violar el "artículo 19", relacionado con la entrada y la residencia ilegales en el país, son puestos entre rejas; de los dieciséis delitos menores juzgados con más frecuencia por los tribunales, éste es el que más a menudo recibe una sentencia de cárcel de cumplimiento efectivo: sustancialmente, se lo reprime tan severamente como un delito mayor. De tal modo, resulta que, lejos de ser la consecuencia de un aumento hipotético de

su delincuencia, como lo pretenden algunos discursos xenóforos,⁹ la proporción creciente de extranjeros en la población penitenciaria de Francia se debe *exclusivamente* a la triplicación, en veinte años, de los encarcelamientos por infringir las leyes de inmigración. En realidad, si los presos sentenciados por esta infracción administrativa se excluyeran de las estadísticas carcelarias, la proporción de encarcelamiento excesivo de extranjeros en comparación con los ciudadanos franceses caería de seis a tres. Como en el caso de los negros de Estados Unidos, al margen del hecho —una salvedad que nunca puede dejar de destacarse— de que los afroamericanos han sido, al menos en los papeles, *ciudadanos* de la Unión desde hace como mínimo un siglo, la sobrerrepresentación de extranjeros en las prisiones francesas expresa, no sólo su inferior composición de clase, sino también, por un lado, la mayor severidad de la institución penal para con ellos y, por el otro, la “decisión deliberada de reprimir la inmigración ilegal por medio de la cárcel”.¹⁰ En realidad, nos vemos aquí ante lo que es, primero y fundamentalmente, un *confinamiento de diferenciación* o segregación, con el objeto de mantener a un grupo separado y facilitar su sustracción del cuerpo societal (su resultado es, cada vez con mayor frecuencia, la deportación y la proscripción del territorio

9. Entre ellos, los más insidiosos no son los delirios chillones y paranoicos de los representantes del Frente Nacional durante sus reuniones electorales, cuyo tenor excesivo y cargado de odio los “republicanos” deploran en lo fundamental de manera unánime, sino los discursos afables que se pronuncian *dentro del aparato estatal*, por ejemplo en la Asamblea Nacional, cortésmente, entre gente razonable y respetable, con todos los eufemismos jurídicos y denegaciones oratorias que dan su encanto —y su fuerza— al lenguaje oficial (como lo muestra Charlotte Lessana en “La loi Debré: la fabrique de l’immigré”, en *Cultures et conflits* 31-32, otoño-invierno de 1998, págs. 125-159).

10. Tournier, Pierre: “La délinquance des étrangers en France: analyse des statistiques pénales”, en Palidda, Salvatore (comp.): *Délit d’immigration/Immigrant Delinquency*, Bruselas, European Commission, 1996, pág. 158.

nacional), para distinguirlo del “confinamiento de autoridad” o el “confinamiento de seguridad”.¹¹

* * *

A los extranjeros y cuasi extranjeros cautivos en cárceles y penitenciarías, a menudo en sectores segregados según el origen etnonacional (como en La Santé, en el corazón de París, donde los internos están distribuidos en cuatro pabellones separados y hostiles, “blanco”, “africano”, “árabe” y “resto del mundo”), hay que añadir los miles de inmigrantes indocumentados o a la espera de la deportación, especialmente en virtud de la “doble pena”,* arbitrariamente detenidos en esos enclaves estatalmente patrocinados de derechos inexistentes, las “zonas de espera” y los “centros de retención” que proliferaron en las últimas décadas en toda la Unión Europea. Como los campos para “extranjeros indeseables”, “refugiados españoles” y otros “agitadores” creados por Daladier en 1938, los cerca de treinta centros hoy en funcionamiento en el territorio francés —quince años atrás eran menos de doce— son otras tantas cárceles que no se llaman por su nombre, y por buenas razones: no pertenecen a la administración penitenciaria, sus internos están retenidos en violación del artículo 66 de la Constitución (que establece que “nadie puede ser detenido arbitrariamente”) y las condicio-

11. De acuerdo con la distinción de tipos ideales introducida por Faugeron, Claude: “La dérive pénale”, en *Esprit* 215, octubre de 1995, págs. 132-144.

* La expresión *double peine* se refiere al hecho de que los extranjeros pueden ser y son sancionados frecuentemente dos veces por la ley francesa: en primer lugar mediante el encarcelamiento por el delito específico que cometieron, y en segundo lugar con la proscripción del territorio nacional *después* de haber cumplido su sentencia de cárcel, por medio de un decreto administrativo o una sanción judicial (en violación de la Convención Europea de los Derechos del Hombre) (nota del traductor al inglés).

nes de confinamiento en ellos violan habitualmente la ley y los criterios básicos de la dignidad humana. Esto es lo que sucede, *inter alia*, en el infame centro de Arenq, cerca de la estación portuaria de Marsella, donde un ruinoso hangar construido en 1917 y carente de las comodidades mínimas necesarias para la residencia humana sirve de depósito de unos mil quinientos extranjeros deportados anualmente a África del norte.¹²

En Bélgica, donde la cantidad de individuos encarcelados bajo la custodia de la Oficina de Extranjeros aumentó nueve veces entre 1974 y 1994, las personas consignadas en los centros de detención para extranjeros "*en situation irrégulière*" están bajo la autoridad del Ministerio del Interior (a cargo del orden público) y no del Ministerio de Justicia, por lo que las estadísticas del sistema penitenciario las pasan por alto. Cinco de esos llamados centros cerrados, rodeados por una doble cerca de alambre de púa y bajo una permanente vigilancia de videocámaras, sirven de plataforma de lanzamiento para la deportación de quince mil extranjeros por año: éste es el número oficial al que aspira el gobierno, como prueba expresa de la política inmigratoria "realista" llevada adelante con el supuesto objetivo de socavar la posición de la extrema derecha... que entretanto prospera como nunca antes.¹³ En Italia, las órdenes de deportación se quintuplicaron en sólo cuatro años, para alcanzar un pico de 57 mil en 1994, aun cuando todas las señales

12. Perrin-Martin, Jean-Pierre: *La Rétention*, París, L'Harmattan, 1996; se encontrará una comparación entre Francia, el Reino Unido y Alemania, así como con Estados Unidos, en el número 23 de *Culture et conflits* (1996), dedicado al tema "Circuler, enfermer, éloigner: zones d'attente et centres de rétention des démocraties occidentales".

13. Vanpaeschen, Laurence: *Barbelés de la honte*, Bruselas, Luc Pire, 1998; Brion, Fabienne: "Chiffrer, déchiffrer: incarcération des étrangers et construction sociale de la criminalité des immigrés en Belgique", en Palidda (comp.): *Délit d'immigration...*, *op. cit.*, págs. 163-223.

indican que la inmigración ilegal ha descendido y que la gran mayoría de los extranjeros que no tienen documentos adecuados entraron al país legalmente para ocupar puestos del “mercado negro” desdeñados por la población nativa,¹⁴ como lo reconoció implícitamente el gobierno de Massimo d’Alema cuando sextuplicó la cantidad de permisos de residencia y trabajo inicialmente otorgados como parte del programa de “regularización” lanzado a principios del invierno de 1998.

En términos más generales, está bien documentado que las prácticas judiciales aparentemente más neutrales y rutinarias, comenzando por la detención preventiva (reiterada), apuntan sistemáticamente a las personas desaventajadas de origen extranjero o percibidas como tales. Y “*la justice à quarante vitesses*”, para adoptar la reveladora expresión de la juventud de los decadentes complejos habitacionales de Longwy,* sabe demasiado bien cómo hacer el cambio a una velocidad más alta cuando se trata de arrestar, procesar y encarcelar a los residentes de zonas estigmatizadas con una densa concentración de desocupados y familias originadas en las migraciones laborales de los treinta años de auge de la posguerra, que se instalaron en los barrios hoy designados como “sensibles” por la jerga estatal oficial. En rigor de verdad, según las disposiciones de los tratados de Schengen y Maastricht, que apuntan a acelerar la integración jurídica con el fin de asegurar la “libre circulación”

14. Palidda, Salvatore: “La construction sociale de la déviance et de la criminalité parmi les immigrés: le cas italien”, en Palidda (comp.): *Délit d’immigration...*, *op. cit.*, págs. 231-266.

* Literalmente, “justicia de cuarenta velocidades”, que da a entender un tratamiento groseramente desigual de la justicia penal para diferentes categorías sociales e infracciones. Longwy es una ciudad antiguamente monoindustrial de la región nordeste de Lorena, afectada por un elevado desempleo tras el derrumbe de la industria siderúrgica en la década de 1970 (nota del traductor al inglés).

efectiva de los ciudadanos europeos, los países signatarios redefinieron la inmigración como una cuestión continental y, en consecuencia, nacional de *seguridad*, en el mismo concepto que el crimen organizado y el terrorismo, a los que se vinculó en el plano tanto del discurso como de la regulación administrativa.¹⁵ De tal modo, en toda Europa, las prácticas policiales, judiciales y penales convergen, al menos en la medida en que se aplican con particular diligencia y severidad a personas de fenotipo no europeo, que son fácilmente individualizadas y sometidas a la arbitrariedad de la policía y la justicia, al extremo de que podemos hablar de un verdadero proceso de *criminalización de los inmigrantes* que tiende, por sus efectos desestructurantes y criminógenos, a (co)producir el mismo fenómeno que supuestamente combate, en concordancia con el bien conocido mecanismo de la “profecía autocumplida”.¹⁶ Su principal impacto, en efecto, consiste en empujar a las poblaciones que son su blanco hacia una clandestinidad y una ilegalidad más profundas y a alentar la estructuración duradera de redes específicas de sociabilidad y ayuda mutua, así como de una economía paralela que escapa a toda regulación estatal, un resultado que, como es obvio, viene de perillas para justificar, a cambio, la atención especial que les prestan los servicios policiales.¹⁷

15. Bigo, Didier: *L'Europe des polices et la sécurité intérieure*, Bruselas, Éditions Complexe, 1992, y “Sécurité et immigration: vers une gouvernementalité de l'inquiétude?”, en *Cultures et conflits* 31-32, otoño-invierno de 1998, págs. 13-38, así como los otros artículos de este número sobre el tema “Sécurité et immigration”, en especial el de Monica den Boer, “Crime et immigration dans l'Union européenne”, págs. 101-124.

16. Merton, Robert K.: “The self-fulfilling prophecy”, en *Social Theory and Social Structure*, tercera edición ampliada, Nueva York, The Free Press, 1968, págs. 475-490 [traducción castellana: *Teoría y estructura sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992].

17. Sobre el proceso de criminalización de los inmigrantes, véanse los tra-

* * *

Este proceso es vigorosamente fortalecido y amplificado por los medios y políticos de todo pelaje, ávidos de navegar sobre la ola xenófoba que barrió Europa desde el giro neoliberal de la década de 1980, mediante una amalgama, sincera o cínica, directa o indirecta, pero cada vez más banal, de la inmigración, la ilegalidad y la criminalidad. Incesantemente puesto en la lista negra, sospechado de antemano si no por principio, empujado a los márgenes de la sociedad y acosado por las autoridades con un celo sin comparación, el extranjero (no europeo) muta para transformarse en un “enemigo conveniente” –para usar la expresión del criminólogo noruego Nils Christie–,¹⁸ a la vez símbolo y blanco de todas las angustias sociales, como lo son los afroamericanos pobres en las grandes ciudades de su sociedad. Así, la prisión y la marca que impone participan activamente en la fabricación de una categoría europea de “sub-blancos”,¹⁹ cortada a medida para legitimar una deriva hacia la gestión penal de la pobreza que, gracias a un efecto de halo, tiende a aplicarse al conjunto de los estratos de clase obrera debilitados por

bajos comparativos reunidos por Dal Lago, Alessandro (comp.): *Lo straniero e il nemico*, Génova, Costa e Nolan, 1998; sobre el caso holandés, véase Engbersen, Godfried: *In de schaduw van morgen: Stedelijke marginaliteit in Nederland*, Amsterdam, Boom, 1997, y sobre el caso alemán, Kubink, Michael: *Verständnis und Bedeutung von Ausländerkriminalität: Eine Analyse der Konstitution sozialer Probleme*, Pfaffenweiler, Centaurus, 1993.

18. Christie, Nils: “Suitable enemy”, en Bianchi, Herman y René van Swaaningen (comps.): *Abolitionism: Toward a Non-Repressive Approach to Crime*, Amsterdam, Free University Press, 1986.

19. Tomamos la noción de “sub-blanco” del sociólogo Andréa Réa (quien por su parte la tomó de la banda francesa de *rap* IAM); cf. “Le racisme européen et la fabrication du «sous-blanc»”, en Réa, Andréa (comp.): *Immigration et racisme en Europe*, Bruselas, Éditions Complexe, 1998, págs. 167-202.

el desempleo masivo y la flexibilización laboral, independientemente de la nacionalidad.

Por esa razón, el encarcelamiento y el tratamiento policial y judicial de los extranjeros, inmigrantes y categorías asimiladas (árabes y *beurs** en Francia, antillanos en Inglaterra, turcos y gitanos en Alemania, tunecinos en Italia, africanos en Bélgica, surinameses y marroquíes en Holanda, etc.) constituye una verdadera piedra de toque, una prueba crucial [*shibboleth*] para Europa:²⁰ su evolución nos permite evaluar hasta qué punto la Unión Europea resiste o, al contrario, hace suya la política norteamericana de criminalización de la pobreza como complemento de la generalización de la inestabilidad salarial y la inseguridad social. Como el destino carcelario de los negros de Estados Unidos, brinda una preciosa y presciente indicación del tipo de sociedad y Estado que Europa está construyendo.

* *Beur*, un término del argot callejero para aludir al "árabe", designa la llamada segunda generación de norafricanos, descendientes franceses de inmigrantes argelinos, marroquíes y tunecinos que llegaron a Francia durante los "treinta gloriosos años" de crecimiento económico de la posguerra (nota del traductor al inglés).

20. Bourdieu, Pierre: "Le sort des étrangers comme shibboleth", en *Contre-feux*. Paris, Éditions Liber-Raisons d'agir. 1998. págs. 21-24 [traducción castellana.: *Contrafuegos: reflexiones para servir à la resistencia contra la invasión neoliberal*, Barcelona, Anagrama, 1999].